



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE ECONOMÍA

El ciclo económico y la larga duración

T E S I S

QUE PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE

LICENCIADO EN ECONOMÍA

P R E S E N T A

LUIS ANTONIO HUIDOBRO CORVERA

DIRECTOR

DR. HÉCTOR DAVID SOTOMAYOR CASTILLA

PUEBLA, PUEBLA

JUNIO DE 2018



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE ECONOMÍA

LICENCIATURA EN ECONOMÍA

EL CICLO ECONÓMICO Y LA LARGA DURACIÓN

TESIS PRESENTADA POR:

LUIS ANTONIO HUIDOBRO CORVERA

COMO REQUISITO PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN ECONOMÍA

DIRECTOR:

DR. HÉCTOR DAVID SOTOMAYOR CASTILLA

PUEBLA, PUEBLA

JUNIO 2018

ÍNDICE

Introducción.....	1
Capítulo I	
Las fluctuaciones y el ciclo económico en su construcción general.....	18
A. Identificación del fenómeno.....	19
1. Diversas fluctuaciones.....	20
2. El ciclo económico como una fluctuación.....	22
B. Fases de un ciclo.....	23
C. Clasificación del ciclo económico desde la perspectiva del ciclo: Ciclos Kondratiev, Kitchin y Juglar.....	28
D. Marx y el ciclo del capital industrial.....	33
E. Breves sobre otras perspectivas sobre el ciclo.....	36
Capítulo II	
Fernand Braudel: sus contribuciones a la construcción de una historia económica.....	42
La visión braudeliiana sobre las ciencias sociales.....	43
La historia en clave braudeliiana	46

Economía-mundo.....	53
Braudel ante el mito: el capital promotor del libre mercado.....	55
El ciclo en Braudel.....	57
Capítulo III	
Los ciclos sistémicos de acumulación: modelo propuesto por Giovanni Arrighi.....	64
La construcción de hegemonías en la economía-mundo. La perspectiva de Arrighi.....	71
Los cuatro ciclos sistémicos de acumulación capitalista.....	81
Segundo ciclo sistémico de acumulación: Holanda.....	86
Tercer ciclo sistémico de acumulación: británico.....	94
Cuarto ciclo sistémico de acumulación: estadounidense.....	100
Consideraciones finales.....	117
Bibliografía.....	130

INTRODUCCIÓN

Existen en nuestras vidas acontecimientos que parecen estar estáticos, casi siempre se presentan como fruto de la costumbre, o que se han venido repitiendo de generación en generación. Y algunas veces, sin que nos percatemos de ello, estamos ante una situación en la que todo se percibe como si realmente viviéramos bajo un equilibrio general, pero esto no es así nunca. Podemos hablar de que esto ocurre en diversos campos de nuestra existencia, que va de ámbitos como puede ser la transición de la vida a la muerte hasta las fluctuaciones de los aspectos económicos de la vida social.

Una de las formas de ver la historia de la humanidad está inmersa en lo que hoy se denomina *economía*, y el conjunto de elementos que la definen. Algunas veces, nos damos cuenta y otras no, pero la vida económica se presenta ante nuestros ojos, muchas veces, como un mero acontecimiento cotidiano.

Es difícil, y más para alguien que vive en el llamado “tercer mundo”, comprender la lógica de las políticas económicas y más aún crearlas en concordancia con nuestras propias necesidades, en general, nuestros gobiernos son los simples ejecutores de esas políticas que se crean en el denominado “primer mundo”. Sin embargo, estos desarrollos y teorías buscan renovarse y siguen sin ser eficientes para entender cabalmente como es que puedan existir disparidades en diversos ámbitos de nuestra vida social.

La forma en la que desde hace poco más de cinco siglos la humanidad ha organizado la producción de sus satisfactores materiales o del “estomago” y también los de la

espiritualidad o de “la fantasía” ha estado determinada por el sistema capitalista, o en una perspectiva más amplia por la economía-mundo capitalista y, dentro del moderno sistema mundial. El moderno sistema mundial, es una economía-mundo capitalista, lo que significa que está gobernada por el impulso hacia la acumulación incesante para la acumulación incesante de capital. Durante muchos años, los economistas se han dado a la tarea de explicar y teorizar acerca de este fenómeno, y lo han hecho asumiendo diversas perspectivas epistemológicas y teóricas. Podemos reconocer, dentro de esas diferencias, la importancia de la teoría económica, sin embargo, no creemos que la economía sea regulada por una *mano invisible*, que la complejidad de los aspectos económicos de la vida social esté dada de manera mágica, existe un mecanismo y una historia detrás de todos estos desarrollos.

La economía requiere de algunas herramientas que parecen olvidadas, herramientas que pudieran dar una explicación de mucho mayor alcance y con miras a tener una perspectiva a futuro. Todo esto tiene que ver con una forma en que está estructurada la ciencia social actual y desde su propia conformación. Ya que nos interesan las relaciones sociales, y en particular la forma que éstas asumen en el modo de producción capitalista, debemos pensar necesariamente en la historia o en la sociología, entre otras ramas de las ciencias sociales, o por qué no, hasta de otras ciencias, como pueden ser las ciencias duras o exactas, sin dejar de lado la importancia de la economía y sus grandes aportes a la comprensión de la historia de la humanidad.

Hemos decidido presentar una mirada diferente, visión que no pretende constituirse en una teoría ni mucho menos, sino un análisis de la economía que recupera la propuesta de *análisis del sistema-mundo*. Un aporte que han realizado conjuntamente historiadores, economistas, sociólogos, etc., que como dijimos anteriormente, dan gran importancia al hecho de que se unan las diferentes ramas de las ciencias sociales. Y si los historiadores se han beneficiado de los instrumentos que les ha de proporcionar la economía, es momento de que los economistas nos beneficiemos de los instrumentos que nos ha legado la historia, o la sociología, entre otras. Nos parece importante que se haga historia económica.

Esto nos conduce a replantear el camino. Aquí partiremos de la idea de que vivimos dentro del moderno sistema mundial, y que, a su vez, el moderno sistema mundial es una *economía-mundo capitalista*, que, como ya dijimos, está regida por la acumulación incesante

de capital. Esta *economía-mundo capitalista* ha visto su nacimiento durante el largo siglo XVI (periodo histórico que abarca desde 1450-1650 aproximadamente) y que hasta ahora se ha mantenido con vida. Esta, es una peculiaridad de dicho sistema.

Una vez que hemos definido la línea general de investigación –aunque por el momento sólo sea a grandes rasgos-, algo que parece importante marcar es el carácter distintivo de esta perspectiva, es que la *economía-mundo* en el largo trayecto de su vida, o sea, a lo largo de más de quinientos años, se ha estado moviendo a través de ciclos. Por ello, cabe preguntarse si son los movimientos cíclicos los que han determinado el curso de la historia de la *economía-mundo* para la propia perspectiva de *análisis del sistema-mundo*. La característica de estos ciclos es que tienen una larga duración

En contraste, para algunos economistas, existe el ciclo de Kondratiev, un ciclo que se basa en el crecimiento de la producción, en el estancamiento o en la caída de esta misma. Este es un ciclo que dura aproximadamente de 48 a 60 años. Es un ciclo en que la mayoría de los economistas se han basado, incluso para explicar la coyuntura actual.

Pero como ya se mencionó, es éste un concepto, una categoría económica que se explica a través de una o quizá dos variables, que además, en la mirada de la mayoría de los economistas si bien el lapso de 48 a 60 años puede ser mucho tiempo “pues en el largo plazo todos ya estamos muertos”, lo cierto es que en una perspectiva histórica de larga duración, no lo es, pues este período de 48 a 60 años sólo se refiere a situaciones de coyuntura y deja de lado aspectos estructurales que tienen gran importancia como condición, condicionada condicionante de la vida social. No por eso debemos creer que este ciclo que es reivindicado por algunos economistas no tiene ninguna relevancia, al contrario, es también de fundamental importancia para la perspectiva de acercamiento y reconstrucción teórica que estamos proponiendo. Esto lo analizaremos con lujo de detalle un poco más adelante.

Ya que hemos decidido esto, lo pertinente es ahora preguntarse: ¿en qué consiste cada uno de estos tres ciclos que hemos señalado?, ¿qué diferencias existen entre ellos? y, ¿de qué modo puede la *economía* beneficiarse del análisis de los ciclos mencionados? Son, sin duda, estas preguntas las que nos ponen en el camino de abrir una ruta hacia una nueva posibilidad de comprensión de importantes fenómenos de la vida social que hasta ahora parece que se

han quedado con una explicación limitada en las visiones economicistas. Desde luego, para cumplir con este propósito habrá que considerar toda una serie de discusiones que pueden ayudar a tener una mejor comprensión de esto.

Entonces desde una perspectiva que reivindica una mirada histórica, nos parece pertinente revisar la importancia de los ciclos históricos que pueden aportar a las miradas reduccionistas de algunos los economistas. El propósito de la presente tesis es revisar, primero los ciclos, en segundo lugar, es la noción del trend secular, un aporte de Fernand Braudel; y en un tercer momento analizaremos el ciclo sistémico de acumulación, de Giovanni Arrighi.

Antes de hacer referencia al contenido específico que sustentará el propósito de la tesis, lo cual se hará de manera puntual en los siguientes capítulos, es conveniente, en una suerte de marco referencial de los aspectos teórico-epistemológicos, que cruzan a ésta, presentar categorías vinculadas a las perspectivas sistema-mundo y economía-mundo. Recordar que estas perspectivas son creadas por Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein. El primero, un historiador que ha trabajado no solo desde la historiografía, a la cual ha hecho grandes aportes, llegando a ser considerado por muchos, como el más grande historiador del siglo XX, sino siempre a favor de una unidisciplinariedad y por ello a favor de una historia económica. Dicho autor tenía una ambición muy grande, la cual se resumía a vincular el capitalismo, su evolución y sus medios a una historia general del mundo.

El segundo, Wallerstein, que es un sociólogo que ha retomado muchas de las tesis de Braudel pero que, además –y también trabajando con esta noción de interdisciplinariedad- ha retomado ideas de otros campos del saber, y ha creado una perspectiva de teoría social que, recuperado de Ilya Prigogine algunas nociones de la física, nos propone pensar en algunos términos como la entropía, la bifurcación y sobre todo en la irreversibilidad de la flecha del tiempo. Con lo anterior, Wallerstein ha construido una noción de sistema que ahora se ha aplicado, entre otras disciplinas, a la historia económica. La perspectiva wallersteiniana del moderno sistema mundial constituye un estudio muy serio de la economía-mundo capitalista desde su nacimiento, así como de la modernidad como un proyecto civilizatorio amplio.

En el caso de Fernand Braudel interesa destacar en primer lugar su propia concepción amplia y a contra corriente de visiones positivistas y dominantes de la historia, en este sentido nos interesa destacar la siguiente cita: “Una historia, es decir, una sucesión cronológica de formas y experiencias. El conjunto del mundo, es decir, esa unidad que se dibuja entre los siglos XV y XVIII y cuya influencia se va notando progresivamente en la vida entera de los hombres, en todas las sociedades, economías y civilizaciones del mundo”. (Braudel, 1986:85) Aquí lo que interesa destacar es que una historia universal es aquella que no sólo ve la historia del “conjunto del mundo” sino de todos “los aspectos vida entera de los hombres, en todas las sociedades, economías y civilizaciones”.

Pero ¿Qué más hay de Braudel? Antes de poder establecer a grandes rasgos lo que es una economía-mundo, debemos tomar en cuenta otros dos conceptos de nuestro autor, a saber, la “geohistoria” y la “civilización material”. Para ello es necesario recurrir a lo que el doctor Aguirre Rojas nos dice al respecto:

En el Mediterráneo..., Braudel ha elaborado el concepto fundamental de la “geohistoria”, resumiendo en él toda su teoría compleja acerca de las distintas coacciones o presiones que los diversos elementos constitutivos de la base geográfico-natural ejercen sobre los hombres. Recuperando situaciones como por ejemplo, la del influjo de los cambios estacionales sobre los ritmos y dinámica mismos de la guerra y de la paz, de la presencia contundente de las montañas y del muy singular “genero de vida” que imponen a los grupos humanos que en ellas habitan, o de la pobreza biológica permanente del mar Mediterráneo y de sus consecuencias hacia los hombres, Braudel construye con todo detalle su concepción acerca de los modos de determinación del “medio geográfico” sobre los procesos históricos humanos, mostrando la conexión orgánica real entre el basamento geográfico-natural del mundo Mediterráneo y las formas de la civilización también mediterránea, edificadas por los hombres en este mismo espacio. (Aguirre, 1997:138)¹

El otro concepto importante en la perspectiva braudeliana que destaca el Dr. Aguirre Rojas y que nos interesa destacar es el de la civilización material:

Para Fernand Braudel, la civilización material, es precisamente todo el abanico de las formas materiales resultantes de esas estrategias humanas elaboradas como respuesta a las imprecaciones de la naturaleza, el conjunto de figuras técnicas

¹ Se refiere al libro de Fernand Braudel “El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II.

correspondientes a unas ciertas maneras de producir, y de figuras técnicas correspondientes a unas ciertas maneras de producir modos de consumo, que derivan justamente de la forma en que los hombres han resuelto las encrucijadas planteadas por el entorno geográfico-natural en el que se desenvuelven.

Formas de la civilización material que solo se establecen, como bien plantea Braudel, a partir de las propias “elecciones de civilización” de los hombres, derivando de las particulares estrategias de supervivencia con las cuales las sociedades humanas hacen frente a las demandas de su medio natural específico. (Aguirre, 1997: 138)

Y ahora sí, podemos, en palabras del doctor Aguirre Rojas, hacer referencia a lo que corresponde a la economía-mundo:

No es posible comprender cabalmente el concepto de geohistoria braudeliiano sin su correlato indispensable, el concepto de civilización material.

Algo similar acontece con el desarrollo braudeliiano de la teoría acerca de las distintas economías-mundo que han existido en la historia, y con el análisis más pormenorizado de la dinámica concreta de descentramientos y recentramientos de la economía-mundo europea entre los siglos XIII y XX. En este desarrollo, Fernand Braudel no hace otra cosa que generalizar de una manera más teórica y más amplia, las enseñanzas que había obtenido durante el largo siglo XVI, desarrollado con tanto cuidado en El Mediterráneo...

Elevando al plano de hipótesis general, el mecanismo descubierto inicialmente para el estudio de la economía europea elaborado en su primera gran obra, Braudel sistematiza y construye una teoría general de los distintos orbes económicos con que ha logrado conformarse como unidades coherentes en las distintas etapas históricas, a la vez que proporciona el marco conceptual para investigar, desde el plano de la economía, el proceso de formación del mercado mundial capitalista y más profunda de la génesis misma de la verdadera historia universal. (Aguirre, 1997: 140)

También, Braudel llamó la atención para que se tomara con seriedad el concepto de capitalismo, como una forma fundamental de organizar y analizar la historia del mundo moderno, cuando menos a partir del largo siglo XVI. El profesor Wallerstein ha tomado muy en serio algunos de los señalamientos hechos en ese sentido por Braudel. En lo que toca a la elaboración y desarrollo de una teoría que encuadre el concepto capitalismo como un concepto fuerza, Wallerstein apunta:

... el desarrollo de una estructura teórica que iba contra las dos tesis que tanto el liberalismo clásico como el marxismo clásico, los dos grandes puntos de vista antagónicos del mundo del siglo XIX, consideraban esenciales para su enfoque. Primero, la mayor parte de los liberales y la mayor parte de los marxistas han sostenido que el capitalismo requería sobre todo el establecimiento de un mercado libre y competitivo. Braudel, en cambio, veía el capitalismo como el sistema de contramercado. Segundo, los liberales y la mayor parte de los marxistas han sostenido que los capitalistas fueron los grandes practicantes de la especialización económica. Braudel por el contrario creía que el rasgo esencial de los capitalistas que triunfaron era su rechazo a la especialización. (Wallerstein, 1993: 71)

El capitalismo para esta perspectiva asume la forma de una economía-mundo. Toda economía-mundo se divide en zonas sucesivas: el corazón, ...vienen después las zonas intermedias, alrededor del pivote central. Finalmente, ciertas zonas marginales muy amplias que, dentro de la división del trabajo que caracteriza a la economía-mundo, son zonas subordinadas y dependientes, más que participantes (Braudel, 1986: 86-89).

Después de formular y repasar a grandes rasgos algunas categorías Braudelianas centrales es necesario definir lo que se quiere cuando se propone trabajar con el trend secular. Habíamos dicho que era importante retomar la parte histórica y social en la economía, por lo tanto, en trend es una perspectiva de larga duración histórica. Así es como nos lo dice el autor:

En la lista de los ciclos, el de mayor duración corresponde al trend secular, seguramente el más descuidado de todos los ciclos. Un poco porque los economistas no se interesan, generalmente, más que por la coyuntura corta: “un análisis de un periodo largo puramente económico no tiene sentido”, escribe André Marchal. En parte, también, porque su lentitud lo disimula. Se presenta como una base sobre la que se apoyaría el conjunto de los precios. (Braudel, 1984: 55)

Para Wallerstein, los años posteriores a 1945 –para ser exactos los veinticinco años siguientes- se realizaron una serie de estudios que tenían que ver con la realidad del Tercer Mundo. Toda esta serie de análisis tenían que ver con los llamados estudios de “área”. Esto era, que sus defensores afirmaban que dichos análisis cambiaban el rumbo de las ciencias sociales, y que, por consiguiente, las teorías de las ciencias sociales, no sólo eran aplicables a Estados Unidos y Europa, sino a todas las áreas del mundo. Así es como, a través de la mirada de la teoría de la modernización, se analiza a todo el mundo.

La teoría de la modernización implica una serie de consejos a los Estados menos desarrollados en el sentido de que se podían alcanzar a los más desarrollados. Es decir, para que un Estado subdesarrollado alcanzara la prosperidad, tenía que ponerse del lado de las potencias económicas de la época. Entonces, había que imitar a los Estados Unidos o a la extinta URSS como modelos estatales a seguir para ser un estado avanzado.

Ese proceso, es visto por Wallerstein como el mayor cambio ocurrido en la ciencia social mundial en los veinticinco años siguientes a 1945, que fue el período histórico social que implica una suerte de descubrimiento de la realidad contemporánea del Tercer Mundo. Ese descubrimiento geopolítico tuvo el efecto de minar la construcción decimonónica de la ciencia social que había creado teorías y disciplinas separadas para su estudio de Europa/Norteamérica, por un lado, y para el resto del mundo, por el otro.

Esa fue la época de los estudios de área. Al tratar de justificar intelectualmente dichos estudios, sus defensores enfrentaban un dilema epistemológico fundamental. Querían argumentar que las teorías de la ciencia social eran aplicables a todas las áreas del mundo y no solo a Europa/Norteamérica.

Los estudios de área basaron su trabajo en una posición que ya había estado muy difundida en las ciencias sociales, a saber, que existen etapas por las que la sociedad (y por consiguiente las diversas sociedades nacionales) va pasando, y que esas etapas, representan un progreso evolutivo. Aplicada al Tercer Mundo, esa teoría fue bautizada “teoría de la modernización” o “desarrollismo”. La teoría de la modernización simplemente sostenía lo siguiente: todas las sociedades pasan por un conjunto definido de etapas en un proceso que desemboca en la modernidad. La definición operacional de una sociedad era un Estado, existente en el presente ya sea como miembro soberano del sistema interestatal o como una colonia destinada a convertirse algún día en un Estado soberano. El objeto de esa teorización era entender como los Estados pasaban de una etapa a otra, era su propósito, establecer en qué etapa se encuentra cualquier Estado y ayudar a todos los Estados a establecer una ruta puntual para llegar a la modernidad.

La teoría de la modernización afirmaba basarse en la comparación sistemática de casos independientes, y eso presuponía una premisa dudosa y para nada demostrada por dicha

teoría, la de que cada Estado operaba en forma autónoma y en sustancia no se veía afectado por factores más allá de sus fronteras. Además, la teoría presuponía una ley general del desarrollo social las llamadas etapas del desarrollo (Wallerstein, 2002: 218-220).

Además, a pesar de esto, la teoría enfrenta grandes retos de carácter epistemológico. Esto en el sentido de que todos los Estados eran iguales en la medida en que pasaban por etapas idénticas por razones idénticas. Pero al mismo tiempo todos los Estados eran diferentes, en cuanto en el momento particular podían atravesar por diferentes etapas y velocidad de sus movimientos de una etapa a otra era singular. Además, la teoría también tenía grandes ventajas políticas: permitía que todos y cualquiera se dedicaran a aplicar la teoría de una situación práctica y estableciera la ruta que los gobiernos debieran adoptar para acelerar al proceso de ascenso a las etapas superiores de desarrollo. Y, por último, la teoría justificaba un considerable aumento de la asignación de fondos gubernamentales a los científicos sociales, especialmente a los que afirmaban estar trabajando en el “desarrollo” (Wallerstein, 2002: 220).

Desde luego, estas implicaciones políticas fueron ferozmente rechazadas por los “revolucionarios” de 1968. De aquí, entonces, avanzamos en la revisión del análisis de sistemas-mundo. Al respecto el profesor Wallerstein nos aclara esta cuestión:

Es importante recordar esa intención inicial del análisis de sistemas-mundo, la de protestar contra la teoría de la modernización, si hemos de entender las direcciones en que ha avanzado desde entonces. Yo veo cuatro impulsos principales en el trabajo que hemos hecho colectivamente. Ninguno de estos impulsos ha sido exclusivamente obra de personas dedicadas al análisis de sistemas-mundo *per se*. Pero en todos los casos los interesados en el análisis de sistemas-mundo han desempeñado un papel importante en la continuación y definición del impulso.

El primer impulso fue la globalidad.

El segundo impulso era la historicidad y derivaba del primero.

El tercer impulso era la unidisciplinaria y derivaba del segundo.

En consecuencia, el cuarto impulso era el holismo. Ese impulso era histórico-epistemológico y derivaba de todos los anteriores. (Wallerstein, 2002: 221-222)

Y, como es natural, esta perspectiva wallersteiniana, ha sido objeto de algunas críticas. Una de ellas es la hace Josep Fontana, en su libro *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. En un capítulo titulado: el marxismo en siglo XX, establece que algunos estudiosos ven a Wallerstein como un analista del capitalismo en la línea marxista, y explica las causas del por qué este autor no puede ser considerado como marxista:

... partiendo del mismo esquema gunderfrankiano, Immanuel Wallerstein ha puesto el acento en el estudio del desarrollo, del nacimiento del capitalismo, visto como hacia Gunder Frank en un escenario geográfico, pero convirtiendo su esquema binario en otro ternario, integrado por las naciones del centro, las periferias explotadas por aquellas y las de la semiperiferia, que actúan de manera inmediata (como explotadas por el centro y explotadoras de la periferia). Wallerstein pretende también aplicar este mismo esquema ternario a la estructura clases, y contrapone, a la estructura binaria típica de la lucha de clases, otra ternaria, con un plano social intermedio, que cumple objetivos de estabilización. Y lo que es más: nos asegura que las clases dominantes tratan siempre de mantener una estructura en tres estratos, que garantiza la estabilidad, mientras que las explotadas intentan forzar la polarización en dos, para llegar al enfrentamiento y la ruptura. A todo ello se añade recientemente un tercer mecanismo: la recuperación de las ondas Kondratiev, fases cíclicas de medio siglo de duración, que se irían alternando desde el siglo XIV, provocando sucesivos ascensos y descensos en la población, posprecios, la producción, la expansión del 'sistema mundial' y la 'estructura social de la acumulación'. Con todos estos elementos el estructuralismo wallersteiniano se aproxima cada vez más a una morfología.

Hay que decir, en su favor, que la operación de llenar los esquemas con datos se hace en este caso de manera mucho más amplia y rigurosa que en cualquiera de los citados anteriormente – de manera que, en el peor de los casos, los libros de Wallerstein son útiles como guía bibliográfica-, pero este acopio es, como siempre en el estructuralismo, pasivo, sin ninguna aportación personal: el contacto con la realidad está siempre mediatizado por el trabajo de otros investigadores cuyos resultados se encajan en el esquema teórico prefabricado. Por muchas razones el lugar de Wallerstein no debería estar en un capítulo sobre marxismo –ni que sea un marxismo degradado-, sino cercano a la social history o al eclecticismo académico de la escuela de los Annales. (Fontana, 1999: 228-229)

Resulta pertinente poner atención a la interpretación de Fontana sobre Wallerstein, sin embargo, ello no implica que la perspectiva del análisis del sistema-mundo no aporte elementos fundamentales para entender la historia reciente de la economía-mundo, sobre

todo en la línea de cuestionar la noción de progreso. En la interpretación de Fontana el problema parece ser más de una mala lectura de Wallerstein, el cual es claro que no se define como un autor que siga ortodoxamente a Marx, pero tampoco va claramente en su contra, así lo único claro, es que Wallerstein no es un antimarxista.

En el libro *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista* de Carlos Antonio Aguirre, en el cual sostiene una larga charla con el autor, Wallerstein nos presenta su postura ante el marxismo, tras la pregunta que hace Carlos Aguirre sobre qué es lo que pasaba con las tesis de Marx acerca del capitalismo como etapa “histórico-progresiva” de la evolución de la humanidad, con sus análisis sobre la universalización histórica, la inversión de la relación entre el hombre y la naturaleza, el fin de la escasez natural, el predominio del elemento social histórico sobre el elemento natural, o la ruptura del límite antropocéntrico del proceso de trabajo (Aguirre, 2003: 200), y, al respecto Wallerstein respondió lo siguiente:

...te diría que tal vez la cuestión del progreso es mi más grande desacuerdo con Marx. Al respecto pienso que Marx es todavía un hombre de las Luces, un pensador que está aún dentro del marco de la Ilustración. Para él, la historia es progreso inevitable, y entonces su concepción del capitalismo representa una evolución respecto del feudalismo, y el socialismo que vendrá más adelante lo es a su vez respecto del capitalismo, etcétera. Marx no ha tenido nunca la menor duda en torno a esta idea, y en cambio yo pienso que es completamente falsa.

En todo caso, no acepto la idea de que el capitalismo representa un progreso. Para mí se trata más bien de un cambio fundamental que ha transformado el mundo entero, pero que está lejos de ser un progreso, lo que no quiere decir, para nada, que idealice románticamente lo que fue la Edad Media o las sociedades que habían existido antes del capitalismo. Pienso que sin duda se trataba de sociedades terribles, pero no como lo es nuestra sociedad capitalista. Entonces, podemos afirmar que hay sin duda progreso tecnológico, eso es evidente, pero progreso humano, eso creo que no, para nada.

No acepto la idea de que el hombre debe dominar la naturaleza: ese es un lenguaje completamente característico de la Ilustración, del Siglo de las Luces, y es también parte del lenguaje marxista que ha aceptado este mensaje de la Ilustración.

...Marx pertenece todavía a esa tradición iluminista, de modo que nunca llegó a estos puntos de vista antiilustrados. Al respecto él estaba atrapado dentro de la

concepción clásica característica del siglo XIX. De modo que no encuentro que esto constituya un progreso...

Me has preguntado también si Marx era una víctima de esta noción de progreso que es necesario superar, y respondería con aplomo que sí. Y para volver a una de tus preguntas anteriores, agregaría que tal vez es esta una de las razones por las cuales de pronto me resulta difícil responder a la pregunta sobre si soy o no soy marxista, o sobre si la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo es o no una perspectiva marxista. Porque mi punto de vista, y esta perspectiva, en ciertas cosas sin duda si es marxista, aunque en algunas otras en cambio, como en ese punto que acabamos de señalar, no lo es. Y pienso que hay una dimensión en la cual efectivamente he tratado de romper con este Marx todavía preso en la herencia iluminista. (Aguirre, 2003: 200-203)

Por otra parte, sería pertinente puntualizar, para los fines del análisis que pretendemos, de dónde proviene la perspectiva de que la economía-mundo, la cual se conforma de tres zonas: el centro, la periferia y la semiperiferia. Existe una amplia discusión acerca de si estos son conceptos que fueron establecidos originalmente por Braudel o Wallerstein, o bien en un primer momento fueron señalados por Raúl Prebich, y posteriormente retomados y enriquecidos tanto por Braudel como por Wallerstein.

Para terminar con la presentación sintética de las perspectivas economía-mundo y sistema mundo, nos interesa recuperar un señalamiento hecho por Fernand Braudel:

Nuestros puntos de vista son, en lo esencial, idénticos, incluso teniendo en cuenta que, para Immanuel Wallerstein, no hay más economía-mundo que la de Europa, fundada solo a partir del siglo XVI, mientras que para mí, mucho antes de haber sido conocido por el hombre europeo en su totalidad, desde la Edad Media e incluso desde la Antigüedad, el mundo ha estado dividido en zonas económicas más o menos centralizadas, más o menos coherentes, es decir, en diversas economías-mundo que coexisten. (Braudel, 1986: 89-90)

Y no olvidemos, que lo que nos interesa es la noción de ciclo. Para Immanuel Wallerstein, la noción de ciclo tiene que ver que un periodo en el que la economía-mundo presenta a un Estado como hegemónico. En consecuencia, dentro del moderno sistema mundial, han existido al menos tres hegemonías: Holanda o las Provincias Unidas; Gran Bretaña y actualmente Estados Unidos. Y la fórmula como estos han conseguido obtener dicha hegemonía o poder sobre las demás, tiene que ver con el dominio de tres aspectos fundamentales, así lo ha presentado Wallerstein:

El modelo de la hegemonía parece maravillosamente sencillo. Una notable superioridad en la eficiencia productiva agroindustrial lleva al dominio de las esferas de la distribución comercial del mercado mundial, con los consiguientes beneficios que resultan, tanto de ser el centro de distribución de buena parte del comercio mundial, como de controlar las partidas “invisibles”: el transporte, las comunicaciones y los seguros. La primacía comercial lleva a su vez al control de los sectores financieros de la banca (intercambio, depósito y crédito) y de la inversión (directa y de cartera). (Wallerstein, 1999: 51)

Es pertinente desde ahora mencionar a otro autor, que revisaremos en el tercer capítulo de la presente tesis, que también trabaja desde la perspectiva de la economía-mundo, pero tiene una conceptualización diferente de cómo se conforma un ciclo hegemónico. Nos referimos a Giovanni Arrighi, quien ha hecho importantes aportes dentro de la llamada perspectiva de sistemas-mundo.

Aquí hay que decir que su análisis va en dirección del análisis de los sistemas- mundo, haciendo una suerte de síntesis entre los planteamientos de Braudel y de Wallerstein. En el caso del primero, es retomada con mucha fuerza el sentido de una perspectiva de largo aliento, es decir, de larga duración histórica; y en el del segundo, retoma su idea de sistema-mundo.

Además, Giovanni Arrighi nos presenta la noción de ciclo sistémico de acumulación, para él ésta es la forma en la que la economía-mundo se mueve a partir de sucesivas fases de expansión material y fases de expansión financiera. Por otro lado, retoma la fórmula general de Marx del movimiento del capital $-D-M-D'$ y con ella, genera todo un esquema en el que nos explica coherentemente como es que los centros económicos o capitales financieras logran constituirse como tales y lograr por determinados periodos una condición dominante, todo ello es a partir de una aplicación empírica de esta fórmula. Dicha aplicación es simple, y está asociada a la idea de que una fase de expansión material está constituida por el termino $D-M$ de dicha fórmula, y una fase de expansión financiera se conforma por el termino $M-D'$ de la fórmula. Lo anterior es una descripción sintética de cómo se conforma un ciclo sistémico de acumulación capitalista, solo resta en esta introducción, mencionar que hay una vinculación, entre la noción de ciclo sistémico de acumulación y hegemonía, particularmente para los tres últimos ciclos, es decir, que ellos se corresponden con tres ciclos hegemónicos.

Es desde nuestro particular punto de vista, que, con estos tres autores, se puede avanzar también, y por qué no hacerlo, en una serie de investigaciones recientes sobre el curso de la economía mundial. Son tres perspectivas que se complementan; sin la primera no existiría la segunda, sin la segunda no existe la tercera. Y sin embargo las tres difieren - cada una con sus particularidades y similitudes- la una de la otra, esto en el sentido de que son, desde el interior de cada una, modos distintos de explicar un mismo fenómeno, el fenómeno del comportamiento histórico del capitalismo como sistema. Y, aun así, estas perspectivas giran en torno al mismo eje de discusión, y sin llegar quizá a una misma conclusión, las tres poseen una amplia visión histórica de la economía, de su pasado, presente y futuro. Pero en lo general, en los puntos de partida, en el centro de la discusión, se han generado bajo las mismas premisas fundamentales.

Por lo tanto, es conveniente establecer una distinción muy puntual de la conceptualización de estas dos perspectivas: la de la economía-mundo y la de sistema mundo, luego habrá que definir un marco temporal y quizá hasta geográfico específico de cada aspecto en la historia económica, ya que será necesario movernos en una dirección espacio-tiempo, y una vez que todo esto haya quedado explicado, se podrá pasar de lleno al análisis de cada uno de los ciclos. Con esto nos parece que pudiéramos retomar no solo los planteamientos a los que hasta ahora hemos llegado, sino también poder pensar en una evaluación dentro de esta misma línea de lo que está ocurriendo hoy y hacer un poco de prospectiva.

Puede esto último parecer ambicioso, pero si partimos del hecho de que la economía-mundo se ha movido en ciclos, la probabilidad de que la tendencia se repita es, sin duda, algo que deberíamos aspirar a explicar. Pero como se verá más adelante, la pertinencia de este esfuerzo estriba en que mayoría de las explicaciones del comportamiento reciente de la economía mundial se hacen desde una perspectiva fundamentada en una visión de corto plazo. Pensamos que, dentro de la noción del moderno sistema mundial, la cual considera la vida del sistema como finita y parece que el actual periodo estaría anunciando el arribo de un “signo otoñal”, hay elementos que ayudarían a explicar en una perspectiva histórica de larga duración el rumbo que podría tomar la economía mundial. Finalmente, esa pertinencia se ve reforzada por el hecho de que la vida económica que hoy estamos atravesando tiene

todavía muchos procesos relativamente novedosos que ofrecernos, y por ello, es necesario tener un marco de referencia con el cual dichos procesos nos pudieran resultar un poco más claros.

Es por todo esto que bien vale la pena hacer un análisis profundo de todo lo que como economistas tenemos a nuestro alcance. Ya habíamos mencionado que al estar dentro de las ciencias sociales es necesario tomar en cuenta otras ciencias como la historia, la sociología, la geografía, etc. Y no podemos olvidar la política. Pudiéramos decir –y con toda razón- que la vida económica está llena de acontecimientos políticos, y a lo largo de quinientos años, estos han aparecido de una manera muy importante. Es esta otra de las cuestiones que nos atañen en el sentido de la reestructuración de las ciencias sociales, o de la construcción de unas nuevas ciencias sociales.

Es preciso mencionar que ninguno de los autores que hemos mencionado ha hecho de sus trabajos, es decir, de sus tesis a favor de una historia económica, una teoría. Por eso hemos mencionado que tanto la noción de economía-mundo, así como la del moderno sistema mundial son solo perspectivas. Y son solo esto porque ninguno de ellos dice poseer la verdad o la explicación final y última de todos o cualquier fenómeno económico o histórico. Al respecto, el profesor Wallerstein menciona lo siguiente:

El análisis del sistema-mundo como perspectiva explícita dentro de las ciencias sociales data de la década de los setenta, aunque por supuesto refleja un punto de vista que tiene una larga historia y se basa en trabajos iniciados mucho antes. Nunca se ha presentado como una rama de la sociología o de la ciencia social. No se consideraba a sí misma la “sociología del mundo”, a lado de la sociología urbana o de los grupos pequeños, o la sociología política. Más bien se presentaba como una crítica de muchas de las premisas de la ciencia social existente como una modalidad de lo que he llamado “impensar la ciencia social”.

Por esta razón yo, por lo menos, siempre me he resistido a utilizar el término “teoría de sistemas-mundo” frecuentemente usado para describir el tema, especialmente por no practicantes, y he insistido en llamar a nuestro trabajo “análisis de sistemas-mundo”. Es demasiado temprano para teorizar con una alguna seriedad, y cuando llegemos a ese punto lo que deberíamos estar teorizando es ciencia social y no sistemas-mundo. Considero que el trabajo de los últimos veinte años, y de algunos años por venir, ha sido el trabajo de limpiar las

malezas, a fin de poder construir un marco más útil para la ciencia social.
(Wallerstein, 2002: 218)

Así que nuestros autores también se han dado a la tarea de tener como referencia el análisis efectuado por la teoría económica, y la usan de modo alternativo y hasta cierto punto novedoso. Y lo más importante es que lo han hecho desde una perspectiva de larga duración. Esta noción es fundamental para los fines que queremos desarrollar, y no sólo para explicar los acontecimientos históricos acaecidos desde el largo siglo XVI, pues es útil para poder analizar con un buen marco de referencia que es lo que ésta pasando hoy y una visión prospectiva de la totalidad del mundo.

Aquí nos parece que hay que poner un poco de mayor atención. Me refiero a lo que mencionamos antes al referirnos a la noción de larga duración, concepto desarrollado por el profesor Fernand Braudel. “La larga duración, “descubierta”, establecida y trabajada por Braudel desde 1943/1944, aunque formalizada de manera más sistemática y explícita solo hasta 1958, ha sido siempre concebida por su autor como la posible contribución específica de la historia al diálogo abierto con el restante conjunto de las ciencias sociales, y en consecuencia, como la primera piedra de la proyectada construcción de un campo y una lengua común para todas esas ciencias que versan sobre lo social.” (Aguirre, 1997: 152)

A reserva de que sea analizada profundamente la noción de larga duración, en posteriores capítulos, ésta es para Carlos Aguirre lo siguiente:

No es un simple ritmo lento de movimiento, ni un simple periodo de tiempo de amplias dimensiones –lo que implicaría que la larga duración podría estar referida, indistintamente, tanto a procesos humanos como a procesos naturales-, sino el conjunto de las arquitecturas, estructuras o realidades que dentro de la historia humana han sido decisivamente operantes como factores esenciales presentes a lo largo de los procesos evolutivos históricos, el conjunto de esas coordenadas más profundas que de una manera persistente han funcionado efectivamente como realidades o elementos relevantes dentro de las grandes curvas evolutivas de los movimientos históricos; estructuras o ensamblajes de hechos, lentas en conformarse, en modificarse, en desaparecer, pero que han sido de modo esencial parámetros y ejes que habrán de permitir explicar e interpretar esa historia profunda que, en opinión del mismo Braudel, subyace como eje de gravitación de los restantes procesos de la historia humana.

Larga duración histórica que, insistimos, si es relativamente fácil de definir formalmente, es en cambio mucho más difícil de descubrir dentro de los procesos reales analizados. (Aguirre, 1997: 117)

Una vez que hemos abordado, en los párrafos anteriores y de manera general los aspectos teórico-epistemológicos de tres corrientes alternativas de pensamiento acerca del ciclo económico, expondremos con mayor claridad este concepto. Así que, en el capítulo I, presentaremos la noción de ciclo económico a partir de su construcción general por parte de la perspectiva de la teoría económica o su visión neoclásica, desde cómo se idéntica el fenómeno hasta sus diversas clasificaciones temporales y algunas de sus diferentes posturas acerca de éste. Asimismo, en este capítulo, daremos un breve repaso a la visión marxista del ciclo.

En el capítulo II, abordaremos la obra de Fernand Braudel, pondremos énfasis de sus postulados epistemológicos hasta la construcción de la larga duración histórica y su definición de trend secular. En el capítulo III, presentaremos a Giovanni Arrighi y sus ciclos sistémicos de acumulación capitalista en un recorrido por la historia del capitalismo histórico. Cabe mencionar que este último aporte será retomado con mucha mayor amplitud ya que consideramos que este análisis provee de una importante herramienta para el análisis de la vida social toda del capitalismo a lo largo de su existencia, así como un estudio que no debería dejarse de lado para la formación de los economistas para la comprensión de la realidad actual y la construcción de opciones de futuro. Por último, se entregarán unas conclusiones acerca del resultado del análisis de varias definiciones de ciclo económico y, sin menospreciar ninguna, trabajando todas juntas podrían ser de gran utilidad para el estudio de la realidad histórica en que vivimos.

CAPITULO I

Las fluctuaciones y el ciclo económico en su construcción general

El propósito del presente capítulo es revisar cómo se define al ciclo económico desde diversas perspectivas teóricas. Nos interesa presentar la noción más aceptada de éste por la ciencia económica del *mainstream*, trabajando aquí al menos cinco construcciones distintas de ciclo económico. En un principio, debemos identificar la naturaleza del fenómeno, distinguiendo, por una parte, entre fluctuaciones y tendencias, y, por otro lado, de entre las diversas fluctuaciones, el ciclo como una fluctuación. Una vez establecido esto, se presentan las fases de un ciclo, entonces ahí podemos clasificar, dada su temporalidad e importancia dentro de los estudios económicos, los ciclos económicos con mayor influencia.

Por otra parte, la concepción que Marx tenía de ciclo y su elaboración del ciclo del capital industrial. Finalmente, se expondrán algunos de los más importantes postulados de la teoría economía acerca del ciclo económico.

En un primer momento, y dadas las posturas de estas cinco importantes vertientes de los estudios económicos en cuanto al ciclo, podremos, en segunda instancia, insertar un sexto modelo, que además de retomar a la mayoría de las anteriores, va presentar desarrollos novedosos en cuanto al objeto de estudio, y que, además, creemos es la alternativa más viable actualmente, para interpretar la complejidad del sistema económico en su conjunto y sobre todo desde una perspectiva histórica.

Ésta cuarta arista se fundamenta en muchos de los argumentos de las anteriores, si bien, retoma algunos, también desecha otros, por ejemplo, el tiempo; este en cuanto a la duración de vida de cada ciclo. Así que podemos desde ahora establecer que los primeros cinco modelos teóricos acerca de los ciclos son de temporalidad corta o ciclos cortos, y al sexto de ellos, le corresponde una temporalidad larga, es decir, son ciclos largos. El motivo de insertar una sexta visión de ciclo, no quiere decir que los cinco análisis anteriores han dejado de funcionar, simplemente muchos de sus postulados presentan limitaciones para estructurar una explicación concreta de las diversas problemáticas inherentes a la ciencia económica hoy. No se les debe en ningún momento restar importancia dado que son los cimientos de esta nueva perspectiva. Tampoco nos interesa confrontar a los autores, es simplemente presentar otra alternativa de la visión económica en el estudio de los ciclos.

En este sentido, revisemos de manera breve la elaboración y definición del ciclo económico. La necesidad de realizar estudios acerca de los fenómenos que los economistas observaban en cuanto a la recurrencia de ciertos eventos, condujo a establecer el estudio de los ciclos a partir de series estadísticas. Estos ciertos eventos tenían que ver principalmente con lo que posteriormente se le denominó como “crisis”. Es a partir de la “crisis” en donde muchos economistas van a establecer que la actividad económica está sujeta a periodos alternativos de expansión y contracción. A principios del siglo pasado fue cuando cobró más fuerza este tipo de estudios, éstos se enfocaron principalmente en el área de los negocios. Sin embargo, no era la única fluctuación que se podía analizar.

A. Identificación del fenómeno

Para J.A. Estey es importante distinguir las fluctuaciones de las tendencias. El autor, del *Tratado sobre los ciclos económicos* (1948) habla acerca de que es posible, a través de algunos recursos estadísticos, eliminar de una serie cronológica la tendencia y la variación estacionales, o bien, aislar únicamente las fluctuaciones estacionales.

Señala que una vez que se ha separado a esta clase de fluctuaciones de las series cronológicas, podemos encontrar dentro del ámbito de la economía, otra serie de fluctuaciones que difieren de las tendencias en que se presentan alzas y bajas más bien que movimientos continuos en una sola dirección y de las fluctuaciones estacionales en que

ocurren en periodos más largos y a la vez menos regulares (Estey, 1948: 22). Desde luego, esta otra clase de fluctuaciones son los ciclos económicos. El ciclo económico se define como ese movimiento brusco u oscilación que va de una estabilidad económica a una crisis, o de un auge a una depresión. Movimientos periódicos, de auge y contracción. Usa la palabra “periódico” como sinónimo de “cíclico”.

Siguiendo con la interpretación del autor, un ciclo económico se distingue de otras fluctuaciones entre otras cosas por su ritmo, estos tienen ritmo libre a diferencia de las fluctuaciones estacionales, las cuales tienen ritmo fijo; además, otra diferencia es la no periodicidad, y esto tiene que ver con lo anterior, ya que al tener ritmo libre no son periódicas..., pero si son cíclicas ya que sus fases de contracción y expansión se repiten con frecuencia y en tipos bastante similares (Estey, 1948: 22).

Para la mayoría de autores que analizan la perspectiva de las oscilaciones en el contexto económico, existe un consenso en cuanto a que son cinco las clases de fluctuaciones económicas, de las cuales como ya se señaló, la más importante para nosotros es la de ciclo económico. Sin embargo, expondremos de manera breve las demás ya que algunas de estas, como veremos a continuación, son difíciles de separar de las series cronológicas y, por lo tanto, del ciclo económico.

1. Diversas fluctuaciones.

Cambios accidentales o irregulares. Son movimientos no previsibles que no están sujetos a una periodicidad establecida y que se presenta generalmente en forma aislada. Pueden distinguirse dos clases de estos movimientos: por un lado, los movimientos irregulares pequeños de poca importancia, generalmente ocurren con mucha frecuencia y sus causas no son muy conocidas y su influencia es insignificante. Por otro lado, existen los cambios accidentales esporádicos que se manifiestan como rupturas agudas en el movimiento cíclico que pueden atribuirse a causas específicas como huelgas, terremotos, tormentas, revoluciones, elecciones, etc. Estas últimas fluctuaciones, pueden llegar a tener una relativa importancia y establecer diferencias de un ciclo a otro y, en muchos casos, como en las guerras o pérdidas de cosecha, pueden ser causas generadoras de ciclos económicos. En general puede afirmarse que los cambios accidentales no son acumulativos, su periodo de

alza y baja se desarrolla dentro del límite de un año y no son susceptibles de medición estadística, por lo que son difíciles de eliminar en el ciclo económico.

Cambios en la estructura. Son las transformaciones orgánicas y estructurales del sistema económico. Participan de todas las características de los cambios accidentales, pero se distinguen de ellos por sus efectos de mayor alcance. Estos cambios en las estructuras pueden llegar a introducir modificaciones sustantivas en el sistema económico. En la inmensa mayoría de las ocasiones, son producto de políticas económicas deliberadas que tienen como propósito establecer nuevos principios normativos al sistema económico.

Movimientos seculares o a largo plazo o tendencias. Una tendencia es un movimiento continuo y prolongado de cualquier actividad en una dirección conocida durante un periodo de tiempo que es largo con relación al ciclo económico. Son los movimientos continuos y prolongados con una duración mayor que la del ciclo económico y generalmente irreversibles, es decir, que no presentan un movimiento ondulatorio. Son movimientos generalmente suaves y graduales a largo plazo, que se representan por líneas rectas o curvas y que indican la dirección que seguirá el fenómeno económico, social, o de otro tipo, que se está analizando. Como sabemos, las tendencias seculares son aquellos periodos de ascenso y descenso sostenidos relativamente muy largos en cualquier actividad.

Movimientos estacionales. Son fluctuaciones periódicas con ritmo fijo que se circunscriben a un año, o en muchos casos a menos de este. Se relacionan directamente con los cambios de estación del año y con las costumbres. Pueden clasificarse en naturales ligadas al tiempo y artificiales convencionales o ligadas a las costumbres. Las fluctuaciones estacionales naturales se presentan principalmente en la agricultura, pesca, explotación forestal, etc. Las fluctuaciones estacionales artificiales debidas a las formas culturales de vida, se observan en las ventas de los almacenes en Navidad y año nuevo, semana santa, en la temporada turística, etc. Sin embargo, las fluctuaciones estacionales, como es el caso de la producción agrícola, pueden neutralizarse a través de la ejecución de ciertas acciones tales como el almacenamiento.

2. El ciclo económico como una fluctuación

Para extendernos un poco más sobre esto, nos parece conveniente definir un concepto importante: el ciclo específico. A diferencia del ciclo económico, que como dijimos es un ciclo que da cuenta de la economía en su conjunto, el ciclo específico solo atiende a ciertas actividades económicas aisladas. Por ejemplo, en dicha actividad, como sabemos, presentan variaciones cíclicas un sin número de fenómenos y eventos; las inversiones, las tasas de interés, los salarios, el nivel de precios, las importaciones, las exportaciones, los precios en las bolsas de valores, el volumen de ahorro, el empleo, así como la venta de automóviles, la natalidad y hasta los matrimonios o los suicidios, etc.

Estas fluctuaciones recurrentes en series cronológicas individuales son lo que se ha denominado como “ciclos específicos”, y su característica más importante es la tendencia que este tiene de aparecer simultáneamente en todos los aspectos importantes de los negocios. También es importante señalar que todos estos ciclos específicos se encuentran interrelacionados entre ellos. Por lo tanto, este cúmulo de fenómenos o eventos interrelacionados da origen al concepto de ciclo económico. Es decir, los ciclos económicos son fluctuaciones de la actividad económica general que surgen del conjunto de fluctuaciones relacionadas entre sí de numerosos ciclos específicos (Estey, 1948: 23).

Esta característica permite distinguirlos de otras fluctuaciones como la estacional que es recurrente, pero con ritmo fijo, y de los cambios estructurales y accidentales que no son recurrentes ni tienen ritmo alguno.

Una vez que hemos esbozado de manera muy general al ciclo económico describamos las características fundamentales de este:

Recurrencia. Los ciclos económicos son movimientos recurrentes con ritmo libre. Significa que son fluctuaciones que se repiten en el tiempo, cuya longitud es difícil de determinar con exactitud, al contrario, su secuencia es muy irregular.

Los auges mayores pueden ser interrumpidos por pequeños recesos, pero es muy raro que las depresiones se interrumpan con pequeñas recuperaciones. Los auges, en cambio, rara vez duran cuatro años sin ser interrumpidos.

Tiempo. Una de las características más importantes del ciclo económico es que coinciden en el tiempo las fases de expansión y de contracción de muchas series económicas.

Las expansiones se presentan casi al mismo tiempo en muchas actividades económicas seguidas por recesos generales, contracciones y recuperaciones que se convierten en la fase de expansión del ciclo siguiente. Sin embargo, entre algunas series se observan relaciones distintas caracterizadas por retrasos y adelantos.

Amplitud o profundidad. También llamada magnitud. La amplitud de diversas series que determina la profundidad o magnitud de la fluctuación, varía considerablemente.

Uno de los casos más ilustrativos es el de los bienes duraderos y no duraderos. Los primeros fluctúan más que los segundos.

Forma. El ciclo económico es ondulatorio, sin embargo, adopta una forma irregular que se debe fundamentalmente a la influencia de factores accidentales y de otras fluctuaciones que se realizan simultáneamente en la economía.

B. Fases de un ciclo económico

Cada ciclo económico se compone de cuatro fases:

Ascenso

Descenso

Recesión

Reactivación

El período más alto del ascenso se denomina auge. Todo ascenso culmina en un descenso. Una crisis se produce en algún momento del descenso. La recesión subsiguiente, es finalmente revertida por la reactivación. No hay una duración fija para cada fase ni para el ciclo en su conjunto, pero la investigación a largo plazo ha permitido establecer duraciones promedio para los ciclos. El ciclo económico está basado en leyes generales que gobiernan

las economías capitalistas, más que en factores políticos o institucionales específicos de países o períodos particulares.

Por una parte, se dice que los ciclos económicos tienen que ver con la actividad que describen los negocios; esto era así, propiamente si nos atenemos al análisis que se hacía durante el período que corresponde a la Primera Guerra Mundial y unas décadas antes. Lo que llamaba la atención de los economistas de la época, era que había un ciclo de buenos negocios que duraba aproximadamente de 7 a 11 años, para dar lugar a una contracción de las ganancias.

Sin embargo, estas fluctuaciones de los negocios son de muy variadas clases. Algunas son abruptas, aisladas, discontinuas, como los grandes cambios económicos producidos en el mundo por la Primera Guerra Mundial; otras se prolongan por largos períodos en la misma dirección, como la expansión de la producción o, en algunos casos, la contracción de la misma (Estey, 1948: 13).

Siguiendo la lógica Estey, el ciclo económico debe verse no sólo como una fluctuación o una fluctuación de los negocios:

Otros cambios son esencialmente fluctuaciones de naturaleza rítmica, como los que se producen por las estaciones o los períodos más largos de animación y marasmo de la actividad económica comúnmente llamados “ciclos económicos”. Algunas de estas fluctuaciones se limitan a un campo específico; otras, como los ciclos económicos, tienden a cubrir todo el campo de la economía y reflejan cambios en lo que puede llamarse “la actividad económica como un todo”... Los ciclos económicos no son sino un ejemplo de las diversas fluctuaciones que pueden encontrarse en las actividades de los negocios modernos. (Estey, 1948: 13)

El fenómeno que era analizado desde esta perspectiva resaltaba que las fluctuaciones que había en la economía, es decir, las de carácter cíclico, en donde los períodos en los que ésta entraba en crisis o en prosperidad, tenían que explicarse necesariamente dentro de la actividad que los negocios ejercían. Así, cuando por medio de la actividad comercial y los negocios las economías se veían impulsadas a crecer por medio del incremento de su producto, se decía que se entraba a una fase de crecimiento o fase A, y esto tenía repercusiones en lo inmediato. Por ejemplo, una de ellas era que las empresas producían a su

máximo nivel con niveles de ganancia altos, y esto conducía a que la tasa de empleo aumentara. La terminología que se acuñaba en aquel tiempo era la de “boom” para describir el auge económico en turno.

Por supuesto cuando la tasa de ganancia de las empresas descendía, podían verse algunos despidos de trabajadores, aumentando así la desocupación, y entonces se observaba lo que se denominó como recesión. Sin embargo, esta era denominada así cuando se observaba un descenso de carácter temporal, es decir de tiempo relativamente corto. Como lo describían en aquellas épocas se decía que era un “aterrizaje suave”. A diferencia de una depresión o una crisis que tenía un carácter mucho más largo de tiempo.

Esto se analizaba en cuanto a la producción y el crecimiento del producto de una economía en los inicios de los estudios económicos en cuanto a los ciclos económicos. Cuando se trataba de los índices bursátiles, también había altas y bajas, estos variaban al igual que el producto y se utilizaba la terminología de “crac” o “crash” para definir el momento que se presentaba.

Para los economistas había tanto razones externas como internas que explicaban la existencia de dichos ciclos en la economía. Dentro de las razones externas se habla de dos tendencias, la primera tiene que ver con el ciclo político, y la segunda, con el ciclo tecnológico. Y la única razón interna es la que tiene que ver con el modelo del acelerador.

La teoría del ciclo político argumenta que la periodicidad de las elecciones en los sistemas democráticos unida al poder de los gobiernos para estimular la economía, provocan ciclos económicos de duración ajustada a la de los períodos legislativos. Antes de las elecciones, el gobierno aprobará medidas expansivas, que promuevan la inversión y la creación de empleos para que, en el momento de acudir a las urnas, la mayoría de los votantes estén satisfechos y apoyen al partido en el poder. Esa expansión artificial provocará un exceso de demanda y tensiones inflacionistas que deberán ser corregidos mediante medidas impopulares que serán adoptadas poco después de las elecciones, cuando pueda dejarse pasar mucho tiempo antes de someterse de nuevo a la aprobación popular.

La teoría del ciclo tecnológico explica la existencia de los ciclos largos de Kondratiev por existir momentos en los que la conjunción de algunos descubrimientos científicos clave permite la aparición de un grupo de nuevas tecnologías, lo que estimula fuertemente la inversión, la demanda y el empleo. Mientras los nuevos productos se hacen accesibles a un número cada vez mayor de personas en más países el ciclo continuará en su fase expansiva. Cuando los mercados estén saturados se detendrá la inversión, cerrarán empresas y se producirá la recesión a la espera de una nueva ola tecnológica. Los avances en los transportes suelen ser mostrados como claves en varios ciclos históricos: los ferrocarriles a mediados del siglo pasado, los automóviles a principios de este siglo y los aviones tras la Segunda Guerra Mundial. Muchos analistas consideran que estamos en la fase ascendente de un nuevo ciclo largo provocado por la tecnología informática desarrollada al calor de la investigación para los viajes espaciales.

Sin embargo, para algunos el simple hecho de argumentar que los ciclos se explican solo por el hecho de que existan buenos o malos negocios era algo impreciso:

Pero entre los síntomas multiformes del ciclo económico hay dos tendencias que sobresalen notablemente y pueden muy bien considerarse como fundamentales, que son la fluctuación en la actividad productiva y la fluctuación en el nivel de precios. La primera no debe confundirse con una fluctuación en la producción. La una se mide por la cantidad de esfuerzo que se pone en la producción, y la otra por el monto de la producción resultante. La producción depende en parte del esfuerzo y en parte de otros factores, tales como los procesos técnicos y las condiciones naturales. (Hawtrey: 1944: 102)

Por lo tanto, para Hawtrey los ciclos económicos no debían analizarse solo desde el punto de vista de los buenos y los malos negocios, sino que había factores tales como los precios y el nivel de empleo o productividad que existía en una economía. Para el autor de *Currency and Credit* (1919), lo que explica el ciclo es el concepto de demanda efectiva, es decir, la totalidad del gasto en bienes de consumo y bienes de inversión, así el ciclo resulta de las fluctuaciones del gasto total. El propósito del autor, era demostrar que las fluctuaciones de la demanda efectiva, que para él constituía la sustancia real del ciclo económico, correspondían a los movimientos del crédito bancario. Poniendo especial atención al por qué

y cómo cambiaba dicho crédito, por qué las expansiones y las contracciones crediticias tienden a ser graduales, y a sostenerse en el tiempo, y como se desencadena un proceso acumulativo que se traduce en expansiones o contracciones de la actividad económica. Dos agentes fungen como los más importantes: banqueros y comerciantes, ambos motivados por alcanzar la más alta ganancia.

Todo esto estaba íntimamente ligado: los buenos negocios generaban un aumento de los precios y una baja o desocupación o desempleo, por lo tanto, la demanda de la producción se veía afectada o beneficiada en términos de dinero. Y el dinero lo proveían todos los ingresos de la población de manera directa o indirecta.

Este dinero que gasta la población puede denominarse como gasto de los consumidores, y este puede definirse como la demanda total efectiva de todo lo que se produce, ya sean mercancías o servicios. Por lo tanto, las alternaciones cíclicas en la demanda efectiva deben ser alteraciones en los gastos de los consumidores. Aunque algunos autores defienden la tesis de que la fase depresiva del ciclo tiene que ver más con la sobreproducción de bienes que con estas alteraciones en la demanda efectiva por parte de los consumidores vía la disminución del gasto. Sin embargo, debe advertirse que para los economistas clásicos esta posibilidad de la sobreproducción era algo impensable, ya que lo que se producía era igual a lo que se demandaba, es decir oferta igual a demanda.

Para otros la consecución de la ganancia es lo que caracteriza al ciclo económico:

Estas diferencias entre los ciclos económicos se deben a que la situación económica en un momento dado es la resultante neta de un complejo de fuerzas entre las que el ritmo de la actividad económica no es más que una de ellas. La situación de las cosechas, la política nacional, los cambios en los sistemas monetario y bancario, las relaciones internacionales, las guerras y la paz, el descubrimiento de nuevos recursos y métodos industriales y otros muchos factores afectan favorable o desfavorablemente la perspectiva de obtener ganancias y por lo mismo tienden a acelerar o retardar el nivel de la actividad. El hecho de que el ritmo de la actividad económica se revela entre las resultantes netas producidas por estos numerosos factores hace pensar que éste sea uno de los factores que operan constantemente, así como que sea uno de los más poderosos. (Mitchell, 1944: 6)

Para el autor de *Business Cycles* (1913), resume su interpretación de ciclo económico como la dinámica de la actividad económica que se explica en función del lucro. En su afán de la búsqueda de ganancia como se suceden los ciclos económicos: la crisis da paso a la depresión la cual, a su vez, genera la recuperación que desemboca en prosperidad, pero engendra una nueva crisis.

C. Clasificación del ciclo económico desde la perspectiva del ciclo: Ciclos Kondratiev, Kitchin y Juglar.

Por otra parte, no fue sino hasta que apareció Joseph Schumpeter con su obra *Business Cycles* en 1939 que recopiló los trabajos de sus antecesores y clasificó tres tipos distintos de ciclos: los de corto, medio y largo tiempo, dando los nombres de los economistas que los habían descubierto. El ciclo de Kondratiev para los ciclos largos, pero no solo de hasta 25 años, sino que además haciendo notar que existían series más prolongadas que se extendían hasta 40 y 50 años; el ciclo de Juglar para periodos de 5 a 10 años y finalmente el ciclo Kitchin para periodos de entre 5 y menos años.

Kondratiev va a demostrar la existencia de una combinación de los ciclos largos de 40 a 50 años con otros dos ciclos menores: el ciclo de las inversiones, que se suceden de cuatro en cuatro años determinados por los stocks, que ya Kitchin había detectado en 1900, y los ciclos de 9-11 años, estudiados por Clement Juglar, en el siglo pasado hacia 1860 (Dos Santos, 1998: 3).

Por lo tanto, conviene hacer una distinción entre los ciclos grandes y los ciclos pequeños, ya que a pesar de que tanto los ciclos específicos como los ciclos económicos se ubican dentro del modelo general de contracciones y expansiones, existe una diferencia en cuanto a la amplitud temporal de sus fluctuaciones.

Se dice que los ciclos grandes son aquellos que ocurren entre fases sucesivas de crisis. Así es como hace dos siglos los especialistas en negocios se impresionaban de los dramáticos descensos que interrumpían la actividad económica que podían extenderse hasta por más de diez años. Además, suponían que solo eran fenómenos aislados y no formaba parte de algún fenómeno económico específico.

En 1863 el economista francés Clemet Juglar demostró que las crisis no eran fenómenos aislados, sino parte de una fluctuación de la actividad comercial y que los periodos de prosperidad, crisis y de liquidación, se seguían unos a otros siempre en el mismo orden. Por lo tanto, los economistas empezaron a hablar de “ciclo comercial” y a distinguir entre estos ciclos por la aparición periódica de crisis (Estey, 1948: 24).

A partir de esto se han reconocido doce grandes ciclos en el periodo de cien años de 1837 a 1937, con una duración media de 8.33 años y diez ciclos grandes en el periodo de 1857 a 1937, con una duración media de 8 años. Tales ciclos son conocidos como los ciclos de Juglar, en reconocimiento a su trabajo de señalar por primera vez la naturaleza cíclica de las fluctuaciones en los negocios.

Para el caso de los ciclos pequeños debemos observar que, al analizar los registros de las fluctuaciones económicas, que el ascenso de los negocios en los grandes ciclos y menos veces en los descensos, se ven interrumpidos por pequeños descensos a ascensos, según sea el caso.

Si medimos la longitud del punto bajo al siguiente punto bajo, independientemente de la magnitud de los descensos, los ciclos resultan más cortos y más numerosos que cuando se miden del punto bajo al siguiente punto bajo de los grandes descensos. Pueden llamarse ciclos pequeños estos ciclos cortos. En los últimos años hay pruebas de que duraron alrededor de cuarenta meses.

Es Joseph Kitchin quien hace la distinción entre los ciclos pequeños y los ciclos grandes al examinar y hacer una medición cuidadosa de algunos índices como fueron los de las compensaciones bancarias, de los precios al mayoreo y de las tasas de interés entre Estados Unidos y Gran Bretaña entre los años 1890 y 1922, calculando éste, el promedio entre las máximas y las mínimas sucesivas, encuentra una tendencia marcada hacia un ciclo pequeño con una longitud media de 3 años y un tercio o, como decíamos, cuarenta meses.

Por lo tanto, para J. A Estey, podemos así llegar a una clasificación entre los llamados ciclos grandes y los ciclos pequeños:

Kitchin explica que los grandes ciclos son tan sólo agregados, en general de dos y menos comúnmente de tres ciclos pequeños, y que los límites más altos de estos grandes ciclos están marcados por un máximo pronunciado de los índices y en ocasiones por un pánico. La duración media de estos grandes ciclos es de ocho años y el intervalo más usual es de siete o diez años. Estos grandes ciclos corresponden a los ciclos de Juglar, descritos antes.

Por lo tanto, podría decirse con precisión que los ciclos económicos pueden clasificarse en dos grandes divisiones (cuyos límites, por supuesto, no pueden ser precisos): 1) grandes ciclos o ciclos de Juglar, y 2) pequeños ciclos. (Estey, 1948: 26)

Desde luego, el ciclo económico de mayor alcance o, el ciclo grande, tiene mucho mayor interés y muchas más implicaciones en cualquier aspecto que las que pudiera tener el ciclo corto que algunos se han dado en llamar “equilibrio oscilante”, es decir, que por la propia forma en la que fluctúa el denominado ciclo pequeño, no se observan movimientos tan marcados o bruscos y que a veces sólo se pueden localizar mediante el acucioso análisis estadístico, e incluso pueden ni siquiera ser consideradas como verdaderas fluctuaciones cíclicas en el más estricto sentido de la palabra.

Como dijimos el ciclo grande parece ser más importante ya que tiene repercusiones más serias en el largo plazo. Así por ejemplo las implicaciones sociales y económicas que pudieran tener los ciclos de la distribución del ingreso, el índice de precios, el desempleo, etc., en un largo trayecto de tiempo podría resultar en consecuencias más impresionantes que de un ciclo corto o pequeño. Y decimos impresionantes siempre y cuando se marquen bien las fluctuaciones cíclicas.

Sin embargo, no se debe olvidar que los ciclos, ya sean pequeños o grandes, son ciclos económicos en si ya que poseen la misma característica, como dijimos anteriormente, tiene fases de crecimiento, estancamiento y crisis. Por lo tanto, los ciclos largos y los ciclos cortos son subdivisiones de la amplia categoría de ciclos económicos, que pueden usarse para cubrir las fluctuaciones recurrentes de la actividad económica general en periodos que van desde uno hasta doce años.

Pero además existe otro ciclo que está ligado con la construcción de casas y las inversiones en los transportes principalmente en Estados Unidos, el ciclo de Kuznetz:

El economista holandés Van Dujn (1983) buscó confirmar y desarrollar esta línea de análisis iniciada por Schumpeter, incorporándole otro ciclo, que es el Ciclo de Kuznetz que identificó ciclos de 15 a 25 años, ligados a las inversiones en el transporte y la construcción de casas ocurrido principalmente en los Estados Unidos. Siguiendo a Van Dujn, este ciclo se combinaría con los ciclos anteriormente señalados, no en todas las ocasiones ni en todos los países (pues hay alteraciones de los mismos, que fueron detectadas principalmente en Estados Unidos, cuando operan en sentido inverso en otros países), pues ellos están muy ligados a la construcción de casas y de instalación de transportes, debidos a la inmigración en los periodos de descenso económico, por lo tanto, presentan un comportamiento un tanto atípico. (Dos Santos, 1998: 3)

Esto es que la actividad económica está sujeta a fluctuaciones rítmicas de duración mayor a la de la noción de ciclo. Esta conclusión se ha sacado de un minucioso estudio que se realizó durante 1830 y hasta 1934 acerca de los permisos de construcción y se encontró que la duración de estos ciclos va de quince a veinte años teniendo como promedio un periodo de tiempo de alrededor de dieciocho años. Por supuesto mayor que el ciclo grande antes descrito de doce años.

Una vez que hemos destacado que los ciclos económicos pueden ser de mucho mayor periodo de tiempo que el simple ciclo económico grande que describían los negocios, tenemos ahora la necesidad de analizar las denominadas ondas largas.

La existencia del análisis de las ondas largas se remonta a la observación que se hiciera sobre el hecho bien establecido de las fluctuaciones ondulatorias en el nivel de precios al mayoreo. Los números índices de los precios al mayoreo (no importa cómo se calculen) muestran prolongadas fluctuaciones del nivel de precios con una tendencia de los mismos a cambiar de dirección cinco veces en el periodo de ciento cuarenta años, de 1790 a 1930 (Estey, 1948: 28).

Dentro de la vasta literatura sobre los ciclos económicos, y esta noción de ciclos u ondas largas, quien parece haber esbozado de mejor manera esta problemática fue el economista ruso Nikolai Dimitrievich Kondratiev, quien publicó en 1926 su ensayo "*Las ondas largas en la vida económica*". El autor no solo examinó las series cronológicas largas

comunes como los índices de precios, sino que también analizó los rendimientos de los bonos de los gobiernos francés e inglés y los salarios de los mismos países. Así, los datos que cubrían el periodo 1780-1920, parecían establecer dos y medio ciclos largos, y cada ciclo completo era de cerca de cincuenta años.

Al respecto dos Santos no dice lo siguiente:

En este ensayo él distinguió varios ciclos u ondas largas (el término onda pretende ser menos determinístico y menos mecánico que el concepto de ciclo que supone por necesidad periodos más o menos iguales de ascenso y declinación). Kondratiev distinguió en la historia económica europea un periodo que va de 1780-1790 a 1810-1817, en la que se registraría un ascenso en los datos sobre los precios de algunos productos agrícolas, escogidos por la importancia y por la facilidad para establecer con ellos una serie continua. En seguida, distinguió un periodo que va de 1810-17 a 1844-51, caracterizado por la declinación de la economía europea, luego, en seguida determinó la existencia de otro periodo que va de 1844-51 a 1870-75, que sería de ascenso económico, a éste le siguió un periodo que va de 1870-75 a 1890-96, nuevamente encontró una fase de crecimiento sustentado entre el final del siglo XIX y principios del XX, que puede ser encuadrado en los años de 1890-96 a 1914-20. A pesar de realizar sus estudios en la década de los 20, antes del gran crack de 1929, él contaba que para entonces se iniciaba una fase de declinación que se iniciaría hacia 1914-20. Si completamos los datos de Kondratiev, vamos a encontrar que ese periodo de declinación va a prolongarse hasta 1940-45, cuando la economía norteamericana comienza a recuperarse durante la guerra. En seguida tendríamos un periodo que se extiende de 1940-45, hasta 1966-73 que se caracteriza por un largo ascenso económico. Desde 1966-73 hasta nuestros días, en 1993, se registra un periodo de declinación que debería extenderse si se mantienen las mismas tendencias de las ondas largas anteriores, hasta 1994-97, o tal vez hasta 1998 para dar entonces inicio a un nuevo periodo de ascenso. (Dos Santos, 1998: 1-2)

Pero para Schumpeter, la cuestión de los ciclos largo tiene que verse necesariamente en la acción de una clase empresarial innovadora. Esto que mencionábamos más arriba acerca del ciclo tecnológico, ya tiene que ver con un origen externo. Schumpeter parte de una situación de equilibrio para después introducir estos fenómenos de carácter cíclico y él buscará una explicación para los movimientos cíclicos largos u ondas largas, en la existencia de una clase empresarial generadora de innovaciones significativas. Así para cada nuevo ciclo de 40 a 60 años, debemos suponer que existe una generación de empresarios

innovadores, cuya acción decisiva y creativa será la base para la generación de un nuevo ciclo de innovaciones significativas (Dos Santos, 1998: 4).

D. Marx y el ciclo del capital industrial

Pero cabe preguntarse qué opinión tenía Marx de todo esto. Así como hemos repasado algunos de los postulados más importantes de los economistas de corte neoclásico sobre el ciclo económico, Marx también va a desarrollar una importante explicación de éste. Si bien es cierto que en la obra de Marx no existe un tratamiento específico sobre la marcha cíclica de la economía capitalista, si encontramos a lo largo de ella amplios desarrollos que nos permitirán elaborar, de una manera clara, la teoría marxista del movimiento cíclico.

De acuerdo con Anwar Shaikh, dentro de la visión marxista son los tres los modelos de ciclo económico que siguen existiendo hasta el día de hoy: un ciclo que es corto de inventario de bienes de inversión (3-4 años), que se denomina como ciclo de los negocios; un segundo ciclo que es de mediana duración y que tiene que ver con el equipo de capital fijo (7-11 años), que es al que el término ciclo de los negocios se refería en el siglo XIX y comienzos del XX; y, un ciclo largo (15-25 años) de las estructuras de capital fijo. Sin embargo, nos dice el autor de *Valor, acumulación y crisis* que existe un ciclo más largo que va de entre 45 a 60 años, que subyace a todas las perturbaciones y ciclos anteriores, es el ciclo en el que la acumulación se acelera primero, luego baja el ritmo y finalmente se estanca (Shaikh, 1991:382).

Para Marx, el ciclo industrial sólo pudo surgir en el momento en que la industria tuvo un impacto en la producción total, es decir, cuando superó al sector primario, también cuando el mercado exterior predominó sobre el interior, y cuando apareció la competencia entre las diversas naciones industriales.

Desde que la producción capitalista de mercancías se estableció como dominante e imprimió su sello al mercado mundial, su desarrollo se ha efectuado bajo una marcha cíclica. Considerando que la producción capitalista es una producción para la obtención de una ganancia, las oscilaciones de la tasa de ganancia marcan diferentes momentos, a través de los cuales se puede juzgar el estado concreto en el que se encuentra la economía capitalista. Un

ascenso económico es posible de efectuarse solo si existe una tasa de ganancia creciente, la cual genera las condiciones para la extensión del mercado y una acentuación del ascenso. Sin embargo, llega el momento en que, a consecuencia del incremento de la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia presenta una tendencia a la baja.

Si reconocemos que la marcha de la economía es una marcha cíclica, generada por la caída tendencial de la tasa de ganancia, es importante precisar que significa lo “tendencial”. En realidad, para Marx, el descenso de la tasa de ganancia solo tiene lugar tendencialmente como todas las leyes económicas, siendo inhibido dicho descenso por numerosas causas de sentido contrario, es decir, con un movimiento dialectico de tendencia y contratendencia. Así pues, en el desarrollo del capitalismo existen factores que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia (Marx, 1984 T.III V.6:297-308).

Marx observó que la industria de su tiempo, que llamaba “moderna”, tenía un “curso vital” en forma de un “ciclo decenal”, interrumpido por “oscilaciones menores”, que se componía de periodos de “animación media”, de “producción a toda marcha”, de “crisis” y de “estancamiento”; también solía llamarles etapas de “animación media”, “vértigo”, “crisis” y “depresión”; para Marx el ciclo vital o el ciclo decenal fue desconocido en todas las épocas anteriores de la humanidad, periodos en que “la composición del capital se modificaba muy gradualmente”. Los ciclos industriales sólo pudieron iniciarse, a partir de la época en que “la industria mecánica se había arraigado” suficientemente, -históricamente esto sucedió debido a la revolución industrial y durante el fin del siglo XVIII- y, por ende: a) “ejerce una influencia preponderante” sobre toda la producción nacional; b) el comercio exterior comienza a prevalecer sobre el comercio interior; c) el comercio “universal” anexa sucesivamente territorios en el Nuevo Mundo, en Asia y en Australia; por último, d) cuando las naciones industriales en competencia ya son lo bastante numerosas.

El ciclo decenal, vital, o industrial al que alude de manera indistinta, es, también, el ciclo global del capital o ciclo del capital productivo. Éste comprende tres formas de capital: el dinerario, el productivo y el comercial, que, a su vez, son tres fases que corresponden a otros dos procesos aún más generales, la producción y la circulación. Marx analizaba al capitalismo en su conjunto, desde la compra e instalación de los medios de producción y la fuerza de trabajo por el poseedor de capital dinero, pasando por la producción de mercancías

y de plusvalor -en la producción industrial- y finalizando en la circulación -venta de mercancías y realización de la ganancia.

Ese es un ciclo del capital que se repite normal e incesantemente, con pequeñas interrupciones, impulsado por la necesidad de su valorización, realizándose el plusvalor en el mercado, y acumulando capital. No es el consumo el objetivo último del sistema económico, sino la obtención de ganancia y su reinversión, acrecentando el capital constante y variable. Pero para que continúe su producción y reproducción, es necesario el consumo solvente, la demanda efectiva de lo ofrecido; el proceso de reproducción puede ubicarse en un punto elevado, y sin embargo, gran parte de las mercancías pueden haber entrado sólo aparentemente en el consumo pues en realidad se encuentran almacenadas en manos de intermediarios, sin haber sido realizadas, es decir, todavía encontrarse, de hecho, en el mercado; por lo tanto, sin saber que se ha consumido sólo una parte, continua el flujo de mercancías una tras otra, mientras los comerciantes se disputan el mercado, vendiendo por debajo del precio y venciendo los plazos crediticios; los poseedores de mercancías deben declararse insolventes o vender a cualquier precio para pagar la deuda contraída; existe un problema de demanda de pago y la necesidad absoluta de transformar la mercancía en dinero. Es entonces cuando estalla la crisis.

El verdadero ciclo del capital industrial en su continuidad, dice Marx, no es sólo la unidad del proceso de circulación y proceso de producción, sino la unidad de sus tres ciclos en su totalidad. Los tres ciclos o las tres formas del capital deben recorrer sucesivamente las tres fases, de lo contrario, la interrupción de alguna significa un tipo de crisis -dineraria, productiva, o mercantil- y normalmente la crisis particular es sólo la expresión de mayor profundidad y extensión que se manifiesta como una crisis general. Marx considera la continuidad del ciclo industrial como un rasgo característico de la producción capitalista que está condicionada por su “base técnica”, misma que se concreta en los medios de trabajo o en el capital fijo.

Para Marx, la duración del capital fijo o el ciclo del capital fijo, es la base material para que se presenten las crisis periódicas. O, de otra manera, la duración del tiempo necesario para la rotación y renovación del capital fijo determina la longitud del ciclo industrial. En cada ciclo de producción o en cada año se desgasta y sólo se renueva una parte

del valor del elemento fijo del capital constante; es necesario que se realicen varios ciclos de producción sucesivos o varios años para que se complete la reconstrucción (en términos contables, es el proceso de depreciación-amortización) del valor del capital fijo. Normalmente, la maquinaria se renueva cada año solo en la parte proporcional al ciclo de vida total y siguiendo a Marx, se realiza la completa renovación a los diez años del ciclo industrial.

No se introduce nuevo capital fijo hasta que el existente se desgasta y se recupera la inversión inicial, por tanto, es un obstáculo para la introducción rápida y general de los medios de trabajos más perfeccionados, esto significa que la rotación total del capital fijo implica una renovación de la tecnología a un nivel superior. Para Marx gran parte de los medios de trabajo se ven constantemente revolucionados por el progreso de la industria. Por eso, no se los repone en su forma originaria, sino en la forma revolucionada. Un factor que obliga a los capitalistas a renovar el capital fijo antes de que termine su vida natural es la competencia y la aparición de nueva tecnología (desgaste u obsolescencia moral), pero la “principal causa” para cambiar prematuramente los medios de trabajo en una escala mayor son las crisis. Para Marx en la “misma medida en que se desarrolla el modo capitalista de producción, se desarrolla el volumen de valor y la duración de vida del capital fijo empleado, también se desarrolla la vida de la industria y del capital industrial en cada inversión particular convirtiéndose en una vida de muchos años, digamos diez en promedio; y en la rotación del capital fijo se encuentra la base material, la base técnica, del ciclo económico y de las crisis periódicas; así son éstas, para Marx, siempre el “punto de partida de una gran inversión nueva” y en consecuencia también, si se considera la sociedad en su conjunto, “un fundamento material para el siguiente ciclo de rotaciones”.

E. Breves sobre otras perspectivas sobre el ciclo

El legado de Wicksell

Knut Wicksell economista sueco, fue de los primeros en trabajar la teoría del ciclo en el siglo XX. Para él, la explicación del ciclo debería buscarse en una fuerza externa que tenía la capacidad de perpetuar al propio movimiento cíclico. Esa fuerza estaría definida por el flujo incesante y variable del progreso técnico. El ritmo de las inversiones dependería de la

dinámica de las innovaciones técnicas, y la importancia de los factores monetarios sería solamente subsidiaria.

Fue Wicksell quien separó el concepto de tasa de interés natural de tasa de interés de mercado. La primera correspondería al equilibrio del ahorro y la inversión en una economía de intercambio sin dinero. El ahorro, decía, dependería de las preferencias intertemporales de las personas, y la inversión del estado de la tecnología. La segunda dependería de factores institucionales, cuya manifestación más común es el sistema bancario. La intervención de la banca en el mercado de capitales mediante alteraciones en la oferta de crédito, desembocaría en tasas de interés de mercado diferentes de la tasa natural.

Posteriormente, Friedrich Hayek retomaría la idea principal de Wicksell acerca de que los cambios en el crédito bancario generan una contradicción entre la tasa natural y la tasa monetaria de interés. Con una diferencia fundamental, para Hayek, son los factores monetarios esenciales para explicar el ciclo económico. Es la elasticidad del dinero en manos de la economía la condición necesaria y suficiente del ciclo.

El modelo neoliberal

En las recientes décadas, y producto del propio comportamiento espasmódico de la economía real, el interés de la teoría económica neoliberal se ha empezado a ubicar por la teoría del ciclo, que algunos de sus adeptos consideran deterministas y más tienden a ser partidarios del estudio de las fluctuaciones económicas aleatorias, aunque sigan usando la expresión ciclo económico pues consideran que siempre se ha caracterizado el funcionamiento de la economía por estar acompañado de fluctuaciones cíclicas que van más allá de aquellas estrictamente denominadas como las estacionales.

Los partidarios de la teoría de las expectativas racionales (Lucas Robert, 1983), tienden a sostener que no puede existir ningún "ciclo" de carácter determinista, puesto que ello conduciría a oportunidades de arbitraje que serían aprovechadas por agentes económicos racionales y por tanto acabarían con la dinámica propia del ciclo. En contraposición a esto, la teoría convencional del ciclo económico, en cambio sostiene que la actuación de tales

agentes, lejos de anular al ciclo económico, termina por reforzar las causas mismas de las fluctuaciones cíclicas.

Sin embargo, la suposición clásica o neoliberal de que la economía está cercana al equilibrio, parece difícilmente compatible con la existencia de ciclos. Por tal razón, las formulaciones alternas y a contracorriente de esas posiciones han mantenido interés y se han enfrentado a las teorías del ciclo convencional desde el Siglo XIX.

Conviene tener presente que para la mayoría de los modelos estocásticos de media móvil el funcionamiento propio de la economía conduce a series temporales que graficadas muestran fluctuaciones similares a las observadas en series históricas reales de valores de inflación, empleo o inversión. Según estos enfoques, esos procesos estocásticos se expresan en gráficos que presentan mayor similitud con las series de tiempo reales que cualquier teoría de ciclos basada en principios deterministas.

Teoría del ciclo real

En otra perspectiva, y aplicando el principio de las fluctuaciones de la demanda agregada, Fin E. Kydland y Edward C. Prescott, quienes fueron ganadores del premio Nobel de economía de 2004, realizaron estudios relativos a la teoría del ciclo real. Sus investigaciones estadísticas y econométricas les permitieron determinar el tipo de factores o variables se encuentran correlacionadas directa o inversamente con las fluctuaciones cíclicas. Hay que establecer que, para estos autores, algunas de estas variables son exógenas o inducidas, que agudizan o suavizan las oscilaciones y pueden ser controladas o provocadas por la política económica, en tanto que otras variables, de carácter endógeno por lo que hacen parte de los determinantes del funcionamiento de la economía capitalista y son, por consiguiente, motores del ciclo económico, destacando los "choques reales" por sobre los "choques monetarios". No hay que olvidar que el enfoque del ciclo económico real recoge la diferenciación entre fuentes de perturbación y mecanismos de propagación, propuesta por Ragnar Frisch a comienzos de la década del treinta.

Según el modelo de Kydland y Prescott, ante un choque favorable sobre la tecnología, bajo la influencia schumpeterina, el producto aumentará, la demanda de trabajo se expandirá,

y el salario real se elevará, porque se incrementa la productividad de los factores, trabajo y capital, hasta que se incurra en una acumulación excesiva de capital durante el auge. Entonces el auge podía conllevar las semillas de la recesión.

Fluctuaciones financieras

Otras perspectivas insisten en lo inexorable de las fluctuaciones. Por ejemplo, la investigación de Hyman Minsky se centró en la fragilidad financiera intrínseca a la marcha normal de la economía y en la comprensión de las crisis financieras. Minsky mostró cómo evoluciona la inestabilidad de los mercados financieros y cómo interacciona con la economía. Al hacerlo, consideró parte de los hallazgos de Irving Fisher y de algunos otros economistas.

Minsky demostró que en tiempos de prosperidad se desarrolla una euforia especulativa mientras aumenta el volumen de crédito, hasta que los beneficios producidos ya no pueden pagarlo, momento en que los impagos producen la crisis. El resultado es una contracción del crédito, incluso para aquellas compañías que sí pueden pagarlo, momento en que la economía entra en recesión. Una característica fundamental de nuestra economía" escribió Minsky en 1974, "es que el sistema financiero oscila entre la robustez y la fragilidad, y esa oscilación es parte integrante del proceso que genera los ciclos económicos."

Microeconomía

En la teoría del ciclo económico ha sido retomada desde la perspectiva de la planificación microeconómica, en la cual es considerada para la preparación de los escenarios de gerencia de riesgo y de sincronización de la inversión, especialmente en el capital de infraestructura que amortizable en períodos largos, y que debe financiarse por movimientos de efectivos en últimos años de la inversión. Al planificar tales inversiones grandes es fundamental sustentarse en el ciclo económico como línea de fondo, para eliminar proyecciones no razonables, como suponer un crecimiento exponencial constante.

Algunos Problemas de medición

Para finalizar este breve señalamiento de algunas teorías que tienden a considerar la teoría del ciclo, es pertinente señalar que algunos economistas critican las investigaciones del ciclo

económico fundamentalmente por lo complicado que resulta la medición concreta de la actividad económica, por ello cuestionan la capacidad de los indicadores que aspiran a medir a menudo el crecimiento, usando indicadores defectuosos de la producción agregada, o el Producto interno bruto PIB real, que no es útil para medir el bienestar o la calidad de vida de la población. Se argumenta que hay un desajuste entre la forma como percibe el estado de la salud económica la mayoría de la gente y como lo perciben los banqueros o los economistas. Independientemente de las consideraciones sobre el desarrollo económico a largo plazo, los economistas y los banqueros pueden tener razón utilizar el PIB verdadero al estudiar los ciclos económicos. Después de todo, son las fluctuaciones en el PIB real, no aquellas que miden el bienestar, las que causan cambios en el empleo, las tasas de interés, y la inflación, es decir los indicadores económicos que son la preocupación principal de los expertos del ciclo económico. Por otra parte, los grandes teóricos del ciclo económico proponen al utilizar series del PIB o de los precios, fijarse más en indicadores como la tasa de ganancias, el rendimiento marginal de la inversión, el incremento de la inversión, el ritmo de innovación, y el valor agregado, a la hora de medir las fluctuaciones cíclicas.

El ciclo económico, ¿ha muerto?

Incluso, entre los años treinta y sesenta del siglo XX, los economistas de corte neoclásico proyectaron la desaparición del ciclo como herramienta para explicar los fenómenos económicos. La idea fundamental de éste periodo era que, si se manejaba adecuadamente la política económica, entendida ésta como el manejo de las políticas fiscal y monetaria, se reducirían al mínimo las fluctuaciones económicas. Las discusiones y debates quedaron atrás o casi al mínimo, el estudio de las fases de expansión y contracción fueron relegadas y al mismo tiempo se retomaron con vehemencia otros conceptos tales como las representaciones agregadas de la economía, de carácter estático, que permitían analizar interacciones entre variables monetarias y variables reales.

En la década de los años cincuenta y parte de los sesenta, en un contexto de crecimiento económico acompañado de baja inflación y bajo desempleo, los economistas de corte neoclásico pensaron que la economía podría ser representada por un modelo que abrazara a la política económica como medio para eliminar las imperfecciones del sistema. Sin embargo, en este periodo hubo un considerable volumen de estudios y avances teóricos,

mismos que iban a contribuir con el renacimiento de la teoría del ciclo económico. Por ejemplo, la teoría neoclásica de crecimiento económico y la teoría del equilibrio general. La idea errónea de que el ciclo económico había muerto, no solo se dio, con sustento en teorías equivocadas, en los ámbitos académicos, sino que, también en la propia gestión de la política económica y en la estructura del gobierno norteamericano. Durante algún tiempo en los años ochenta del siglo pasado, y al calor del frenesí del neoliberalismo y su correlato del “fin de la historia”, se suspendió la publicación que da cuenta del movimiento cíclico del producto nacional bruto norteamericano trimestralmente y se “adelgazó” su burocracia.

Pero la realidad terminó imponiéndose de manera cruda. La irrupción de una nueva manifestación de la crisis en 2008, que hizo tambalearse no sólo al sector financiero estadounidense sino al conjunto de la actividad económica para una parte sustantiva de la economía-mundo capitalista, ha llevado a plantear la necesidad de reactivar los estudios tanto teóricos como estadísticos sobre el ciclo. Pero aún más, algunos de los más relevantes manejadores de fondos de inversión como George Soros, no sólo incitan a esa recuperación, sino que hacen un enérgico llamado a ampliar las perspectivas teórico-epistemológicas para su estudio, en particular, es de destacar su invitación a releer *El Capital* para encontrar una adecuada explicación del curso actual de la economía y sus expresiones cíclicas.

En nuestra opinión esa invitación es adecuada, sin embargo, habría que hacerla recuperando una perspectiva que vaya más allá de la coyuntura. En ese sentido, proponemos que lejos de aceptar la peregrina idea de que el ciclo dejó de ser el comportamiento habitual de la economía, hay que retomar la propuesta de historiadores como Fernand Braudel y Giovanni Arrighi que el ciclo también tiene, bajo la determinación de otras variables, una larga duración histórica. El retomar esa idea sin duda mejorará los estudios que los economistas hacen de la actividad productiva y su interpretación más amplia de la propia realidad.

Capítulo II

Fernand Braudel: sus contribuciones a la construcción de una historia económica

En el presente capítulo abordaremos algunos de los conceptos que, en nuestra opinión, además de ser fundamentales para comprender la obra de Fernand Braudel, resultan de suma importancia para que los economistas ejerzan adecuadamente el “oficio de historiador”. Comenzaremos por revisar la visión braudeliana sobre las ciencias sociales, punto en el que se desmarca de la visión de ciencia social decimonónica y tradicional, que aspira a la construcción de una ciencia social con perspectiva histórica. Dando paso con esto, a una interpretación de cómo hacer una nueva historia, historia de larga duración en contraposición a la historia episódica, concepto que hemos denominado como la historia en clave braudeliana.

Una vez que se han revisado estos dos conceptos, pasamos a revisar como Braudel integra su noción de economía-mundo. Concepto que han retomado otros académicos para sus estudios, sin embargo, es importante destacar que para Braudel existieron varias economías-mundo y solo una economía-mundo capitalista. En este punto ponemos especial interés a un aspecto que el autor considera clave y que los economistas deberían revisar seriamente, nos estamos refiriendo al mito del capital promoviendo el libre mercado. Finalmente, el aspecto más importante a considerar dentro de la explicación de fenómenos económicos, el ciclo en Braudel y el trend secular. Noción de ciclo de larga duración creado

por nuestro autor y que explica los movimientos de más de doscientos años de duración. Diferenciándose así, de las visiones de ciclo de corto plazo propias de algunos economistas.

La visión braudeliana sobre las ciencias sociales

Una cuestión que merece la pena señalarse es que la economía forma parte de las ciencias sociales. No me parece en lo absoluto, que esto sea algo por demás obvio, ya que el carácter de la economía parece estar destinado a formar su propia ciencia, lejos del alcance de lo social, lo cultural, lo histórico, etc. Sin duda, que este es un problema que tiene que ver con la visión que hemos tenido de la ciencia durante siglos. Por ello la dificultad radica en cómo hemos aprendido a aprender.

El legado braudeliano surge a partir de la necesidad de reconceptualizar lo aprendido. La necesidad de establecer la mayor cantidad de vínculos posibles entre las ramas de las ciencias sociales, para así tener un novedoso marco de referencia sobre el cual basar los nuevos análisis históricos, económicos, político, sociales, culturales, etc., en pocas palabras, esto se refiere a la creación de una ciencia social unidisciplinaria e histórica.

Por lo tanto, es necesario conocer y detallar un poco más esta visión clásica de la ciencia, con el fin de entender la lógica separatista de las ramas de las ciencias sociales que ésta tiene. De esto podremos ver cómo se van derivando, por un lado, la visión de una reconceptualización de la ciencia social en su conjunto y, por otra parte, la nueva propuesta metodológica braudeliana de cómo la construcción de una unidisciplinaria en la ciencia social constituye un enfoque mediante el cual podemos “ir más allá” en cuanto al análisis de la economía-mundo capitalista.

Wallerstein ubica a fines del siglo XVIII lo que denomina como “divorcio entre la ciencia y la filosofía” y nos dice que fue por causa de quienes defendían las ciencias empíricas. “Afirmaban que el único camino a la ‘verdad’ era la teoría basada en la inducción a partir de observaciones empíricas, y que dichas observaciones tenían que ser realizadas de modo tal que otros pudieran repetirlas luego y así verificar dichas observaciones.” (Wallerstein, 2005: 14-15)

La universidad medieval había quedado entonces dividida por este divorcio entre los científicos de la época, las partes que la integraban eran las facultades de teología, medicina, leyes y filosofía. Esta última, se dividía de nueva cuenta en dos facultades más: una era constituida por las “ciencias”, es decir, las ciencias duras o naturales; la segunda como las “humanidades”, en la cual encontrábamos a las letras y las artes, o simplemente, la filosofía pura.

C.P. Snow denominó a esta división de las ciencias como “las dos culturas”², las cuales eran una lucha por la búsqueda de lo que era real o lo que era bello y bueno. Sin embargo, no fue sino hasta la Revolución francesa que la idea de las ciencias sociales empieza a conformarse. Wallerstein (2005: 16) nos dice que durante la revolución cobraron fuerza dos ideas, por un lado, estaba esta idea de que el cambio político constituía algo normal; por otro lado, se hablaba de la soberanía, la cual necesariamente ahora recaía en el pueblo. Entonces encontramos lo siguiente:

Ambas ideas ganaron popularidad y fueron ampliamente adoptadas, sin importar los reveses políticos que sufriera la propia Revolución francesa. Si el cambio político se consideraba ahora normal y la soberanía radicaba en el pueblo, entonces se convertía en un imperativo común entender qué era y qué explicaba la naturaleza y ritmo del cambio, y cómo llegaba, o podía llegar la “gente” a esas decisiones que se decía tomaba. Este es el origen social de lo que más adelante se denominó ciencias sociales. (Wallerstein, 2005: 16)

Lo cierto que estas ciencias sociales no tenían aún un lugar bien definido entre las ciencias, se desplazaban hacia las ciencias puras o en su defecto se ubicaban entre las humanidades. Sin embargo, es hasta el siglo XIX que se da una revolución en las llamadas ciencias sociales, fue la historia, la ciencia social más antigua, la que dio paso a una construcción diferente de ésta.

Leopold von Ranke fue quien inició con esto. Su trabajo constituyó toda una reconceptualización de la forma de hacer historia, mediante la investigación de hechos históricos únicos e irrepetibles, la historia, decía, debía ser escrita como ocurrió realmente.

² Un término inventado por C.P. Snow en los años cincuenta. Se refiere a dos “culturas” claramente diferenciadas –en realidad, dos epistemologías– de individuos en las humanidades y las ciencias naturales. El quiebre, a veces denominado “divorcio” de la ciencia y la filosofía fue consumado apenas a fines del siglo XVIII, y ha sido puesto en cuestión nuevamente a fines del siglo XX.

Para el siglo XIX, la hegemonía indiscutible de la economía-mundo capitalista era Inglaterra. La ideología triunfadora entonces fue la liberal la cual “sostenía que la *modernidad* se encontraba definida por la diferenciación de tres esferas sociales: el mercado, el estado y la sociedad civil.” (Wallerstein, 2005: 19) Y esto a su vez tiene que ver con el nacimiento de la economía como disciplina de las ciencias sociales.

A la revolución historiográfica de von Ranke se suscitó un gran debate en cuanto a que los historiadores que seguían este tipo de pensamiento solo se preocupaban por el estudio del pasado y dejaban de lado el estudio del presente, el cual, se decía, era necesario. De aquí entonces que junto con la ideología liberal imperante surgieran tres disciplinas nuevas: la economía, la sociología y las ciencias políticas. Cada una de ellas debía enfocarse al estudio de las tres esferas que la “modernidad” encontraba importantes. La economía debía estudiar al mercado, la sociología a la sociedad civil, y las ciencias políticas todo, y nada más que solo, lo que era referente al Estado. Cada una de ellas debía estudiar su campo sin invadir el campo de las otras disciplinas. Al respecto Wallerstein nos dice lo siguiente:

En cada disciplina, el punto de vista que se tornó dominante fue que las esferas de la vida –el mercado, el estado y la sociedad civil- eran gobernadas por leyes que podían ser discernibles mediante el análisis empírico y la generalización inductiva. Era exactamente la misma postura que los científicos puros defendían respecto de sus objetos de estudio. Por ello denominamos a estas tres disciplinas nomotéticas (esto es, disciplinas en busca de leyes científicas) en oposición a la disciplina ideográfica que la historia aspira a ser (esto es una disciplina predicada en la singularidad del fenómeno social). (Wallerstein, 2005: 19)

Con el ascenso de los Estados Unidos como hegemonía indiscutible de la economía-mundo a partir de 1945, estas ideas sobre el estudio de las tres disciplinas en su campo, y ya no digamos la historia, antropología, etc., fueron rebasadas. Ahora lo que importaba, era que los científicos se concretaran a especializarse en crear las políticas de acción en ese país. Incluso ahora, al igual que antes, esta visión negaba la posibilidad de ir más allá en cuanto a la investigación científica.

Me parece importante señalar que la forma de pensamiento dominante durante la mitad del siglo XIX es algo que se denominó como “pensamiento universalista sectorialista”. Podemos encontrar un punto clave aquí, en cuanto a que, a partir de esta forma de

pensamiento, van a surgir tres corrientes de resistencia. La primera eran las denominadas *Staatswissenschaften* o *ciencias del estado*; la segunda fue el marxismo, pero ese marxismo que era compuesto por los movimientos antisistemícos y las clases obreras, o sea, el marxismo de los primeros años del siglo XX y mediados del mismo; la tercera fue la escuela de los Annales, que es en donde vamos a situar la obra de Fernand Braudel.

Pero conviene tener en cuenta que era ese pensamiento “universalista sectorialista”. Esta visión pregonaba lo siguiente:

Es evidente que hubo muchas variantes de esta perspectiva, pero el punto central de cada variante constaba de un par de premisas: que el sendero del conocimiento comienza con lo particular y termina con lo abstracto – el “pensamiento universalista”-, y que hay senderos paralelos hacia los diferentes “sectores” del conocimiento, que reflejan procesos separados paralelos en el mundo real: “el pensamiento sectorialista”. (Wallerstein, 2003: 209)

De estas dos premisas de las cuales nos habla Wallerstein (2003), nos dice que una de ellas planteaba que “al empezar a describir la realidad empírica, se podía llegar mediante inducción a la formulación de verdades, leyes abstractas que se conservaban a través del tiempo y del espacio”. (Wallerstein, 2003: 209) Esto, es lo que se convirtió en la ideología de las ciencias sociales modernas. La segunda de estas premisas, también tiene que ver la descripción de una realidad empírica, y por lo tanto negó la posibilidad de manera radical, de algún día ir más allá de estas descripciones de la realidad empírica. “Era ‘universalista’ en cuanto a que todas las particularidades eran iguales; no había diferencias estructuradas exógenas. Este enfoque se convirtió en la ideología de la mayoría de los historiadores modernos”. (Wallerstein, 2003: 209) Uno de estos historiadores fue von Ranke, con su historia episódica, tal y como sucedió.

La historia en clave braudeliana

Tras este aparente triunfo de la historiografía escrita “tal y como sucedió realmente”, Lucien Febvre, uno de los fundadores de la corriente de resistencia al pensamiento “universalista sectorialista”, la llamada corriente o escuela de los Annales escribe:

Así es como, al reunirse en mi la doble aspereza, “crítica, polémica y guerrera”, del Franco Condado y de Lorena, no acepté de buen grado la historia de los

vencidos de 1870, sus temblorosas prudencias, sus renunciaciones ante toda síntesis, su culto por el “hecho”, laborioso, pero intelectualmente perezoso y ese gusto casi exclusivo por la historia diplomática. (“¡Si la hubiéramos aprendido mejor no seguiría preocupándonos!”) ... (Febvre, 1993: 8)

Es en la coyuntura de 1945- 1973 cuando podemos situar la obra de Braudel, por un lado, su aportación a las ciencias sociales, en particular, a la historia, y por otra parte, la consolidación de *Annales* bajo su dirección. Fue un periodo de tiempo en cual si bien la escuela de los *Annales* cobra gran poder entre la comunidad intelectual en Francia y en el mundo, es también la causa de que otra de las grandes corrientes de resistencia al pensamiento “universalista sectorialista”, el marxismo, está en fase de crisis, y empieza a ceder el terreno, para bien al proyecto de Febvre, Bloch y Braudel. Sin embargo, el marxismo aun en una fase difícil, nunca es dejada de lado por Braudel, es más, constituye una parte fundamental en su metodología. Así es como Braudel nos explica este modo como retoma al marxismo:

El marxismo es mundo de modelos. Sartre se alza contra la rigidez, el esquematismo y la insuficiencia del modelo en nombre de lo particular y de lo individual. Yo me alzaré, al igual que él (con algunos matices ciertamente), no contra el modelo sino contra el uso que de él se hace, que se han creído autorizados a hacer. El genio de Marx, el secreto de su prolongado poder, proviene de que fue el primero en fabricar verdaderos modelos sociales y a partir de la larga duración histórica. (Braudel, 1999: 103)

Podemos decir, este periodo en el que Braudel no solo genera su obra, sino que dirige a la escuela de los *Annales*, fue favorable para ciertas partes del sistema-mundo, “y era favorable para los *Annales*, en especial para las aproximaciones braudelianas: más historia económica que social, una historia que hiciera hincapié en el llamado ‘periodo moderno temprano’, una historia basada en un análisis de las múltiples temporalidades sociales, una historiografía que ‘no mantenía al marxismo alejado’”. (Wallerstein, 2003: 218)

Y tenemos que decir que, si Braudel tuvo gran influencia para *Annales*, también es cierto que en lo que respecta a la economía-mundo, la fase B de estancamiento empieza a causar estragos entre la sociedad y sin duda la revolución cultural de 1968, fue el momento cumbre para esta escuela. Pues al poner gran énfasis en el análisis de la totalidad de la sociedad, hacer hincapié en el holismo y sobre todo, en algo que me parece fundamental, esta

noción de que había que comprender las mentalidades o mentalités, “con lo que se refería al conjunto de ideas y suposiciones en el que los grupos particulares se socializaban en cierto punto del tiempo”, (Wallerstein, 2003: 218) muchos intelectuales partícipes de la revolución cultural del 68, acogieron con buenos ojos esta perspectiva de explicar la realidad social en que vivían, y con el fin de tener un conocimiento y análisis del pasado que les permitiera comprender el presente y por qué no, el futuro. Con todo esto, podemos decir que Annales ponía al “pensamiento sectorial” por debajo del holismo, así también, era más importante lo económico y social que las cuestiones de hacer las políticas para el grupo dominante; y, por último, lo más importante era que existía la larga duración por encima de cualquier hecho episódico e irrepetible.

Es a partir de estos tres ejes teóricos como Braudel va a construir una primera noción de economía-mundo, claramente diferenciada de la idea tradicional hasta ese momento de economía internacional; economía-mundo que además es y será siempre un espacio sociogeográfico que define sus propias reglas de juego, en el caso de la economía-mundo europea dichas reglas están determinadas por la lógica capitalista. A su vez, va a formar su idea de capitalismo y se declarará enemigo de éste. En suma, su tarea fue la de recrear una historia económica global del capitalismo, en la que son las temporalidades y sus ritmos cíclicos, además de las tendencias seculares, las que marcaran el ritmo de estas economías-mundo. Temporalidades que están enmarcadas bajo la visión de una larga duración histórica. Sin embargo, también tuvo que rehacer la visión científica de los científicos sociales para una mejor comprensión de esta metodología.

Vayamos entonces a describir estos tres puntos clave en la metodología braudeliana. Como Braudel nos va a proponer hacer una historia total o globalizante, era necesario hacerse a un lado de la idea popular de la ciencia que dominaba a las disciplinas sociales hasta ese momento. Cuando hablamos de una historia total o globalizante, entendemos que la historia “tiende constantemente hacia lo global, hacia la totalidad, sin lograr nunca abarcarlos o alcanzarlos completamente...” (Aguirre, 1997: 129) Incluso, hablar de esta clave metodológica braudeliana, es hablar de que Braudel va a ir más allá del paradigma de la historia global que habían trabajado sus antecesores en Annales, Bloch y Febvre. Sin embargo, para Aguirre no sólo debemos tener en cuenta esta superación:

Pero, además, y mucho más profundamente, implica también una *crítica radical* a toda la manera en que, durante todo el siglo XX, fue concebido y desplegado el desarrollo de las distintas “ciencias y “disciplinas” sociales, y, en consecuencia, una exigencia de recomenzar de otra manera, por otra vía, el futuro avance de las ciencias humanas. (Aguirre, 1997: 129-130)

El autor de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, pretendió hacer una invitación a ir más allá de lo que hasta entonces era el modo dominante de hacer la ciencia:

La ciencia sobre la que nosotros, profanos, nos apoyábamos, incluso sin ser conscientes de ello, la ciencia, refugio y nueva razón de vivir del siglo XIX, se ha transformado, de un día para otro, brutalmente, para renacer en una vida diferente, prestigiosa pero inestable, siempre en movimiento, pero inaccesible; y sin duda nunca más tendremos ya ni tiempo ni posibilidad de restablecer con ella un dialogo conveniente. Todas las ciencias sociales, incluida la historia, han evolucionado de manera análoga, menos espectacular pero no menos decisiva. Si estamos en un nuevo mundo, ¿por qué no una nueva historia? (Braudel, 1999: 22)

Sin duda, de ahora en adelante, el objetivo de hacer la ciencia y la historia, como una historia más social y económica, entendiendo las realidades sociales, debía empezar por ser un trabajo crítico por excelencia. Comienza por criticar los trabajos de la historia tradicional de Ranke, esa historia- relato, esa crónica, decía, “no nos ofrece del pasado y del sudor de los hombres más que imágenes tan frágiles como éstas”. (Braudel, 1999: 28)

Foucault, incluso, observa la necesidad de retomar el camino, de hacerse a un lado de esta historia tradicional y de recrear una historia de mucho mayor aliento y en constante dialogo con las demás disciplinas de las ciencias sociales, en suma, la metodología braudeliana:

Por detrás de la historia atropellada de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan unas historias, casi inmóviles a la mirada, historias de débil declive: historias de las vías marítimas, historia del trigo o de las minas de oro, historia de la sequía y de la irrigación, historia de la rotación de cultivos, historia del equilibrio obtenido por la especie humana, entre el hambre y la proliferación. (Foucault, 2003: 4)

Propuso entonces ir más allá, y esto significaba que debíamos entender las realidades sociales, abordarlas y discutir las. Braudel nos define lo que para él debía entenderse por realidad social:

Entiendo por realidades sociales todas las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y, por último (y sobre todo), las civilizaciones; realidades todas ellas que los historiadores de ayer no han, ciertamente, ignorado, pero que, salvo excepcionales precursores, han considerado con excesiva frecuencia como tela de fondo, dispuesta tan solo para explicar –las obras de individuos excepcionales, en torno a quienes se mueva la historia con soltura. (Braudel, 1999: 29)

Por lo tanto, para Braudel es importante romper con esta idea de que las disciplinas de las ciencias sociales sean para el uso exclusivo del estudio desde donde se ubican. Era necesario empezar a conjuntarlas; crear una unidisciplinariedad, de la cual resultaría otro tipo de análisis, así, las ciencias dejarían de ser “unas ciencias humanas imperialistas”. (Braudel, 1999: 38)

Siguiendo en esta misma línea, en la creación de una unidad de análisis unidisciplinar, Braudel va a poner el acento en hacer de la historia -una historia total o globalizante-, una historia más social y económica que dispersa y fragmentada. “Los físicos se tropiezan de cuando en cuando con dificultades cuya solución solo la pueden encontrar los matemáticos en virtud de sus reglas particulares. ¿Nos encontraríamos nosotros, los historiadores, en análoga posición respecto de nuestros colegas los economistas?” (Braudel, 1999: 47)

Por supuesto, la respuesta a esta importante proposición sería que sí; las ciencias sociales en su conjunto están en posibilidad de entablar una conexión, una comunicación entre sí, aun cuando esto signifique que pudiera haber conmociones. La economía más que ninguna, debería estar pensando en entablar este diálogo, ya que, por lo contrario, la economía hoy, tiende más hacia la creación de las políticas y ha perdido su carácter social.

Sin embargo, no se trata de confrontar a los dos métodos, el económico y el historiográfico:

Pretendo, todo lo más, poner de relieve algunas cuestiones sobre las que desearía que los economistas volvieran a reflexionar, a fin de que, a su regreso a la historia,

las encontráramos transformadas, aclaradas, ampliadas, o, quizá a la inversa, devueltas a la nada (pero incluso en este caso se trataría de un progreso, de un paso adelante). (Braudel, 1999: 48)

Finalmente, uno de los aspectos más importantes en el desarrollo de la metodología braudeliana es la larga duración (*longue durée*). La larga duración histórica es un concepto difícil de descubrir dentro de los procesos históricos. Sin embargo, constituye a toda esa historia que podría parecerse inmóvil, o demasiado lenta, son esas estructuras que se repiten hoy como se han presentado en el pasado. Braudel ha construido la larga duración a partir de un alejamiento o de una separación de la historia tradicional. Porque esta historia es episódica y por ser así, es una historia que ubica todos los acontecimientos dentro de un tiempo corto, de corta duración. “La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones”. (Braudel, 1999: 66)

Pero la larga duración es el elemento más importante dentro de una explicación que Braudel ha construido a partir de una superación de la noción newtoniana del tiempo, visión decimonónica y que es propio de la modernidad constituyéndolo como parámetro único y universal. Para nuestro autor, este tiempo es para los hombres un tiempo “burgués”, vacío, lineal, homogéneo, abstracto, “que regula sus actividades sociales e individuales, y que parece exigir a los hombres ser “llenado” constantemente con los diversos hechos, sucesos y acontecimientos históricos diversos”. (Aguirre, 1996: 38)

Esta descomposición del tiempo sugiere tener en cuenta a tres de éstos: los acontecimientos, el tiempo de mediana duración, y los procesos y estructuras del tiempo largo o de la larga duración histórica. Los primeros son denominados como *événementielle* y que son a la medida del ritmo cotidiano, “del que se ocupan los periodistas y los cronistas del día a día y que cambian con la velocidad y el nerviosismo de las horas y de la sucesión acompasada de las noches y los días”. (Aguirre, 1996:38)

El segundo tiempo es el que explica las coyunturas económicas, políticas, sociales, culturales, etc.:

Este es el tiempo de los fenómenos característicos de las distintas “generaciones” humanas, el tiempo de los ciclos económicos de ascenso y descenso de Kondratiev, el tiempo de vida entre el nacimiento y el reemplazo de una

generación literaria, política o cultural, o la duración propia en la memoria de los protagonistas, de una experiencia traumática como la de la segunda guerra mundial. Tiempo de los fenómenos repetidos o que perduran durante varios años, que enmarca y envuelve al tiempo “*évènementielle*”, al trascenderlo y servirle de punto de apoyo y de marco de referencia más general. (Aguirre, 1996: 38)

Por último, la larga duración, que es el tiempo que recorre periodos de tiempo superiores a un siglo, y que se refiere a “esas realidades persistentes dentro de la historia que hacen sentir efectivamente su presencia en el curso de los procesos humanos, y que al establecer los límites de lo posible y lo imposible se constituyen como verdaderos protagonistas determinantes del devenir específico de las sociedades”. (Aguirre, 1996: 38)

La larga duración no es solamente un periodo de tiempo largo, es una construcción e interpretación de las múltiples realidades y estructuras que se han venido presentando a lo largo de la evolución histórica. La larga duración histórica, es el tiempo estructural. Para Aguirre, son “el conjunto de las arquitecturas, estructuras o realidades que dentro de la historia humana han sido *decisivamente operantes como factores esenciales presentes* a lo largo de los procesos evolutivos históricos”. (Aguirre, 1997: 116) Y continúa:

El conjunto de esas coordenadas más profundas que de una manera persistente han funcionado efectivamente como realidades o elementos relevantes dentro de las largas curvas evolutivas de los movimientos históricos; estructuras o ensamblajes de hechos, lentas en conformarse, en modificarse, en desaparecer, pero que han sido de modo esencial parámetros y ejes que habrán de permitir explicar e interpretar esa historia profunda que, que en opinión de Braudel, subyace como eje de gravitación de los restantes procesos de la historia humana. (Aguirre, 1997: 116)

Hemos visto como existen textos en los que se compara a la larga duración histórica con el largo plazo de los economistas, para ellos además que basta con que la existencia de un fenómeno dure varias décadas para decir que es de larga duración, nada más equivocado que ello. En el análisis de los fenómenos sociales, hay que tener en cuenta que la existencia de la larga duración es un proceso complejo, no es así como los economistas lo clasifican, con una simpleza exagerada, además se olvidan o no reparan en tener cuidado para observar si el tiempo analizado es de corta duración o coyuntural. No, para Braudel, por lo tanto es de suma importancia oponer los diversos tiempos históricos y sociales al tiempo newtoniano, homogéneo, producto de la modernidad, ese tiempo que se divide en minutos segundos,

horas, etc., -y resaltar tiempos y duraciones de “densidad e intensidad diferenciadas – esos famosos días que ‘equivalen a veinte años’ o los muchos años que son iguales a un día-, que al mismo tiempo se encuentran jerarquizados y entre los cuales el más importante es justamente el de la larga duración”. (Aguirre, 1996: 40)

Es así como ponemos sobre la mesa la obra de Braudel, que sin duda merece toda la importancia sobre todo para los que estamos dentro de las ciencias sociales. Sin duda, que hoy estamos a tiempo para tener en cuenta muchos de los aportes braudelianos, si bien algunos podrán argumentar limitaciones o desacuerdos, es necesario reflexionar acerca de si esas argumentaciones ya se encuentran desde hace algunos años en otras metodologías científicas. Si aquí se pone énfasis en la clave braudeliiana de hacer historia económica es para contraponernos a una perspectiva que impera desde el XIX en todos los científicos sociales, y particularmente entre los economistas, de emprender la ardua tarea de comprender el rumbo que la economía-mundo, con todo lo que ella implica. Cuando los que lleguemos a ser economistas que tengamos una visión histórica para analizar a la economía-mundo en su conjunto, no nos encontremos con soluciones obvias o fantasías de nuestra realidad social.

Economía-mundo

Si bien nuestro autor, ha sido fundamentalmente analizado, estudiado y debatido por el lado de la historiografía “événementielle”, visto como un revolucionario de ésta y considerado por muchos como el más grande historiador del siglo XX, sus aportaciones dentro del marco de la historia económica han sido relevantes y decisivas para el análisis del rumbo que ha tomado la economía en el mundo.

Como dije anteriormente, fue Braudel quien desarrolló por primera vez una idea de lo que era una economía-mundo. No podemos pasar por alto el hecho de que hemos vivido dentro de la economía-mundo capitalista desde hace aproximadamente quinientos cincuenta años. Para el autor de *La historia y las ciencias sociales. La larga duración*, es de vital importancia separarse de la noción de economía mundial y remplazarla de inmediato por la de economía-mundo. Esta es una más de sus reacciones en contra de lo establecido:

Por economía mundial, entendemos la economía del mundo tomada en su totalidad, el “mercado de todo el universo”, como ya decía Sismondi. Por

economía-mundo, término que he forjado a partir de la palabra alemana *Weltwirtschaft*, entiendo la economía de solo una porción de nuestro planeta, en la medida en que éste forma un todo económico. Escribí hace mucho tiempo, que el Mediterráneo, en el siglo XVI, constituía por sí solo una *Weltwirtschaft*, una economía-mundo, y, como también se diría en alemán, *ein Welt für sich*, un mundo en sí. (Braudel, 1986:86-87)

Para Braudel entonces, la economía-mundo debía definirse más bien como una triple realidad. En primer lugar, la economía-mundo “ocupa un espacio geográfico determinado, posee por tanto unos límites que la explican y que varían, aunque con cierta lentitud”. (Braudel, 1985, 87). Esta presenta de manera obligada, de vez en cuando, aunque a largos intervalos, unas rupturas, o puntos de inflexión:

Así ocurre tras los grandes descubrimientos de finales del siglo XV. Así en 1689, cuando Rusia gracias a Pedro el Grande, se abre a la economía europea. Imaginemos actualmente una franca, total y definitiva apertura de las economías China y de la URSS: se produciría entonces una ruptura del espacio occidental, tal y como existe en la actualidad. (Braudel, 1985, 87)

Una segunda realidad de la economía-mundo para Braudel, se refiere a que una economía-mundo acepta siempre un polo, un centro económico dominante representado por una ciudad dominante, “antiguamente una ciudad-Estado y hoy en día una capital, entendiéndose por tal (Nueva York y no Washington, en los Estados Unidos)” (Braudel, 1985, 88), que más tarde o más temprano, será relevada por otra capital igualmente dominante. Por lo demás, pueden existir, incluso de forma prolongada, dos centros simultáneos en una economía-mundo:

Roma y Alejandría en tiempos de Augusto, Antonio y Cleopatra; Venecia y Génova en tiempos de la guerra de Chioggia (1378-1381); Londres y Ámsterdam en el siglo XVIII, antes de la eliminación definitiva de Holanda. Porque uno de los dos centros acaba siempre por eliminado. En 1929, el centro del mundo pasó de este modo, con un poco de indecisión, pero sin ambigüedad, de Londres a Nueva York. (Braudel, 1985, 87)

Para Carlos Aguirre, estas no son más que dinámicas evolutivas de cualquier economía-mundo, “que a través de los movimientos de des-centramiento y re-centramiento

de su corazón o polo dominante, va dibujando las curvas de las sucesivas hegemonías de las ciudades-mundo y de los territorios-mundo que comandan en cada momento su funcionamiento general” (Aguirre, 1996, 150)

Una tercera realidad en la conceptualización de la economía-mundo para Braudel es la que consiste en una división en zonas sucesivas de esta. Entra aquí esta noción de centro y periferia aportado por Raúl Prebisch. Está por encima de todo y de todos, el corazón, es decir, la región que se extiende en torno al centro: “las Provincias Unidas (pero no todas las Provincias Unidas) cuando Ámsterdam dominaba el mundo en el siglo XVII; Inglaterra (pero no toda Inglaterra) cuando Londres, a partir de los años 1780, suplantó definitivamente a Ámsterdam”. (Braudel, 1985, 88). Vienen después las zonas intermedias, estas que son llamadas zonas semiperiféricas, y que se encuentran alrededor de la zona central. Estas son aquellas capitales que antes fueron el centro en la economía-mundo y que fueron desplazadas por una capital semiperiférica que ahora relega a ese plano a la nación o capital antes dominante. Finalmente, ciertas zonas marginales muy amplias que, dentro de la división del trabajo que caracteriza a la economía mundo, son zonas subordinadas y dependientes, más que participantes. “En estas zonas periféricas, la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno. Y la situación geográfica es, claramente, una razón suficiente para ello”. (Braudel, 1985: 88)

Al respecto de esto, Carlos Antonio Aguirre Rojas, nos dice que Braudel ha establecido un esquema triple de la economía-mundo, argumentando que los niveles del centro, la semi-periferia, y la periferia “están claramente diferenciados por la intensidad, la medida y la multiplicidad de los distintos desarrollos tecnológicos, productivos, salariales, de formas de explotación del trabajo y de trazos económicos en general, que en ellos tienen lugar”. (Aguirre, 1996, 149-150)

Braudel ante el mito: el capital promotor del libre mercado.

Una vez que Braudel nos da a conocer lo que es una economía-mundo, nuestro autor nos dice por qué es capitalista, pero al abordar lo que es el intercambio en la economía-mundo, va a

construir una especie de “pirámide social” o, como los llamaba él, las plantas de una casa, en las que se da una jerarquía a tres elementos de fundamental importancia: la vida cotidiana, el mercado y el capitalismo. La base consiste en la vida material, el mercado es el piso de en medio y el capitalismo es la cúspide de esta pirámide. Son tres estructuras bien diferenciadas, en las que sobre todo Braudel pone énfasis en el mercado y el capitalismo como dos antagonistas:

Quisiera abordar hoy lo que concierne propiamente al intercambio y que designaremos a la vez como *economía de mercado* y como capitalismo. Este doble apelativo indica que pensamos diferenciar estos dos sectores que, desde nuestro punto de vista, no se confunden. Repitamos, no obstante, que estos dos grupos de actividad –*economía de mercado* y capitalismo- son minoritarios hasta el siglo XVIII, y que la mayoría de las acciones de los hombres permanece encerrada, sumergida, en el inmenso campo de la vida material. (Braudel, 1994: 45)

Y es que nuestro autor va a refutar las dos teorías que se consideraban centrales en la orientación de las dos cosmovisiones antagónicas del siglo XIX: el liberalismo clásico y el marxismo ortodoxo. Ellos postulaban que el capitalismo era un mercado libre y competitivo. Braudel se hace a un lado y nos dice que el capitalismo es el contramercado, es decir, el capitalismo más bien constituía el monopolio económico, y que era ayudado por el Estado, por lo tanto, el capitalismo solo era capaz de tener éxito cuando se identificaba con el Estado, cuando era el Estado, el que era capitalista. Un segundo aspecto al que Braudel se va a oponer, es el hecho de que liberales y marxistas ortodoxos, defendían la tesis de que el capitalista practicaba la especialización; para nuestro autor esto es falso, el capitalista se negaba a la especialización.

Para Wallerstein, el cuadro que nos presenta Braudel no es sencillo, sin embargo, nos presenta sus conclusiones:

Ahora tenemos el cuadro completo: la vida económica está compuesta de regularices; el capitalismo, inhabitual. La vida económica es un ambiente donde se sabe anticipadamente que el capitalismo es especulativo. La vida económica es transparente; el capitalismo opaco. La vida económica implica exiguos beneficios; el capitalismo, ganancias extraordinarias. La vida económica es liberación; el capitalismo, el derecho del más fuerte. La vida económica es la fijación automática del precio de una verdadera oferta y demanda; el capitalismo impone los precios con astucia y poder. La vida económica implica una competencia

controlada, el capitalismo, la eliminación de ese control y de la competencia. La vida económica es el terreno de la gente común, el capitalismo se garantiza y está encarnado en el poder hegemónico. (Wallerstein, 2003, 231)

De lo anterior, Wallerstein maneja el término vida económica para dar a entender lo que es la economía de mercado braudeliana. Como podemos ver, para Braudel la economía de mercado es la economía en donde los hombres pueden desarrollar una economía de intercambio controlada; el capitalismo, por el contrario, manipula y monopoliza vía el estado todas las actividades de intercambio de los hombres. Sin duda, la mayoría de los economistas han estado al servicio y análisis de este capitalismo, y han dejado atrás la otra parte, la de la vida económica.

El ciclo en Braudel.

Es aquí en donde podemos encontrar, lo que, en nuestra opinión, es la importancia fundamental de la obra braudeliana en cuanto a su aportación al análisis económico, por un lado, la aplicación de la metodología braudeliana a la economía; y por el otro, esa dura crítica al capital como promotor del libre mercado y por esa vía como un eficiente regulador de la economía-mundo.

Braudel argumenta que esa historia, de tiempo muy breve y lineal, la episódica o de los acontecimientos, sólo les parece interesante a aquellos historiadores que siguen esta línea de análisis; al contrario, la economía, en específico, ha vivido a otro tipo de ritmo:

No llamara la atención de los economistas que nos han suministrado nuestros métodos en este terreno el que a su vez hablemos de ciclos, de interciclos, de movimientos periódicos, cuya fase va de cinco a diez, veinte, treinta y hasta cincuenta años. Pero aún en este caso se trata, desde nuestro punto de vista, de una historia de ondas cortas. (Braudel, 1999: 52)

Por supuesto, si se aplica la metodología braudeliana, tiene que tenerse en cuenta la historia estructural, o de larga duración, lenta en deformarse, de nuevo, de largos periodos, o que simplemente es difícil percibir a primera instancia. Esta historia estructural, es sin duda

la gran opositora de la historia tradicional, o episódica y de la historia coyuntural o de ondas relativamente cortas, como las de Kondratiev.

Las amplias oscilaciones y los grandes movimientos dentro de la economía, sólo pueden ser captados en su totalidad si se tiene una muy larga serie retrospectiva, que como sabemos por lo general debe ser estadística. Los economistas de hoy y por lo menos los de todo el siglo XIX y XX, sólo se limitan a estudiar y analizar series de tiempo breves, lo que se puede ejemplificar, es la tendencia de los salarios o los precios en algún periodo de tiempo específico, digamos desde 1980 a la fecha. Parece haber una suerte de pereza mental por parte de los economistas al no querer ir más allá y encontrar la raíz de ciertos fenómenos en explicaciones y análisis de más largo plazo, pero no en un largo plazo de los economistas, sino un verdadero largo plazo braudeliano que implica retomar al tiempo estructural de la historia. ¿No convendría, sin embargo, examinar sistemáticamente el pasado, bien o poco conocido, en amplias unidades de tiempo, no ya por años o decenios, sino por siglos enteros? (Braudel, 1999: 54)

Por lo tanto, para algunos economistas no existe explicación del ciclo más que a partir del ciclo de Kondratiev. Pues hay otros que de plano niegan el propio ciclo Kondratiev pues estiman que en economía no vale la idea del largo plazo, pues “a largo plazo todos estaremos muertos” (Keynes). Es, sin embargo, una explicación histórica coyuntural, que sólo pone de por medio una decena de años, cuando más medio siglo o hasta por debajo, un cuarto de siglo. Al respecto nos dice Braudel (1999: 68) que hubo en Europa un movimiento general de subida de precios, de 1791 a 1817; en cambio los precios bajan de 1817 a 1852. Como podemos ver, aunque este movimiento de alza y caída de precios representa para Europa y el mundo entero, incluso, un interciclo completo, es un periodo histórico coyuntural.

Al respecto Aguirre (1996: 97) nos dice que ésta visión regular de cómo nos han enseñado a entender la ciencia, y en este caso, la ciencia social a los economistas, a lo único que puede llevarnos es a un sin número de repetidos fracasos, ya que para una útil comprensión de los fenómenos económicos se debe tener en cuenta a esta metodología braudelianiana, que advierte, además ha demostrado Braudel en sus múltiples análisis de la dinámica de la economía-mundo:

Por ejemplo, al demostrarnos que los economistas contemporáneos se equivocan una y otra vez, tanto en su evaluación de la crisis económica de 1972-73, como en sus propósitos de solución o salida de la misma, por el simple hecho de continuar “confinados en el presente inmediato”, creyendo que el mundo ha comenzado a vivir en 1945 o en 1929, e incluso en la primera guerra mundial, pero nunca más allá. Y así, al cerrarse ellos mismos la posibilidad de redituarse a esta crisis dentro del movimiento del trend secular, -es decir, de los movimientos respiratorios de larga duración que ritman la vida económica de las economías-mundo europea y luego occidental-, se condenan entonces a la incapacidad de entender que esta crisis no es solo un punto de viraje del conocido ciclo de Kondratiev, sino también el momento de inflexión de la curva de este trend secular, que abre una larga rama descendente de decadencia económica que habrá de prolongarse según todos los indicadores actuales, hasta aproximadamente el año 2025. (Aguirre, 1996: 97)

Braudel hacía referencia a que los economistas estaban empeñados en afirmar que la historia anterior a 1945 era de los historiadores y que ellos sólo debían estudiar al mundo después de esta fecha. Pero para nuestro autor, como hemos visto, la necesidad de analizar al mundo económico era tarea de historiadores y economistas, desde el periodo de tiempo que fuera necesario, con el fin de poder entender el trend secular y lo que esto implica.

Para el autor de *La dinámica del capitalismo*, más que hablar de ciclos e interciclos para la economía-mundo capitalista, está presente esto que se denomina trend secular, propiamente de los economistas, sin embargo, ellos, o la gran mayoría, no lo entienden, como tampoco entienden la palabra estructura. Los economistas en cambio, nos han legado movimientos cíclicos significativos, y que son bastante más largas en sus duraciones que los movimientos estacionales; es decir, los movimientos que se dan en estaciones del año, sobre todo climáticas. Estos grandes ciclos que nos legó los economistas son el Kitchin, que es un ciclo de 3 o 4 años únicamente. Por otro lado, tenemos el ciclo Juglar o ciclo intradecenal, cuya duración va de los 6 a los 8 años. El Labrousse, que dura aproximadamente entre 10 y 12 años, pero debemos tener en cuenta que existe la sucesión de la rama descendente de un Juglar (o sea 3 o 4 años) y de un Juglar completo que pierde su movimiento hacia arriba y finalmente se agota. (Braudel, 1984: 51). También está el denominado hiperciclo o ciclo de Kuznetz, que es un doble ciclo Juglar que duraría una veintena de años; y, por último, un ciclo de Kondratiev, que como hemos visto ya anteriormente cubre medio siglo, y como se deriva de lo anterior, éste es el movimiento cíclico más grande, veamos por qué.

Sobre esta descripción del ciclo Kondratiev nos habla Dos Santos (1999: 77), Kondratiev distinguió en la historia económica europea un periodo que va de 1780-1790 a 1810-1817, en el que se registraría un ascenso en los datos sobre los precios de algunos productos agrícolas, escogidos por la importancia y por la facilidad para establecer con ellos una serie continua. En seguida distinguió un periodo que va de 1810-1817 a 1844- 1851, caracterizado por la declinación de la economía europea. Luego, determinó la existencia de otro que va de 1844-1851 a 1870-1875, que sería de ascenso económico. Sucesivamente, localizó un periodo de declinación económica que va de 1870-1875 a 1890-1896. Nuevamente encontró una fase de crecimiento económico sustentado entre el final del siglo XIX y principios del XX, que puede ser encuadrado en los años 1890-1896 a 1914-1920. A pesar de realizar sus estudios en la década de los veinte, antes del gran crack de 1929, él constataba la existencia de una fase de declinación que se iniciaría hacia 1914-1920.

Sin embargo, para Mandel (1986), el aceptar por los marxistas ortodoxos, como una regla general, la teoría de los ciclos largos del desarrollo teórico de Kondratiev era inaceptable, ya que, para ellos, era muy improbable que en la economía hubiese un mecanismo incorporado a través del cual un ciclo largo de signo expansivo, de unos veinticinco años, condujera a un ciclo de estancamiento de la misma duración que automáticamente diera paso a otro ciclo largo de signo expansivo, ya que según ellos, éstos movimientos se debían a factores extraeconómicos (guerras de conquista, ampliación y contracción del ámbito de la actuación del capital, competencia intercapitalista, lucha de clases, revoluciones y contrarrevoluciones, etc.) que explicaban los bruscos ascensos de la tasa media de ganancia:

Para expresarlo con más claridad: aunque la lógica interna de las leyes de movimiento capitalista pueda explicar la naturaleza acumulativa de cada onda larga, una vez iniciada, y aunque también pueda explicar la transición de una onda larga expansiva a una onda larga de estancamiento, no puede explicar el paso de la última a la primera. No hay simetría alguna entre resultados inevitables a largo plazo del crecimiento económico capitalista acelerado (que son precisamente una caída a largo plazo de la tasa media de ganancia) y el marcado ascenso a largo plazo de la tasa de ganancia después de un descenso persistente a lo largo de un cuarto de siglo. Este ascenso no puede deducirse de las propias leyes de movimiento del modo de producción capitalista. No puede deducirse de la actuación del capital en general. Solo puede entenderse si se consideran todas las

formas concretas del desarrollo capitalista en un medio determinado (todas las formas y contradicciones concretas de muchos capitales). (Mandel, 1986: 18-19)

Para el autor de *Las ondas largas del desarrollo capitalista: la interpretación marxista*, su interpretación de las ondas largas, en comparación con las interpretaciones de Kondratiev o Schumpeter, posee la ventaja de que no explica las ondas largas, su origen y su fin por la dudosa existencia de proyectos de inversión madurados durante un largo periodo de veinticinco o incluso cincuenta años de duración (que, obviamente, solo desempeñan una función marginal en la economía capitalista) o, peor todavía, por la súbita aparición de gran número de personalidades innovadoras (es decir, por accidente biológico o genético), sino más bien la llegada de una nueva fase expansiva siempre obedece a las propias oscilaciones a largo plazo de la tasa media de ganancia. (Mandel, 1986: 21)

Pero el trend secular o ciclo secular braudeliano, es sin duda el movimiento espasmódico más grande dentro de la economía-mundo capitalista. Decía Braudel que éste era el más descuidado de los ciclos ya que los economistas sólo estaban interesados en el estudio de un periodo coyuntural. Al respecto, Braudel nos define lo siguiente: “Un ciclo secular, como cualquier otro ciclo, tiene un punto de partida, una cúspide y un punto de llegada, pero su determinación, dado el trazado poco accidentado de la curva secular, solo es aproximada”. (Braudel, 1984: 56)

De esto podemos distinguir cuatro ciclos seculares sucesivos, en lo respecta a Europa: 1250 (1350) 1507-1510; 1507-1510 (1650) 1733-1743; 1733-1743 (1817) 1896; 1896 (¿1974?) ... La primera y la última fecha de cada uno de estos ciclos señalan el comienzo del ascenso y el fin del descenso; la fecha media, entre paréntesis, señala el punto culminante, el punto de inversión de la tendencia secular, es decir de la crisis. (Braudel, 1984: 56)

De todas estas referencias cronológicas, la primera es, con mucho, la menos segura. Más que el año 1250, yo elegiría como punto de partida el comienzo del siglo XII. La dificultad proviene de que el registro de los precios, muy imperfecto en esos tiempos lejanos, no ofrece ninguna certidumbre, pero los comienzos de la enorme expansión de los campos y de las ciudades de Occidente y las expediciones de las Cruzadas aconsejarían hacer remontar en cincuenta años más tarde, al menos, el inicio del desarrollo europeo. (Braudel, 1984: 56)

Entonces Braudel encuentra movimientos cíclicos de más de 200 años. Dos Santos (1999: 81) nos dice que Braudel pretendió detectar la existencia de una tendencia secular que se prolonga de los siglos IX y X hasta mediados del siglo XV, cuyo auge se encontraría en el siglo XII.

En seguida se presentaría una nueva onda secular a mediados del siglo XV hasta mediados del XVIII, cuyo auge se localizaría al final del siglo XVI. A mediados del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XX habría habido otra onda secular cuyo auge debe haberse localizado al final del XIX e inicios del XX. Por fin, a mitad del siglo XX se habría iniciado una nueva tendencia secular o “logística” que debería prolongarse posiblemente hasta mediados del siglo XXII, en el caso de que persistieran estos patrones cíclicos. (Dos Santos, 1999: 81)

Entonces estamos frente a ciclos compuestos por dos siglos y medio de ascensos en la economía mundo y dos y medio siglos de descenso en la misma. Finalmente, Braudel nos dice al respecto:

Nuestro problema no está allí. Repitamos que consiste en saber si ese movimiento ilegible para los contemporáneos registra, o al menos aclara, el destino a largo plazo de las economías-mundo, si estas, no obstante, su peso y duración, o en razón de su peso y duración, desembocan en esos movimientos, los mantienen los sufren y, al explicarlos se explican a su vez por ellos. Sería demasiado bello que fuese así. Sin forzar la explicación y para abreviar el debate, me contentare con situarme en los observatorios sucesivos que ofrecen las culminaciones 1350, 1650, 1817 y 1973-1974. En principio, esos observatorios están en la juntura de dos procesos, de dos paisajes contradictorios. No los hemos elegido, sino aceptado, a partir de cálculos que no hemos realizado nosotros. Es un hecho, en todo caso, que los cortes que ellos registran se vuelven a encontrar, sin duda no por azar, en las periodizaciones de diversos órdenes realizadas por los historiadores. Si corresponden también a rupturas significativas en la historia de las economías-mundo europeas, no será porque hayamos forzado en un sentido o en otro nuestras observaciones. (Braudel, 1984: 56)

Por último, entonces, de esto se desprenden las reglas tendenciales de Braudel, que nos presentan esos des-centramientos y re-centramientos de los polos económicos de poder en la economía-mundo capitalista. Estos son los puntos de inflexión del trend secular en los que las ciudades-Estado hegemónicas antes, y ahora una capital cosmopolita, toma el poder de la economía-mundo, siendo esta el centro financiero en la escena mundial.

Entra aquí esta noción de centro y periferia aportado por Raúl Prebisch. Está por encima de todo y de todos el corazón, es decir, la región que se extiende en torno al centro: “las Provincias Unidas (pero no todas las Provincias Unidas) cuando Ámsterdam dominaba el mundo en el siglo XVII; Inglaterra (pero no toda Inglaterra) cuando Londres, a partir de los años 1780, suplantó definitivamente a Ámsterdam”. (Braudel, 1994, 88).

Vienen después las zonas intermedias, estas que son llamadas zonas semiperiféricas, y que se encuentran alrededor de la zona central. Éstas, son aquellas capitales que antes fueron el centro en la economía-mundo y que fueron desplazadas por una capital semiperiférica que ahora relega a ese plano a la nación o capital antes dominante. Finalmente, ciertas zonas marginales muy amplias que, dentro de la división del trabajo que caracteriza a la economía-mundo, son zonas subordinadas y dependientes, más que participantes. “En estas zonas periféricas, la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno. Y la situación geográfica es, claramente, una razón suficiente para ello”. (Braudel, 1985: 88)

Hasta aquí, hemos revisado a grandes rasgos, los elementos de la perspectiva braudeliana de las ciencias sociales, la historia, la economía-mundo, la larga duración histórica y el movimiento cíclico de carácter secular. Todos estos elementos sin duda alguna contribuyen a la construcción de un conjunto de herramientas que los economistas que quieren estudiar no solo aspectos propios de la historia económica, sino que quieren tener una adecuada lectura de la coyuntura por la que actualmente transita el capitalismo, es necesario que se valgan de estos elementos propuestos por Fernand Braudel.

CAPÍTULO III

Los ciclos sistémicos de acumulación: modelo propuesto por Giovanni Arrighi.

En su libro *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Arrighi va a reconceptualizar el siglo XX como una unidad temporal de larga duración constituida por tres fases, comienza con la fase de expansión financiera del ciclo sistémico británico de acumulación, seguida de una fase expansión material y continúa con la actual fase de expansión financiera del ciclo estadounidense de acumulación:

1) la expansión financiera de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en cuyo curso las estructuras del viejo régimen de acumulación británico fueron destrozadas y se crearon las del nuevo régimen estadounidense; 2) la expansión material de las décadas de 1950 y de 1960, durante las que el dominio del nuevo régimen de acumulación estadounidense se tradujo en una expansión de alcance mundial del comercio y de la producción, y 3) la actual expansión financiera, en cuyo despliegue están siendo destrozadas las estructuras del viejo régimen estadounidense y se están creando presumiblemente las de un nuevo régimen. (Arrighi, 1999: 8)

Este esquema fue el resultado del análisis crítico del trabajo de Braudel, en particular de la noción construida por éste de las expansiones financieras como fases de conclusión de las etapas fundamentales del desarrollo capitalista. Para Arrighi, las expansiones financieras a escala sistémica son el resultado de dos tendencias que se complementan entre sí, por un lado, la sobreacumulación de capital y la intensa competencia entre los Estados por el capital en busca de inversión, que crean respectivamente lo que se puede denominar las condiciones

de oferta y demanda de las expansiones financieras (Arrighi, 2001, 38). De ahí que Arrighi haya reinterpretado la unidad de análisis de Braudel, la *longue durée* expresada en los ciclos seculares de los precios y las adaptara a unidades de análisis más manejables, estas unidades de análisis son lo que él denomina como ciclos sistémicos de acumulación capitalista:

Aunque he denominado estos ciclos según elementos particulares del sistema (Génova, Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos), los ciclos en sí mismos se refieren al sistema globalmente considerado y no a los elementos que lo integran. El objeto de comparación se halla constituido por las estructuras y procesos de la globalidad del sistema-mundo capitalista en sus diferentes etapas de desarrollo. (Arrighi, 1999: 10)

Para Arrighi los ciclos sistémicos de acumulación conforman los procesos de los puestos de mando de la economía-mundo capitalista: es el hogar real del capitalismo, como decía Braudel (Arrighi, 1999: 10). Por lo tanto, para Arrighi, aunque la historia del capitalismo esté en un punto de inflexión tal de cambio o expansión financiera, no es una situación tan rara ya que, para éste, los períodos de cambio discontinuo han sido más habituales que los lapsos breves de expansión generalizada. Los largos períodos de cambio discontinuo han finalizado con la reconstitución o reconfiguración de la economía-mundo a partir de nuevos y más ambiciosos fundamentos.

Para Arrighi, se han producido importantes cambios en la configuración espacial de los procesos de acumulación de capital. Nos dice que desde 1970 el capital ha visto una mayor movilidad geográfica que lo ha llevado a desplegar sin ninguna objeción su vocación universal. El capital ha pasado durante el largo siglo XX de la producción en masa “fordista” a la fordista-keynesiana a la regulacionista. Todas ellas han entrado en crisis. En los debates más actuales se apunta a que el capital estaría entrando a un régimen de acumulación flexible. Por lo tanto, para nuestro autor, el punto de partida ha sido la afirmación de Braudel de que la característica esencial del capitalismo histórico en su *longue durée*, es decir, a lo largo de toda su existencia, ha sido la flexibilidad y el eclecticismo del capital y no las formas concretas asumidas por este último en diferentes lugares y momentos (Arrighi, 1999: 17):

Permítaseme subrayar la cualidad que me parece ser un rasgo esencial de la historia general del capitalismo: su flexibilidad ilimitada, su capacidad de cambio y de adaptación. Si existe, como yo creo, una cierta unidad en el

capitalismo, desde la Italia del siglo XIII al mundo occidental actual, esta debe localizarse y observarse sobre todo en tal capacidad. (Braudel, 1982: 433)

A esta perspectiva, Arrighi va a introducir la fórmula general del capital de Marx para explicar dicho funcionamiento del capital a lo largo de la historia de la economía-mundo capitalista: DMD'. Capital-dinero (D) significa liquidez, flexibilidad, libertad de elección. Capital-mercancía (M) significa capital invertido en una combinación particular input-output en función de un beneficio, por consiguiente, significa concretización, rigidez y reducción o cierre de las opciones. M' significa liquidez, flexibilidad y libertad de elección expandidas (Arrighi, 1999: 17). Con esto, Arrighi nos dice que las agencias capitalistas no invierten dinero en combinaciones input-output particulares, sino que lo hacen solo en aquellas que les aseguran una flexibilidad y una libertad de elección en el futuro siempre mayores.

Esto tiene que ver con la noción braudeliana de la expansión financiera como síntoma de madurez de un modelo particular de desarrollo capitalista:

Al discutir el abandono del comercio efectuado por los holandeses a mediados del siglo XVIII para convertirse en los banqueros de Europa, Braudel sugiere que tal abandono constituye una tendencia sistémica recurrente en el sistema-mundo. Esta misma tendencia se había manifestado anteriormente en la Italia del siglo XV, cuando la oligarquía capitalista genovesa se desplazó del tráfico de mercancías al negocio bancario, y en la segunda mitad del siglo XVI, cuando los nobilivecchi genoveses, los prestamistas oficiales del rey de España, se retiraron gradualmente del comercio. Siguiendo a los holandeses, la tendencia fue repetida por los ingleses a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando el fin de la fantástica aventura de la Revolución Industrial creó una hipertrofia de capital-dinero. (Arrighi, 1999: 18)

Para el caso de la expansión financiera estadounidense, se puede reconocer, aunque Braudel no lo alcanzó a discutir, otro ejemplo de esa vuelta al eclecticismo que ha estado asociada en el pasado con la madurez de los modelos fundamentales del desarrollo capitalista: Cada modelo de desarrollo capitalista de este orden, al alcanzar la etapa de expansión financiera, está anunciando de algún modo su madurez; constituye un signo otoñal (Braudel, 1984: 246). Retomando así la fórmula general del capital acuñada por Marx (DMD'), esta puede interpretarse, por consiguiente, como la descripción no únicamente de la lógica de la

inversiones capitalistas individuales, sino también como la pauta de comportamiento recurrente del capitalismo histórico como sistema-mundo:

El aspecto central de la mencionada pauta radica en la alternancia de épocas de expansión material (fases DM de acumulación de capital) con fases de renacimiento y expansión financieros (fases MD´). En las fases de expansión material, el capital-dinero pone en movimiento una creciente masa de mercancías (incluidas la fuerza de trabajo mercantilizada y los recursos naturales), y en las fases de expansión financiera, una creciente masa de capital-dinero se libera de su forma de mercancía, y la acumulación se realiza mediante procedimientos financieros. En su conjunto, las dos épocas o fases constituyen un ciclo sistémico de acumulación completo (DMD´) (Arrighi, 1999: 19).

En este modelo de Arrighi, son cuatro los ciclos sistémicos de acumulación, cada uno de ellos definido por una unidad fundamental de la agencia primaria y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial: un ciclo genovés, que se extendió desde el siglo XV hasta principios del siglo del siglo XVII; un ciclo holandés, que duró desde finales del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII; un ciclo británico, que abarcó de la segunda mitad del siglo XVIII, todo el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, y un ciclo americano, que comenzó a finales del siglo XIX y que ha continuado hasta la fase actual de expansión financiera. Todos ellos duran más de cien años: por tanto, la noción de *siglo largo* se tomará como unidad temporal básica en el análisis de los procesos de acumulación de capital a escala mundial (Arrighi, 1999: 19).

He aquí una similitud con los ciclos seculares de Braudel: ambos son cuatro, duran más de un siglo y paulatinamente han reducido su duración. Sin embargo, advierte Arrighi, estos se encuentran desincronizados entre sí. Su argumento es que la conexión entre los ciclos seculares de Braudel y la acumulación capitalista de capital no tiene una clara fundamentación lógica o histórica, no olvidar que en opinión de Braudel son las variaciones en los precios lo que determina el paso de un ciclo a otro. Arrighi prefiere a los ciclos sistémicos determinados por la propia acumulación de capital porque constituyen indicadores mucho más valiosos y fiables del núcleo específicamente capitalista del moderno sistema-mundo que los ciclos seculares o los ciclos de Kondratiev.

La noción de ciclos sistémicos de acumulación, por el contrario, deriva directamente de la noción de capitalismo elaborada por Braudel como el estrato superior no especializado en la jerarquía del mundo del comercio (Arrighi, 1999: 21). Es en este estrato superior donde se obtienen los beneficios a gran escala. Aquí los beneficios son enormes, no únicamente porque el estrato capitalista monopolice las actividades comerciales más rentables; lo realmente importante es que el estrato capitalista goza de flexibilidad necesaria para desplazar continuamente sus inversiones desde las actividades comerciales que se enfrentan a rendimientos decrecientes hacia aquellas que no los tienen (Braudel, 1982: 22,231, 428-430).

Por lo tanto, la noción que Arrighi extrae de las observaciones históricas de Braudel sobre las expansiones financieras recurrentes, subraya y deriva lógicamente de esta estricta relación instrumental del capitalismo con el mundo del comercio y de la producción. Los ciclos sistémicos de acumulación, a diferencia de la logística de precios y de los ciclos de Kondratiev, constituyen por lo tanto un fenómeno inherentemente capitalista:

Apuntan a la continuidad fundamental de los procesos de acumulación de capital a escala mundial en los tiempos modernos. Pero constituyen también rupturas fundamentales en las estrategias y estructuras que han conformado estos procesos a lo largo de los siglos. Al igual que lagunas de las conceptualizaciones de los ciclos de Kondratiev... nuestros ciclos destacan la alternancia de fases de cambio continuo con fases de cambio discontinuo (Arrighi, 1999: 21).

Es entonces que Arrighi va a retomar el modelo de metamorfosis del desarrollo económico de Mensch, el cual abandona la noción de que la economía se ha desarrollado en ondas, optando por la teoría de que ha evolucionado a través de series de impulsos innovadores intermitentes que asumen la forma de ciclos sucesivos en forma de S. su modelo describe fases de crecimiento estable en virtud de sendas bien definidas, que se alternan con fases de crisis, reestructuración y turbulencia, las cuales finalmente recrean de nuevo condiciones de crecimiento estables (Arrighi, 1999: 22). Sin embargo, como tal ésta teoría se refiere principalmente al crecimiento y a las innovaciones en industrias particulares o en economías nacionales específicas, conceptos que Arrighi va a desechar. Lo que al autor interesa es esta idea de ciclos consistentes en fases de cambio discontinuo en virtud de una

senda única que se alternan con fases de cambio discontinuo que explican el desplazamiento de una senda a otra:

La diferencia radica en que lo que se desarrolla en nuestro modelo no es una industria o una economía nacional particulares, sino la economía-mundo capitalista en su conjunto a lo largo de toda su existencia. Así, las fases de expansión material (DM) se caracterizan por ser fases de cambio continuo durante las cuales la economía-mundo capitalista crece en virtud de una senda única de desarrollo. Y las fases de expansión financieras (MD[^]) se caracterizarán por ser fases de cambio discontinuo durante las cuales el crecimiento en virtud de la senda establecida ha alcanzado o está alcanzando sus límites, y la economía-mundo capitalista se desplaza a otra senda mediante reestructuraciones y reorganizaciones radicales (Arrighi, 1999: 22).

Por lo tanto, el objetivo principal del concepto de ciclos sistémicos es describir y elucidar la formación, consolidación y desintegración de los sucesivos regímenes mediante los que la economía-mundo capitalista se ha expandido desde su embrión medieval subsistémico a su actual dimensión global.

Para las ciencias sociales, así como para el discurso político y los medios de comunicación de masas, la opinión general es que economía de mercado y capitalismo son más o menos lo mismo y que el poder estatal es antitético a ambos. En cambio, para Arrighi, debemos poner atención más bien en la opinión poco convencional de Braudel acerca de la relación que vincula la formación y la reproducción ampliada del capitalismo histórico como sistema-mundo a los procesos de formación de Estados, por un lado, y a la formación de mercados, por el otro, Braudel considera al capitalismo como absolutamente dependiente del poder del Estado en su emergencia y en su expansión y como antitético a la economía de mercado.

Una economía de mercado a escala mundial, en el sentido de comunicaciones horizontales múltiples entre diferentes mercados, emergió de las profundidades del estrato de la vida material mucho antes de que surgiera el capitalismo como sistema-mundo sobre el estrato de la economía de mercado (Arrighi, 1999: 24).

El verdadero problema, nos dice Arrighi, no es cuando y como surgió una economía de mercado a escala mundial a partir de las estructuras primordiales de la vida cotidiana; sino que se trata de analizar cuando y como surgió el capitalismo a partir de las estructuras de la economía de mercado a escala mundial preexistente y como, con el paso del tiempo, se dotó del poder para reconfigurar los mercados y las vidas de todo el mundo (Arrighi, 1999: 24). En este sentido, para nuestro autor, quizá el análisis debe hacerse no desde la transición del feudalismo al capitalismo, sino la que se produjo desde un poder capitalista disperso a un poder capitalista concentrado. De aquí y siguiendo a Braudel, nos dice que fue la fusión única del Estado y el capital, ya que Braudel fue quien advirtió que el capitalismo solo puede llegar a triunfar cuando se identifica con el estado o cuando es el Estado.

La competencia interestatal ha sido un elemento clave de todas y cada una de las expansiones financieras y un factor esencial en la formación de esos bloques de organizaciones gubernamentales y económicas que han dirigido la economía-mundo capitalista a lo largo de sus sucesivas fases de expansión material. Lo que ha impulsado la prodigiosa expansión de la economía-mundo capitalista durante los últimos quinientos años, no ha sido la competencia interestatal como tal, sino esta última en combinación con el continuo crecimiento de la concentración del poder capitalista en el sistema-mundo globalmente considerado (Arrighi, 1999: 26). Para Marx, la idea de un continuo crecimiento de la concentración del poder capitalista en el moderno sistema-mundo se halla en el sistema de deudas nacionales:

Las deudas nacionales, es decir, la enajenación del Estado, sea despótico, constitucional o republicano, marcaron con su impronta la era capitalista... Como por un golpe de varita mágica, (la deuda pública) dotó al mero dinero de poder de crecer y convertirse así en capital, sin necesidad de exponerse a las desventuras y riesgos inherentes a su empleo en la industria e, incluso, en la usura. Los acreedores de los Estados realmente no entregaban nada, ya que la suma prestada se transforma en títulos públicos, fácilmente negociables, que pueden continuar funcionando en sus manos del mismo modo que lo haría el dinero en efectivo. (Marx, 1959: 754-745, citado en Arrighi, 1999: 27)

Sin embargo, para Arrighi, al poner especial atención a los aspectos domésticos de la acumulación de capital, Marx no logra observar dos cosas: 1. El persistente significado de

las deudas nacionales en un sistema de Estados que compiten entre sí por obtener la asistencia de los capitalistas, para la prosecución de sus objetivos de poder y; 2. La secuencia de Estados capitalistas prestamistas se halla formada por unidades de creciente tamaño, recursos y poder mundial. Cuatro Estados –Venecia, las Provincias Unidas, el Reino Unido y los Estados Unidos- han sido las grandes potencias de épocas sucesivas durante las cuales sus grupos dominantes desempeñaron el papel líder en los procesos de construcción del aparato estatal y de acumulación de capital.

Por lo tanto, nos dice el autor que la expansión del poder capitalista durante los últimos quinientos años se ha hallado vinculada no sólo a la competencia interestatal por el capital en busca de inversión, sino también a la formación de estructuras políticas dotadas de recursos organizativos cada vez mayores y más complejos para controlar el entorno social y político de la acumulación de capital a escala mundial. La competición por el capital en busca de inversión entre estructuras políticas de grandes dimensiones, pero aproximadamente iguales entre sí, ha sido el factor esencial y más persistente del origen y expansión del poder capitalista en la era moderna (Arrighi, 1999: 27-30).

Sin embargo, como apunta Arrighi, el poder capitalista en el sistema-mundo no puede expandirse indefinidamente sin erosionar la competencia interestatal por el capital en busca de inversión sobre el que reposa esta expansión. Es un poco esta misma idea de Wallerstein en cuanto a que si la acumulación llega a su fin no es porque necesariamente haya funcionado mal o no haya funcionado, todo lo contrario, es porque ha funcionado de manera perfecta y por tan tanto ya no encuentra, en términos de Arrighi, como expandirse.

La construcción de hegemonías en la economía-mundo. La perspectiva de Arrighi.

Una vez que el autor de *El largo siglo XX* ha descrito y analizado el funcionamiento del sistema-mundo capitalista en cuanto a cómo el Estado y el capital ejercen el dominio sobre todas las cosas, toca el turno de presentar lo que en opinión de Arrighi han sido las hegemonías a lo largo del capitalismo histórico. Primero, para el autor, hegemonía mundial hace referencia de modo específico al poder de un Estado para ejercer funciones de liderazgo y gobierno sobre un sistema de Estados soberanos.

Históricamente, sin embargo, la autoridad sobre un sistema de Estados soberanos ha implicado siempre cierto tipo de acción transformadora, que ha cambiado el modo de funcionamiento del mismo de forma fundamental. Este poder trasciende y difiere de la dominación pura y simple. Se trata del poder asociado con la dominación, ampliado por el ejercicio del liderazgo intelectual y moral (Arrighi, 1999: 43).

Entonces, es importante separar la noción de dominación y hegemonía, por un lado, la dominación reposa básicamente sobre la coerción; la hegemonía se conceptualizará como el poder adicional que obtiene el grupo dominante en virtud de su capacidad de situar problemas que plantean los conflictos existentes en un plano universal. Una situación en la que la afirmación efectuada por el grupo dominante de representar el interés general sea puramente fraudulenta, se definirá como una situación de no hegemonía, sino de fracaso en el ejercicio de la misma.

Las hegemonías mundiales, tal y como se comprenden en este trabajo, tan solo pueden surgir si la prosecución recíproca del poder por los Estados no constituye el único objetivo de la acción estatal:

Un Estado puede, por consiguiente, convertirse en una potencia hegemónica mundial porque puede afirmar verosímilmente que constituye la fuerza motriz de una expansión del poder colectivo de los que detentan el poder frente a los sujetos al mismo. O, a la inversa, un Estado puede convertirse en una potencia hegemónica mundial porque puede afirmar de modo verosímil que la expansión de su poder respecto a algunos o incluso todos los demás Estados es de interés general para los sujetos sometidos a la autoridad de todos los restantes Estados (Arrighi, 1999: 45).

El sistema-mundo moderno se ha formado y se ha expandido en virtud de reestructuraciones fundamentales recurrentes dirigidas y gobernadas por sucesivos Estados hegemónicos. En contraste con el sistema medieval, el moderno sistema de dominio consiste en la institucionalización de la autoridad pública en el interior de dominios jurisdiccionales mutuamente excluyentes. Los derechos de propiedad privada y los derechos de gobierno público devienen absolutos y discretos; las jurisdicciones públicas se convierten en exclusivas y se hallan claramente demarcadas por las fronteras; la movilidad de las elites dominantes a través de las jurisdicciones políticas se ralentiza y finalmente cesa; el derecho,

la religión y la costumbre se hacen nacionales, es decir, no sujetos a ninguna otra autoridad distinta del soberano (Arrighi, 1999: 47).

Este devenir del sistema moderno de dominio ha estado estrechamente relacionado con el desarrollo del capitalismo como sistema de acumulación a escala mundial, como ha sido puesto de relieve en la conceptualización elaborada por Wallerstein del moderno sistema-mundo como economía-mundo capitalista. En su análisis, el surgimiento y expansión del moderno sistema interestatal constituye tanto la causa principal como el efecto de la interminable acumulación de capital. El capitalismo ha podido florecer precisamente porque la economía-mundo ha tenido dentro de sus fronteras no una, sino una multiplicidad de sistemas políticos (Wallerstein, 1974b: 402, citado en Arrighi, 1999: 48).

Para Arrighi, el matrimonio que se ha dado históricamente entre el capitalismo y el moderno sistema interestatal, constituyen tan unidad como contradicción. Debemos tener en cuenta que capitalismo y Estado nacional crecieron juntos y presumiblemente en cierto modo depende uno de otro; sin embargo, los capitalistas y los centros de acumulación de capital con frecuencia ofrecieron una resistencia concertada a la extensión del poder del Estado (Tilly, 1984: 140, citado en Arrighi, 1999: 48).

Ya que tenemos un panorama claro acerca de la competencia interestatal, sigamos con la competencia entre empresas capitalistas. Para el autor del largo siglo XX, las empresas capitalistas pueden hallarse en condiciones de movilizar a los gobiernos para reducir y no para incrementar o reproducir la división política de la economía-mundo capitalista. La competencia interempresarial y la competencia interestatal pueden asumir diversas formas, y la forma que asuman tiene importantes consecuencias respecto a las modalidades de funcionamiento o no funcionamiento del moderno sistema-mundo, como modo de dominio y como modo de acumulación:

No basta con subrayar la conexión histórica entre la competencia interestatal y la interempresarial. Debemos especificar también las formas que asumen y cómo cambian a lo largo del tiempo. Tan solo de este modo podemos apreciar totalmente la naturaleza evolutiva del moderno sistema-mundo y el papel desempeñado por las sucesivas hegemonías mundiales en la configuración y remodelación del sistema, para resolver la contradicción

recurrente entre la interminable acumulación de capital y una organización del espacio político comparativamente estable (Arrighi, 1999: 49)

Nos dice Arrighi, que para poder entender esto, debemos diferenciar entre capitalismo y territorialismo, ambos son modos de dominio, aunque opuestos. Una lógica de dominio territorialista identifica el poder con la extensión de su territorio y la densidad de la población del mismo, y concibe la riqueza-capital como un medio o un subproducto de la prosecución de la expansión territorial. Una lógica de dominio capitalista, por el contrario, identifica el poder con el grado de control sobre recursos escasos y considera las adquisiciones territoriales como medio y subproducto de la acumulación de capital (Arrighi, 1999: 49). Capitalismo y territorialismo representan estrategias alternativas de formación del Estado:

En la estrategia territorialista, el control sobre el territorio y la población constituye el objetivo, y el control sobre el capital en busca de inversión, el medio para construir el Estado y para librar la guerra. En la estrategia capitalista, se invierte la relación entre fines y medios: el control sobre el capital en busca de inversión constituye el objetivo, y el control sobre el territorio y la población son los medios para conseguirlo (Arrighi, 1999: 50)

Históricamente, las lógicas de poder territorialista y capitalista no han operado independientemente la una de la otra, sino en recíproca relación en el interior de un contexto espacio-temporal dado. Para Arrighi, la característica esencial de este sistema ha sido la constante oposición de las lógicas de poder territorialista y capitalista, y la resolución recurrente de sus contradicciones mediante la reorganización del espacio económico-político mundial en virtud del liderazgo ejercido en cada época por el Estado capitalista correspondiente (Arrighi, 1999: 53).

Por ejemplo, Arrighi nos habla de cuatro características fundamentales de este sistema que se prefiguraron en el subsistema de ciudades-Estado del norte de Italia. En primer lugar, este subsistema constituyó un sistema fundamentalmente capitalista de construcción del Estado y de organización de la guerra. Venecia que era un Estado poderoso en el subsistema, era el ejemplo del verdadero prototipo de Estado capitalista. En segundo lugar, la situación de equilibrio de poder existente desempeñó una función esencial en tres ámbitos diversos al estimular el desarrollo de este enclave de dominio capitalista en el interior del sistema

medieval. El equilibrio de poder entre las ciudades-Estado italianas constituyó un dispositivo para la preservación de su independencia y autonomía.

La situación de equilibrio de poder fue siempre esencial para el desarrollo del capitalismo como modo de dominio. En realidad, este equilibrio de poder puede interpretarse como un mecanismo en virtud del cual los Estados capitalistas pueden, independiente o conjuntamente, reducir los costes de protección tanto en términos absolutos como relativos frente a sus competidores y rivales. Si el equilibrio de poder puede mantenerse únicamente mediante sucesivas y costosas guerras, entonces la participación en tal situación de equilibrio anula el objetivo del Estado(s) capitalista(s), ya que los costes pecuniarios de las mismas inevitablemente tienden a exceder sus beneficios pecuniarios.

En tercer lugar, fomentando la organización de la guerra y de construcción del Estado, las ciudades-Estado italianas lograron transformar en ingresos al menos parte de sus costes de protección y consiguieron, por consiguiente, que las guerras se pagaran por sí mismas. En cuarto lugar, los dirigentes capitalistas de las ciudades-Estado italianas, fueron pioneros en el establecimiento de redes amplias y densas de diplomacia residencial. La capacidad de los dirigentes capitalistas de gestionar el equilibrio de poder en su propio beneficio dependía primordialmente de un conocimiento cuasimonopólico de los procesos de toma de decisiones de otros gobernantes y de la posibilidad de seguir la evolución de los mismos.

En esto consistía la función de la diplomacia residencial. En comparación con los dirigentes territorialistas, los dirigentes capitalistas tenían motivaciones más poderosas y mayores oportunidades para promover su desarrollo: motivaciones más poderosas, porque un mayor conocimiento de las ambiciones y recursos de los otros gobernantes era esencial para gestionar el equilibrio de poder, el cual a su vez era fundamental para economizar medios en el proceso de construcción del Estado y de organización de la guerra; mayores oportunidades, dado que las redes del comercio a larga distancia controladas por las oligarquías capitalistas ofrecían una infraestructura operativa que se financiaba por sí misma sobre la que construir estas redes diplomáticas. Las ciudades-Estado del norte de Italia demostraron, por consiguiente, que también pequeños territorios podían convertirse en voluminosos contenedores de poder, persiguiendo unilateralmente la acumulación de riqueza en vez de la adquisición de territorios súbditos (Arrighi, 1999: 54-56).

Del 1450 al 1650 aproximadamente las ciudades-Estado del norte de Italia estaban a la cabeza de Europa. En este periodo, conocido como el largo siglo XVI o largo siglo XVI de Braudel, las Provincias Unidas se preparaban para emerger en la escena del dominio capitalista. A las Provincias Unidas se les estaba presentando la oportunidad de transformar el sistema de dominio europeo adaptándolo a las exigencias de la acumulación de capital a escala mundial y aprovechar esta transición. A lo largo del siglo XVI, el poder de España fue considerablemente superior al de los restantes Estados europeos. Este poder, sin embargo, no se empleó para facilitar una transición sin fricciones hacia el moderno sistema de dominio; fue utilizado, por el contrario, como instrumento de la Casa Imperial de los Habsburgo y del Papado para salvar lo que podía ser salvado del sistema medieval de dominio en proceso de desintegración:

El intento efectuado por España, en coalición con el Papado y con la Casa Imperial de los Habsburgo, de desbaratar o subordinar a estos nuevos centros de poder no solo fracasó, sino que se tradujo en situaciones de caos sistémico que crearon las condiciones para la emergencia de la hegemonía holandesa y la liquidación final del sistema de dominio medieval (Arrighi, 1999: 58).

Las Provincias Unidas llegaron a ser hegemónicas en este entorno, encabezando una amplia y poderosa coalición de Estados dinásticos concebida para liquidar el sistema de dominio medieval y para instituir el moderno sistema interestatal:

A lo largo de sus luchas anteriores para lograr la independencia nacional de España, los holandeses se habían arrogado y aun fuerte liderazgo intelectual y moral sobre los Estados dinásticos del noroeste de Europa, que eran los principales beneficiarios de la desintegración del sistema de dominio medieval. Cuando el caos sistémico se intensificó durante la Guerra de los Treinta Años, los hilos de la diplomacia se tejieron y destejieron en la Haya (Braudel, 1984: 203) y las propuestas holandesas para acometer una reorganización esencial del sistema de dominio paneuropeo encontraron cada vez más partidarios entre los gobernantes europeos, hasta que España se encontró completamente aislada (Arrighi, 60)

Para Gross, fue con la Paz de Westfalia de 1648 que emergió un nuevo sistema de dominio mundial:

La idea de una autoridad o de una organización por encima de los Estados soberanos no tiene ya vigencia alguna. La noción de que todos los Estados constituyen un sistema político de alcance mundial o que, en cualquier caso, los Estados de Europa occidental forman un único sistema político, ocupa su lugar. Este nuevo sistema reposa sobre el derecho internacional y el equilibrio de poder, un derecho y un poder que operan entre los Estados y no por encima de los mismos (Gross, 1968:54-55, citado en Arrighi, 1999: 60).

El caos sistémico de principios del siglo XVII se transformó por consiguiente en un nuevo orden anárquico. Esta reorganización del espacio político en pro de la acumulación de capital indica el nacimiento no únicamente del moderno sistema interestatal, sino también del capitalismo como sistema-mundo. Pero cabe preguntar, ¿Por qué el nacimiento del capitalismo como sistema-mundo nació bajo el liderazgo holandés y no bajo el liderazgo de Venecia?

La razón primordial, que engloba a todas las demás, es que en el siglo XV el caos sistémico todavía no había alcanzado la escala y la intensidad que dos siglos más tarde indujo a los gobernantes europeos a percibir que su interés general radicaba en la liquidación del sistema de dominio medieval. La oligarquía capitalista veneciana había funcionado de modo óptimo en ese sistema que no tenía ningún interés en su liquidación. A principios del siglo XVII, por el contrario, el resurgimiento del caos sistémico hizo patente, por un lado, que la racionalización fundamental de la lucha por el poder por parte de los gobernantes europeos era de interés general, y por otro, configuró una oligarquía capitalista con las motivaciones y los recursos necesarios para asumir el liderazgo en la prosecución del mismo (Arrighi, 1999: 61).

La oligarquía capitalista holandesa fue en aspectos importantes una réplica de la oligarquía veneciana. Como ésta, fue la portadora de una lógica capitalista de poder y, como tal, líder en la gestión de las relaciones de poder entre las distintas potencias y en el campo de las innovaciones y las iniciativas diplomáticas. A diferencia de la oligarquía veneciana, sin embargo, fue un producto y no un ingrediente del salto cuantitativo que se había producido en la lucha por el poder europeo, propiciado por la emergencia de Estados capitalistas en el norte de Italia (Arrighi, 1999: 61-62).

Por consiguiente, la diferencia entre una y otra radica en que la escala de las operaciones y, por tanto, el poder de la oligarquía capitalista holandesa en la política europea y en la política mundial fueron mucho mayores que la de Venecia. La riqueza y el poder de Holanda se basaron en las redes comerciales y financieras que la oligarquía capitalista holandesa había desgajado de los imperios marítimos y coloniales mediante los que los gobernantes territorialistas de Portugal y de España, en alianza con la oligarquía capitalista genovesa, habían desbancado la riqueza y el poder de Venecia. La oligarquía capitalista holandesa, por lo tanto, disfrutó del poder de erigirse por encima de la competencia y volverla en su propia ventaja (Arrighi, 1999: 62).

Por otra parte, los intereses de la oligarquía capitalista holandesa chocaron mucho más estrepitosamente con los intereses de las autoridades centrales del sistema de dominio medieval de lo que lo hicieron los intereses de la oligarquía capitalista veneciana. La oligarquía capitalista holandesa compartía con los Estados dinásticos emergentes un marcado interés en la liquidación de las pretensiones esgrimidas por el papa y el emperador de ostentar una autoridad moral y política supraestatal, tal como se concretizaba en las ambiciones imperiales de España (Arrighi, 1999: 62).

Una tercera diferencia importante entre una oligarquía y otra, tiene que ver con que los recursos para organizar la guerra de la oligarquía capitalista holandesa sobrepasaron con creces los de la oligarquía veneciana. Los holandeses fueron líderes no solo en la acumulación de capital, sino también en la racionalización de las técnicas militares (Arrighi, 1999: 63).

Por último, los recursos para acometer la construcción del aparato de Estado de la oligarquía capitalista holandesa, fueron mucho mayores que los de la oligarquía veneciana. Estos recursos por parte de los holandeses, se habían forjado en una larga lucha de emancipación contra el dominio imperial español. Esta oligarquía (holandesa) tuvo que establecer una alianza y compartir el poder con intereses dinásticos (la Casa de Orange) y tuvo que cabalgar el tigre de la rebelión popular (calvinismo). Para Arrighi, por lo tanto, las Provincias Unidas llegaron a ser hegemónicas porque fueron menos, y no más, capitalistas que Venecia (Arrighi, 1999: 64).

Para Arrighi, los holandeses nunca gobernaron el sistema que crearon; es decir, el autor nos dice que durante más de medio siglo, las Provincias Unidas dirigieron a los Estados del nuevo sistema de Westfalia en una dirección específica: fundamentalmente hacia una expansión comercial de ultramar respaldada por el poder naval y la formación de compañías estatutarias por acciones. Es aquí, donde para Arrighi el liderazgo ejercido por lo holandeses fue un liderazgo contra la voluntad del líder, dado que socavó y no reforzó el poder holandés. Por supuesto hubo grandes beneficiarios de esta pérdida de liderazgo, Francia e Inglaterra. El sistema interestatal se halló dominado por la lucha entre estas dos grandes potencias para conseguir la supremacía mundial.

Al igual que las Provincias Unidas y las fases por la que atravesó para conseguir la supremacía mundial durante el largo siglo XVI, tanto Inglaterra y Francia pasaron por tres etapas durante este conflicto. La primera se caracterizó, una vez más por lo intentos realizados por los gobernantes territorialistas de incorporar el Estado capitalista líder a sus dominios. A finales del siglo XVII Inglaterra y, sobre todo, Francia, intentaron incluir en sus propios dominios las redes comerciales y de poder de las Provincias Unidas. Sin embargo, ninguna de las dos lograron sojuzgar a los holandeses. Por lo tanto, la lucha entro en una segunda fase: fase en la que los esfuerzos de los dos rivales se concentraron progresivamente en la incorporación de las fuentes de riqueza y poder del Estado capitalista, y no en la del propio Estado capitalista. Sin embargo, hasta el siglo XIX, esta superioridad no daba aún como para conquistar el subcontinente indio o la subordinación China, por lo tanto, tampoco para desplazar a portugueses y españoles y, sobre todo, a los holandeses de las posiciones que ocupaban en las encrucijadas del comercio mundial.

Para atrapar y desplazar a estas potencias, Francia e Inglaterra tuvieron que reestructurar la geografía política del comercio mundial. Esto es precisamente lo que se consiguió mediante la nueva síntesis de capitalismo y territorialismo materializada por el mercantilismo francés y británico durante el siglo XVIII. Este se halla definido por tres componentes fundamentales y estrechamente interrelacionados: el colonialismo de colonos, la esclavitud capitalista y el nacionalismo económico (Arrighi, 1999: 66).

El colonialismo de colonos y la esclavitud capitalista fueron condiciones necesarias, pero no suficientes para garantizar el éxito del mercantilismo francés e inglés en su intento

de reestructurar la economía política global. El nacionalismo económico, presentaba dos aspectos fundamentales. El primero era la acumulación interminable de excedentes monetarios procedentes del comercio colonial e interestatal: acumulación con la cual se identificaba habitualmente el mercantilismo. El segundo se refería a la construcción de una economía nacional o, mejor, doméstica. La construcción de una economía nacional perfeccionó a gran escala la práctica de hacer que las guerras se pagaran a sí mismas convirtiendo los costes de protección en ingresos, estrategia en la que las ciudades-Estado italianas se habían mostrado precursoras. Francia y el Reino Unido, lograron convertir en ingresos fiscales una parte mucho mayor de los costes de protección de lo que consiguieron o pudieron conseguir las ciudades-Estado italianas, a nuestros efectos, las Provincias Unidas (Arrighi, 1999: 67-68).

Los gobernantes británicos obtuvieron una ventaja comparativa decisiva sobre el resto de sus competidores, incluidos los franceses. Esta ventaja fue de índole política y se asemejó a la disfrutada por Venecia en el punto álgido de su poder. Inglaterra se convirtió en una isla poderosa a través de un doloroso proceso de dos siglos de duración, mediante el que aprendió a saltar un obstáculo geopolítico fundamental en la lucha por el poder continental frente a Francia y España, y en una ventaja competitiva decisiva en la lucha por la supremacía comercial mundial.

Cuando Gran Bretaña venció la Guerra de los Siete Años (1756-1763), la lucha librada contra Francia por la supremacía mundial había concluido. Tan pronto como concluyó la lucha por la supremacía mundial, el conflicto entro en una tercera fase caracterizada por un creciente caos sistémico. Como las Provincias Unidas a principios del siglo XVII, Gran Bretaña conquisto la hegemonía creando un nuevo orden mundial a partir de este caos sistémico (Arrighi, 1999: 69).

Al respecto Arrighi nos dice lo siguiente:

El Reino Unido logró hacerse hegemónico, en primer lugar, dirigiendo una vasta alianza de fuerzas básicamente dinásticas en la lucha contra estas infracciones de sus derechos absolutos de gobierno y a favor de la restauración del Sistema de Westfalia. Esta restauración se vio coronada por el éxito con el Tratado de Viena de 1815 y el posterior Congreso de

Aix-la-Chapelle de 1818. Hasta ese momento, la hegemonía británica era una réplica de la hegemonía holandesa. Al igual que los holandeses habían dirigido exitosamente el sistema interestatal que estaba a punto de constituirse en la lucha contra las pretensiones imperiales de la España de los Habsburgo, los británicos dirigieron con idéntico éxito el sistema interestatal que estaba a punto de ser destrozado en la lucha contra las pretensiones imperiales de la Francia napoleónica (Arrighi, 1999: 70).

A diferencia de las Provincias Unidas, sin embargo, el Reino Unido continuó gobernando el sistema interestatal y, al hacerlo, acometió una reorganización fundamental de ese sistema con el fin de acomodarlo a las nuevas realidades de poder desencadenadas por el permanente levantamiento revolucionario.

Los cuatro ciclos sistémicos de acumulación capitalista.

Antes de 1900, nos dice Lane (1979), era difícil, en el mundo occidental, clasificar a las organizaciones existentes como gobiernos o como empresas comerciales. Para Arrighi, sin embargo, antes de 1900, es decir, las compañías que dirigieron la expansión oceánica de los siglos XV y XVI, mostraban ya una considerable especialización en el ejercicio de sus funciones gubernamentales o empresariales. Lo que quiere decir, que inicialmente, las redes de acumulación de capital se hallaron totalmente incrustadas en las redes de poder y subordinadas a las mismas. En estas circunstancias, para tener éxito en la obtención de beneficio era necesario que las organizaciones empresariales fueran Estados poderosos, como lo demuestra la experiencia de las oligarquías del norte de Italia (Arrighi, 1999: 108). No debemos perder de vista que estas oligarquías del norte de Italia también fueron líderes no solo en los procesos de acumulación de capital, sino también en los procesos de construcción del Estado y de organización de la guerra.

Estas redes de acumulación se expandieron de forma global, pero a medida que se expandían de esta forma, adquirieron una autonomía y ejercieron un dominio cada vez mayor sobre las redes de poder. Por lo tanto, para Arrighi, para tener éxito en sus estrategias de poder, los gobiernos deben ser líderes no únicamente en los procesos de construcción del Estado, y de la organización de la guerra, sino también en los procesos de acumulación de capital:

La transformación de la economía-mundo capitalista, que pasó de ser un sistema en el que las redes de acumulación se hallaban totalmente incrustadas en las redes de poder y subordinadas a las mismas, a convertirse en otro sistema en el que las redes de poder se hallaban totalmente incrustadas en las redes de acumulación y subordinadas a éstas, ha tenido lugar a través de una serie de ciclos sistémicos de acumulación; cada uno de estos ciclos ha estado definido por una fase de expansión material (DM) a la que ha seguido una fase de expansión financiera (MD¹). (Arrighi, 1999: 108)

Ésta noción de ciclo sistémico de acumulación se va a derivar, nos dice Arrighi, de la observación que hace Braudel acerca de que todas las expansiones comerciales fundamentales de la economía-mundo capitalista han anunciado su *madurez* alcanzando una etapa de expansión financiera. El inicio de una etapa de expansión financiera descrita por Arrighi y retomada de Braudel, es el momento en que las agencias empresariales líderes de la expansión comercial precedente desplazan sus energías y sus recursos desde la actividad comercial hacia la monetaria. Pero, a diferencia de Braudel, para Arrighi las expansiones financieras son largos periodos de transformación fundamental de las agencias y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial.

Los ciclos sistémicos de acumulación constituyen en realidad “una serie de saltos”, resultado cada uno de ellos de las actividades de un complejo particular de agencias gubernamentales y empresariales dotado con la capacidad de llevar la expansión de la economía-mundo capitalista un paso más allá de lo que podrían o habrían hecho los promotores y organizadores de la expansión precedente (Arrighi, 1999: 109-110). Para Arrighi, en esto el punto de partida en la secuencia de los ciclos sistémicos de acumulación será la expansión financiera que siguió a la finalización de la expansión comercial del ciclo precedente. En el caso del primer ciclo sistémico de acumulación la fase de expansión material de este primer ciclo, está precedida por el proceso de constitución de una fase financiera producto del fin de la expansión comercial hacia finales del siglo XIII y principios del siglo XIV; a este punto de arranque del primer ciclo sistémico de acumulación es a lo que el autor denomina como “grado cero” del desarrollo capitalista como sistema-mundo.

Es por ello que para Arrighi, ésta expansión comercial de finales del siglo XIII y principios del XIV y la expansión financiera que siguió a la misma, no se deben considerar

como un ciclo sistémico de acumulación, esto se debe a que el ciclo sistémico de acumulación se define como una fase de expansión material seguida por una fase de expansión financiera promovida y organizada por la misma agencia o grupo de agencias que protagonizaron la anterior fase de expansión material. Pero fue durante ésta expansión financiera que se formaron las agencias que llevaron a cabo el primer ciclo sistémico de acumulación.

Por ejemplo, en Venecia y en Florencia, hablando de las cuatro grandes ciudades-Estado del norte de Italia en esa época, la coyuntura del siglo que siguió al fin de la expansión comercial eurasiática hizo que el capital excedente se transfiriese de la actividad comercial a las actividades de organización de la guerra y de construcción del Estado. Es decir, tanto Milán, Venecia y Florencia, solo desempeñaron una función pasiva en la expansión posterior de la economía-mundo capitalista. Sin embargo, nos dice Arrighi, que la excepción fue Génova y su clase capitalista. Ésta promovió activamente, controló y se benefició de esta expansión comercial desde su principio hasta su fin, dando lugar en consecuencia al primero de nuestros ciclos sistémicos de acumulación (Arrighi, 1999: 135).

El capitalismo financiero genovés mostró desde un inicio peculiaridades específicas. Se dice que, hacia la segunda mitad del siglo XVI, Génova vivía, contrario a lo que pudiera pensarse, una permanente crisis social y política, y, sin embargo, fue justo ahí en donde se iba a desarrollar el capitalismo:

Desde este punto de vista, durante el siglo XV el capitalismo genovés se desarrolló siguiendo una senda que divergía radicalmente de la de las restantes ciudades-Estado italianas. En diferentes grados y de modos diversos, el capitalismo milanés, veneciano y florentino se desarrolló apostando por la construcción del Estado y optó por estrategias y estructuras cada vez más rígidas de acumulación de capital. El capitalismo genovés, por el contrario, optó por la construcción de mercados y se embarcó en estrategias y estructuras cada vez más flexibles de acumulación. Esta excepcionalidad hundía profundamente sus raíces en una combinación única de circunstancias locales y sistémicas. (Arrighi, 1999: 136)

Los genoveses, adelantados a su época, fundaron la Casa de San Giorgio en 1407, con el fin de controlar las finanzas públicas. Además, implementaron la ideología de una moneda fuerte, esta idea que alcanzara su apogeo con los británicos en el siglo XIX o con los

estadounidenses hacia finales del siglo XX, esto les permitió tener una robusta y sólida unidad de cuenta con la cual medir las ganancias y las pérdidas resultantes de sus operaciones comerciales y financieras. Esta reforma monetaria dio un nuevo impulso al continuo florecimiento y técnicas monetarias.

Sin embargo, la circunstancia sistémica más importante fue, sin duda, la desintegración del sistema comercial eurasiático en cuyo seno habían tenido lugar los logros comerciales de Génova a finales del siglo XIII y principios del siglo XIV (Arrighi, 1999: 141). Al perder Génova, la Guerra de Chioggia (1376-1381), Venecia se hará del control y cada vez más férreo, de la ruta comercial asiática a través de la ruta del sur. El comercio genovés fue duramente golpeado por el decaimiento de la expansión del comercio asiático.

A pesar de ello, encontró en la península ibérica lo que necesitaba. Así, Génova se hizo del control del comercio castellano, y la apuesta por este comercio resultó afortunada:

Cuando el imperio militar-comercial que los genoveses habían construido durante los siglos anteriores comenzó a desintegrarse y la aristocracia terrateniente genovesa se retiró de la actividad comercial para refeudalizarse, el estrato burgués de las clases mercantiles genovesas se sintió afligido por una seria y crónica desproporción entre, por una lado, sus ingentes reservas de dinero, información, saber hacer empresarial y conexiones y, por otro, sus escasas posibilidades de protegerse a sí misma y a sus operaciones en un mundo cada vez más hostil y competitivo. La península ibérica era, por tres razones principales, el lugar que ofrecía las mejores perspectivas para una rápida resolución favorable de esa desproporción fundamental. (Arrighi, 1999: 144)

Estas tres razones tienen que ver con que Génova, transformó el todavía independiente reino de Granada, en el centro agroindustrial más próspero de la región. En segundo lugar, la península ibérica, fue para Génova el lugar en que encontraron los suministros de los cuales era privada. Y, en tercer lugar, la razón que representa mayor importancia, encontraron verdaderos socios capaces de producir protección. Esta protección que antes era asumida por la aristocracia terrateniente genovesa.

Así pues, en estas condiciones, es que se va a dar la expansión del primer ciclo sistémico de acumulación genovés, promovido y organizado, como nos lo dice Arrighi, por

una agencia dicotómica, ya que, en los procesos de acumulación de capital a escala mundial, la agencia presenta una estructura de este tipo:

Sostenemos, más específicamente, que la expansión material del primer ciclo sistémico de acumulación (genovés) fue promovida y organizada por una agencia dicotómica formada por un elemento aristocrático-territorialista (ibérico), que se especializó en el suministro de protección y en la obtención de poder, y por un elemento capitalista burgués (genovés), que se especializó en la compraventa de mercancías y en la búsqueda de beneficios. (Arrighi, 1999: 148)

Esta relación es fundamental ya que los gobernantes territorialistas de la península ibérica encontraban en los banqueros mercantiles capitalistas genoveses lo que necesitaban y viceversa. Lo que más precisaba la clase capitalista genovesa en el siglo XV era una ampliación tal de su espacio comercial que le permitiese colocar sus enormes excedentes de capital y de personal y mantener vivas sus extensas redes comerciales (Arrighi, 1999: 149). Una vez que se consolidó esta asociación y, aunado a esto, se dieron los “grandes descubrimientos”, este espíritu de cruzada de los gobernantes territorialistas que abrieron nuevas rutas hacia el África y América principalmente, el capitalismo genovés salió de su larga crisis y en este punto, comenzó su larga expansión.

En principio, la llegada de metales preciosos desde América, fue un factor importante en el crecimiento del comercio. No obstante, una vez alcanzado el punto máximo en esta expansión material, condujo a cambios en el sistema comercial y financiero, dando paso, hacia la segunda mitad del siglo XVI, a una severa crisis (1557-1562).

En este contexto, los Fugger, que eran de los principales prestamistas y financieros de Europa y que vieron crecer de manera espectacular sus fortunas a mediados del siglo XVI, participaron de la elección de Carlos V y financiaron sus guerras y deudas, se vieron en algún momento cansados de esta práctica, ya que no veían beneficio alguno en cuanto a la devolución de su dinero. Lo que agotó finalmente a los Fugger y limpió el camino para la tentativa genovesa fue sobre todo la estrecha base espacial y funcional de sus fórmulas empresariales; una estrechez que los hizo siervos antes que amos de los continuos problemas financieros de Carlos V (Arrighi, 1999: 151). Fue entonces que los Habsburgo dejaron de

endeudarse con ellos después de 1557 y apostaron cada vez más por las estrategias genovesas ya que estos, se habían convertido en indispensables para la corona española.

Es entonces que los *nobilivecchi*, que era el grupo de banqueros genoveses, abandonan el comercio para convertirse en los banqueros del gobierno de la España imperial. A partir de 1557 y hasta aproximadamente 1627, los banqueros mercantiles genoveses ejercieron el dominio sobre las altas finanzas europeas. Este dominio se ejerció mediante la organización, control y gestión de una relación, invisible entre la más que nunca sobreabundante oferta de capital-dinero procedente del norte de Italia y las permanentes tensiones financieras de la España imperial (Arrighi, 1999: 153).

Después de casi dos siglos de supremacía, finalmente llegó el fin del dominio genovés en las altas finanzas europeas. Por un lado, la intensificación de las luchas competitivas por el poder, que favorecerían al capitalismo holandés, y por el otro, la progresiva erosión del poder de la España imperial, dieron como resultado una ruptura en la alianza hispano-genovesa. La expansión financiera de los genoveses, constituyó el punto máximo de un modelo de acumulación de capital que fue sistémico en cuanto a su alcance y homogéneo en cuanto a su modo de actuación y estructura:

En este modelo, una expansión material fundamental de la economía-mundo europea, definida por el establecimiento de nuevas rutas comerciales y la incorporación de nuevas áreas de explotación comercial, fue seguida por una expansión financiera que endureció el dominio del capital sobre esa economía-mundo ampliada. Por otro lado, una clase capitalista claramente identificable (la genovesa) estimuló, controló y de benefició de ambas expansiones por medio de una estructura de acumulación de capital que ya se hallaba básicamente formada cuando comenzó la mencionada expansión material. (Arrighi, 1999: 155)

Este es el ejemplo de cómo se conforma y desarrolla un ciclo sistémico de acumulación. Y tras esta expansión financiera genovesa, se estaba ya gestando una nueva expansión material, para dar paso al segundo ciclo sistémico de acumulación, en este caso, por parte del capitalismo holandés.

Segundo ciclo sistémico de acumulación: Holanda

Como dijimos anteriormente, una nueva expansión material se estaba gestando mientras la expansión financiera precedente (genovesa) alcanzaba su límite. Esta nueva expansión material se hallaba vinculada a la intensificación de las luchas intercapitalistas e interterritorialistas, que eran aún herencia de la Guerra de los Cien Años anglo francesa. Sin embargo, en esta lucha se podía encontrar una dificultad, las principales agencias de cooperación y competencia intercapitalista ya no eran organizaciones fáciles de identificar, así como lo habían sido las ciudades-Estado del norte de Italia. Estas, habían dejado de ser las principales agencias de los procesos de acumulación de capital.

Por otra parte, suele confundirse a las ciudades de Amberes, Sevilla o Lyon, como centros dinámicos en los que se autoexpandía el capital. A diferencia de Venecia, Génova, Florencia, y Milán en el siglo XIV, Amberes, Sevilla y Lyon en el siglo XVI no eran ni agencias, ni tampoco centros de los procesos de acumulación de capital. No eran ni organizaciones gubernamentales autónomas ni organizaciones empresariales autónomas (Arrighi, 1999: 157). Eran simples lugares de mercado. Y que incluso estaban subordinadas económicamente a las actividades transestatales de las organizaciones empresariales extranjeras:

La más importante de esas organizaciones empresariales extranjeras se hallaba constituida por grupos capitalistas expatriados que se identificaban a sí mismos y se reconocían como naciones en sus relaciones reciprocas y frente a los gobiernos de las diversas ciudades-mercado en las que residían, bien temporalmente, bien de modo permanente. (Arrighi, 1999: 157)

Estas naciones transestatales, además, polarizaban las monedas como medio de dominación. Esta dominación se basaba en el dominio de un instrumento monetario, la letra de cambio, en un espacio económico políticamente heterogéneo entrelazado por una gran variedad de monedas en circulación, que las naciones de banqueros mercantiles lograban organizar para su propio beneficio en un espacio comercial homogéneo, mediante la utilización de unidades de cuenta estables: *las monete di cambio*

Aunque la mayoría de las naciones se hallaron implicadas en el comercio de mercancías de uno u otro tipo, los beneficios más substanciosos provinieron no de comprar y vender éstas, sino del intercambio de moneda entre ellas mediante las letras de cambio. Éstas permitían a los banqueros

mercantiles organizados en naciones obtener beneficios de las diferencias existentes en los valores de las monedas en distintos lugares en un momento dado y en diversos momentos en el mismo lugar (Arrighi, 1999: 157).

Una de las razones más importantes del por qué estas actividades de intercambio de dinero eran sumamente rentables, tiene que ver con el hecho de que este servicio, para un gran número de clientes, era muy útil, y, sin embargo, para los banqueros que se hallaban organizados en naciones extensas y cohesionadas, no resultaba tan riesgoso ni complicado. En resumen, lo que hubiera sido una costosa y arriesgada aventura para los clientes de las naciones resultaba ser una operación carente de costes y de riesgos para los miembros de las mismas, y esta diferencia se traducía en cuantiosos y constantes beneficios (Arrighi, 1999: 158). En este contexto, es que a partir de la crisis de 1557-1562, se pueden percibir claramente las luchas intercapitalistas.

Además, otras cuatro naciones tendrán una función significativa en la regulación del sistema comercial y monetario europeo. Alemanes e ingleses en Amberes, milaneses en Lyon y luqueses, primero en Amberes y después en Lyon. Hasta este momento, ni Venecia ni Holanda, que habían sido y que serían potencias capitalistas figuraban en este conjunto cosmopolita de naciones capitalistas. Retomando a las entonces naciones capitalistas, se observa que cooperaban entre sí para obtener tres beneficios fundamentales:

En primer lugar, aseguraban que el mayor número posible de promesas de pago se compensaran directa o indirectamente entre sí, minimizándose por tanto el transporte real de moneda que las naciones tenían que realizar. En segundo lugar, compartían un conocimiento mejor de las condiciones que afectaban a las tendencias y fluctuaciones de los tipos de cambio que el que podrían haber obtenido individualmente. Y en tercer lugar, se embarcaban en rentables operaciones comerciales o financieras, tales como la elección del emperador en 1519, que habría sido una operación demasiado ambiciosa o arriesgada para una sola nación, pero no para un consorcio multinacional. (Arrighi, 1999: 159)

Es así, que durante la crisis de 1557-1562, el capital alemán fue expulsado de las altas finanzas por parte del capital genovés. La nación genovesa dejó de cooperar con la nación florentina y creó sus propias ferias, una de ellas, la feria de Piacenza, en el ducado de Parma. La consolidación del sistema de ferias de Piacenza marcó, por consiguiente, el fin del sistema

de naciones cooperantes, que había regido el motor capitalista de la economía-mundo europea durante la primera mitad del siglo XVI (Arrighi, 1999: 161).

Sin duda, los genoveses habían ganado el control dentro de las altas finanzas, sin embargo, esta supremacía condujo a un hecho fundamental, una lucha mucho más amplia:

Esta consistió en la guerra de independencia holandesa, en la que los genoveses dejaron que sus socios españoles librasen la guerra real mientras ellos se aprovechaban, tas bambalinas, de la transformación de la plata entregada en Sevilla en oro y otro dinero bueno colocado en Amberes cerca del teatro de operaciones bélicas. Sin esta guerra no hubiera habido probablemente una era de los genoveses. Pero esta misma guerra fue la que finalmente desalojó a éstos de los puestos de mando de la economía-mundo capitalista. (Arrighi, 1999: 161)

Para 1556 los holandeses se habían apoderado de los mares y desarrollaron habilidades no únicamente en la evasión fiscal, sino en la imposición sobre las finanzas de la España imperial de una especie de detracción fiscal a la inversa mediante la piratería y actividad de los corsarios. Los suministros de grano y los pertrechos navales procedentes del Báltico eran la fuente principal de la riqueza de los holandeses. El comercio de granos en la región del Báltico mostraba fluctuaciones seculares de estancamiento y posteriormente de declive. Sin embargo, los beneficios del comercio con la región del Báltico fueron en gran parte dones de la geografía y de la historia, un excedente que era más el origen que el resultado del desarrollo del capitalismo holandés (Arrighi, 1999: 162).

Por lo tanto, la clase mercantil holandesa, lo único que tuvo que hacer fue dejarse llevar por aquellos *vientos que soplaban* y obtener todas las ventajas posibles:

Este *viento* ha sido siempre el resultado de circunstancias sistémicas, fruto inintencional de las acciones de una multiplicidad de agencias y, desde luego, de la agencia que se hallaba en trance de ser desplazada de los puestos de mando de la economía-mundo. En el caso de los holandeses, estas circunstancias sistémicas consistían en un desequilibrio temporal y espacial fundamental entre la demanda y la oferta de grano y pertrechos navales, que afectaba a toda la economía-mundo europea. Durante la mayor parte del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, la demanda fue enorme y creció rápidamente, sobre todo en Europa occidental, debido a la entrada de plata americana y a la intensificación de la lucha por el poder

que se libraba por mar y tierra entre los Estados de la costa atlántica. Pero la oferta no podía crecer y, de hecho, no lo estaba haciendo, tan deprisa como la demanda; además, con el agotamiento de los suministros mediterráneos la oferta tendió a concentrarse en el Báltico. (Arrighi, 1999: 163-164)

Elementos como la explotación del desequilibrio crónico entre oferta y demanda, el control férreo sobre el transporte de los suministros bálticos y la detracción fiscal a la inversa impuesta sobre la España imperial, trajeron como consecuencia que los holandeses fueran los grandes beneficiarios de un importante y regular flujo de excedentes monetarios, en su mayor parte, excedentes de capital; es decir, capital que no podía volver a invertirse rentablemente en las actividades que lo habían generado. Los holandeses se abstuvieron de reinvertirlo en la expansión del comercio.

Parte de éste excedente se invirtió en activos rentables, particularmente en tierras, y en el desarrollo de la agricultura comercial. La gran diferencia con respecto a sus predecesores los italianos, tiene que ver con el hecho de que una suerte de precocidad en cuanto a que los mercaderes holandeses hizo que se convirtieran en una clase de rentistas. Además, no habría que olvidar que Holanda se constituyó como un Estado soberano. También ellos, como sus precursores italianos, invirtieron parte del excedente en actividades de organización de la guerra y construcción del aparato estatal. Mientras Holanda se encontraba iniciando su lucha contra España, buscaron protección con la monarquía inglesa. Los ingleses les proponen una unidad política entre ambas naciones, sin embargo, los holandeses ya tenían una relación orgánica y formal de intercambio político con una organización territorialista local, la Casa de Orange. La característica primordial de esta relación fue el suministro por parte de la clase mercantil holandesa de liquidez, conocimientos empresariales y relaciones, a cambio de las destrezas en la organización de la guerra y en la construcción del aparato estatal ofrecidas por la Casa de Orange, particularmente en lo que se refiere a la organización de la protección por tierra (Arrighi, 1999: 165). Es por esta razón, que los holandeses desecharon la propuesta inglesa de una unidad política.

También los holandeses iban a emular a sus predecesores italianos en cuanto a la inversión del excedente en el consumo conspicuo de productos culturales, gracias al

patronazgo de las artes y de otras actividades intelectuales. Estábamos ante el remplazo del Renacimiento por el de la Ilustración.

Un aspecto que vale la pena resaltar en este punto, es que la estrategia de utilización del capital excedente por parte de los holandeses, se asemejó más a la estrategia seguida por los venecianos, con la diferencia de que Holanda seguiría siendo líder en la expansión comercial de toda la economía-mundo europea. Recordemos que Venecia se especializó en la manufactura y la actividad de construcción del aparato estatal, y se concentró casi solo en ello, mientras Génova fue quien condujo la expansión financiera de la época anterior. Como podemos ver, los holandeses recuperaban ambas prácticas o estrategias.

Pero, a diferencia de Génova o de Venecia, Holanda se iba a mover simultáneamente en ambas direcciones fusionando esas dos estrategias en una nueva síntesis. Ésta se basó en una relación doméstica de intercambio político que hizo autosuficiente al capitalismo holandés en los procesos de construcción del Estado y de organización de la guerra, y que combinó su consolidación regional con la expansión mundial del comercio y de las finanzas holandesas (Arrighi, 1999: 167).

Decía Braudel que la primera condición de la supremacía comercial holandesa fue Europa y la segunda, el mundo. Por lo tanto, este ascenso holandés de lo regional a lo global tenía que ver con tres aspectos relacionados entre sí. La primera pretendía transformar Ámsterdam en el centro neurálgico de intercambio e intermediación del comercio europeo mundial, en este sentido, la clase capitalista holandesa se dotó de una capacidad sin precedentes y sin igual para regular y aprovechar los desequilibrios de la economía-mundo europea (Arrighi, 1999:167). En segundo lugar, la política de transformar Ámsterdam no únicamente en el centro neurálgico de intercambio e intermediación del comercio mundial, sino también en el mercado central de dinero y capital de la economía-mundo europea. El movimiento táctico clave a este respecto fue la creación en Ámsterdam de la primera bolsa de valores de mercado continuo (Arrighi, 1999: 168). Sin ser la de Ámsterdam la primera bolsa de valores, ya que los mercados de valores habían surgido y florecido en Génova. Pero esta bolsa, a decir de Braudel (1982), tenía volumen, la fluidez del mercado, la publicidad de la que fue objeto y la libertad especulativa de las transacciones.

Finalmente, una tercera arista tiene que ver con la política que consistió en el lanzamiento de compañías por acciones de gran tamaño, dotadas de un estatuto privilegiado concedido por el gobierno holandés, para detentar en exclusiva los derechos comerciales y de soberanía sobre los inmensos espacios comerciales de ultramar. Estas compañías fueron empresas comerciales concebidas para producir beneficios y dividendos, pero también para librar guerras y construir aparatos estatales por delegación del gobierno holandés (Arrighi, 1999: 170)

Estas compañías estatutarias ya se habían visto antes, por ejemplo, con los genoveses (maone genoveses), sólo que estas fueron desplazadas por la nación genovesa transestatal. Pero en 1602, la VOC (Verenigde Oost-Indische Compagnie) holandesa fue sin duda el éxito más sobresaliente de este tipo de forma societaria. Pero sin duda, este tipo de compañías fueron fundamentales en este proceso de acumulación holandés:

Las compañías estatutarias holandesas fueron las beneficiarias y los instrumentos de la centralización incesante que estaba haciendo Ámsterdam el pivote clave del comercio y de las altas finanzas mundiales: beneficiarias porque esta centralización brindaba a sus productos el acceso privilegiado a mercados rentables, les ofrecía fuentes baratas de aprovisionamiento para obtener sus inputs y les procuraba salidas para su capital excedente o bien mecanismos para obtenerlo, dependiendo de su etapa de desarrollo y de las fluctuaciones de sus negocio. Pero las compañías estatutarias constituyeron también poderosos instrumentos de la expansión global de las redes comerciales y financieras holandesas y, desde este punto de vista, la función que desempeñaron en la estrategia global de acumulación de los holandeses no puede ser suficientemente puesta de relieve. (Arrighi, 1999: 170)

Estas compañías se caracterizaron por ser el medio mediante el cual la clase capitalista holandesa estableció vínculos directos entre el centro de almacenamiento y distribución de Ámsterdam, por un lado, y los productores de todo el mundo por el otro. Fueron también el mecanismo fundamental para el ascenso de Ámsterdam como centro financiero mundial. La VOC constituyó un éxito que marcó época y el mismo revistió la estrategia de acumulación a la cual perteneció. Durante más de un siglo, desde aproximadamente 1610-1620 hasta 1730-1740, el estrato superior de la clase mercantil holandesa fue el líder y el responsable del motor capitalista europeo. (Arrighi, 1999: 171).

Sin embargo, esta senda de éxito continuo desencadenó fuerzas que erosionaron y destrozaron los recursos del sistema comercial holandés. Estas fuerzas fueron variantes de lo que más tarde se conocería como mercantilismo. La difusión de estas variantes a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII crearon en el entorno del comercio europeo condiciones sobre las cuales el sistema comercial holandés no podía ya sobrevivir. Todas las variantes de mercantilismo tenían un rasgo común: constituían intentos más o menos conscientes por parte de los gobernantes territorialistas de imitar a los holandeses, de convertirse ellos mismos en capitalistas, ya que entendían que éste era el medio más eficaz de lograr sus propios objetivos de poder (Arrighi, 1999: 172). Los holandeses habían demostrado a escala mundial lo que los venecianos ya habían demostrado a escala regional. En otras palabras:

Cuanto más éxitos cosechaban los holandeses en su acumulación sin fin de capital y cuanto más esta acumulación se trocaba en recursos cada vez mayores para conformar y manipular el sistema político europeo, más atraídos se sentían los gobernantes territorialistas europeos por la senda de desarrollo holandesa, es decir, por imitar en la medida de sus posibilidades (o según juzgaron deseable) las técnicas comerciales, de organización de la guerra y de construcción del aparato estatal puestas en práctica por los holandeses. (Arrighi, 1999: 172)

Dentro de este mercantilismo no solo la idea territorialista iba a ponerse de manifiesto, también se reafirmaba el principio de la autarquía bajo la nueva forma de construcción de una economía nacional y a contraponer tal principio al de intermediación universal holandés. Ante esta ola de mercantilismo, los holandeses no tuvieron otra opción más que retirarse del comercio y concentrarse en las altas finanzas con el fin de beneficiarse de la difusión del mercantilismo, en vez de sucumbir ante la misma. En este contexto, las anteriores luchas intercapitalistas e interterritorialistas habían sido remplazadas por luchas entre Estados-nación, consecuencia del moderno sistema interestatal iniciado por los holandeses, que eran simultáneamente territorialistas y capitalistas. El primer conflicto se dio entre Inglaterra y Francia, que en el curso de la expansión comercial de principios del siglo XVII habían emergido como los principales competidores.

Finalmente, la reactivación territorialista bajo vestimentas mercantilistas que estaba recorriendo Europa alcanzó a los holandeses; éstos, totalmente sometidos a la presión de los

intereses mercantilistas que la Casa de Orange se mostraba demasiado inclinada a dirigir y a organizar, se vieron arrastrados por esas mismas luchas con consecuencias desastrosas para ellos (Arrighi, 1999: 175). Holanda, en el marco de una fase de altas finanzas, financió tanto a Francia y por lo tanto no ganaron nada con ellos. Tras la derrota de Francia a manos de los ingleses, a quienes los holandeses también habían financiado, Ámsterdam cedió su lugar a Londres como centro operativo financiero de la economía-mundo europea. Y tras las guerras napoleónicas, las Provincias Unidas fueron borradas por completo como fuerza hegemónica del mapa europeo.

Estamos de nuevo ante el inicio de una expansión material, en pleno ocaso de una expansión financiera organizada por las agencias holandesas, ahora organizada por las agencias territorialistas británicas, que, como característica más importante, internalizarían las técnicas de poder capitalistas, dando paso así, a un tercer ciclo sistémico de acumulación.

Tercer ciclo de acumulación: británico

En el contexto del siglo XVIII, fueron al menos tres los aspectos fundamentales que dieron fin al éxito de Ámsterdam como centro financiero mundial y propiciaron la crisis terminal del dominio holandés. Por una parte, la victoria en la guerra anglo-francesa, por otro lado, la constante transferencia del capital holandés dirigido hacia las empresas británicas; y, por último, y aunque parezca contradictorio, la derrota de Gran Bretaña por sus súbditos americanos los cuales fueron apoyados por los franceses en alianza con los propios holandeses.

Sin embargo, esta decadencia no significaba la ruina del capital holandés. Durante la década de 1780 y, en menor medida, durante la de 1790, el dominio holandés en las altas finanzas coexistió trabajosamente con el emergente dominio británico, al igual que el ciclo genovés había coexistido con el emergente dominio holandés en la década de 1610 y principios de 1620 (Arrighi, 1999: 193). Este era un momento de transición caracterizado por un dualismo de poder en las altas finanzas:

Durante todos estos periodos de transición, la capacidad del anterior centro de las altas finanzas para regular y dirigir el sistema-mundo de acumulación existente en una dirección particular se vio debilitada por la aparición de

un centro rival que, a su vez, no había adquirido todavía la personalidad o los recursos necesarios para convertirse en el nuevo patrón de la maquina capitalista. En todos estos casos, el dualismo de poder en las altas finanzas se resolvió finalmente mediante la intensificación, en un clímax final (sucesivamente, la Guerra de los Treinta Años, las guerras napoleónicas, la Segunda Guerra Mundial), de las luchas competitivas que, como regla, señalan las fases de conclusión (MD´) de los ciclos sistémicos de acumulación. (Arrighi, 1999: 193)

En este punto de confrontaciones, el anterior régimen de acumulación deja de funcionar. Pero cuando estas confrontaciones han terminado, se establece el nuevo régimen y el capital excedente vuelve a la senda de inversión para dar origen a una nueva fase de expansión material (DM). En este ejercicio comparativo que realiza Arrighi entre un ciclo sistémico de acumulación y su predecesor, es importante resaltar el contexto británico. La Inglaterra anterior al reinado de Isabel I (1558-1603) no constituía en Europa y en la economía-mundo capitalista un lugar preponderante. Fue durante esta época que Inglaterra comenzará a tener un espacio importante en la economía-mundo, fundamentalmente debido a que durante este reinado la libra se iba a mantener como una moneda estable, a partir de este momento y durante casi dos siglos. Esto traería como consecuencia la confianza de otros Estados y prestamistas. Además, fue Isabel I, quien, retomando la tradición de los *maone* de los genoveses, fundaría las primeras compañías estatutarias por acciones. La sugerencia de una continuidad básica del proceso de expansión mundial del capital inglés, desde los tiempos de Isabel hasta el siglo XIX, es, sin embargo, valiosa dado que este proceso no fue la única característica del capitalismo británico del siglo XIX que tuvo su origen en el reinado de Isabel (Arrighi, 1999: 226).

Gran Bretaña, como Venecia en el siglo XVI, constituía un modelo híbrido: no era ni una organización territorialista suficientemente fuerte para competir exitosamente con España y Francia, ni una organización capitalista suficientemente fuerte para competir con éxito con las naciones florentina y genovesa (Arrighi, 1999: 220). Aunque en ambos casos el modelo fuera híbrido, no eran iguales. Mientras Venecia era un Estado capitalista, Inglaterra era una organización territorialista. Pero su más importante semejanza tiene que ver con que a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, en ambos Estados, se dio una rápida expansión industrial. Por supuesto, la trayectoria que siguió Inglaterra en los siglos XVII y

XVIII fue totalmente distinta a la veneciana, y en ese sentido, Gran Bretaña iba a encontrar la expansión material.

En esta nueva expansión, Gran Bretaña será el nuevo centro neurálgico de la economía-mundo gracias a que su actividad económica tendrá un carácter industrial e imperial; es decir, los ingleses crearon una base industrial productora no sólo de mercancías sino también de bienes de capital y también desarrollaron una amplia expansión del comercio impulsada por una producción industrial basada en empresas de libre mercado. En este punto, los ingleses ya no sólo van a ser una potencia en el comercio, sino que ahora, a partir de su industrialismo, van a producir aquello que irán a vender dentro del libre mercado. El industrialismo inglés estaba comandado los procesos de incremento de valor añadido de la producción. Los bienes de capital británicos tuvieron una tremenda expansión. Estos bienes, encontraron una pronta demanda entre organización gubernamentales y empresariales de todo el mundo. Fue la vocación universal de la economía-mundo capitalista, expresada en lo que algunos llaman la “primera globalización”, la que permitió esta aceleración de la expansión material del capital.

Para entender lo anterior, es pertinente establecer de acuerdo con Arrighi, que si Gran Bretaña se iba a ubicar como centro de la economía-mundo, sería también gracias a la ejecución de un doble movimiento. Dará un paso hacia adelante en cuanto a que va a internalizar los costes de producción; y un paso hacia atrás, en cuanto a que revivirán las estructuras organizativas del imperialismo ibérico y del capitalismo cosmopolita genovés. Por internalización de los costes de producción, entenderemos el proceso mediante el cual las actividades de producción se incluyeron en el ámbito organizativo de las empresas capitalistas y se sometieron a las tendencias de economización de recursos típicas de estas empresas (Arrighi, 1999: 214). Por ejemplo, en la industria manufacturera británica se había determinado ya no vender el producto intermedio, sino que ahora la estrategia era venderlo terminado, para así dotarlo del mayor valor añadido posible y apropiarse de una mayor porción de valor.

En el ciclo británico, la acumulación de capital se basó en empresas capitalistas que se hallaban contundentemente implicadas en la organización y racionalización de los procesos de producción (Arrighi, 1999: 214). En este sentido, cabe señalar que tanto Génova

como Holanda evitaron tanto como se pudo la producción, ya que éstas se concentraron más en el comercio a larga distancia y en las altas finanzas. El capitalismo histórico como sistema-mundo nació, por consiguiente, del divorcio y no de la unión de capitalismo y actividad industrial (Arrighi, 1999: 218).

Por lo tanto, el industrialismo y el imperialismo de la gran Bretaña del siglo XIX fueron, no obstante, aspectos integrales de su reproducción ampliada de las estrategias y estructuras del capitalismo de intercambio e intermediación comercial veneciano y holandés, un carácter industrial-imperial que no tuvieron ni la actividad económica de Venecia ni la de las Provincias Unidas (Arrighi, 1999: 213).

La gran expansión del comercio mundial de mediados del siglo XIX, como todas las fases de expansión material de los anteriores ciclos sistémicos de acumulación, había conducido a una intensificación de las presiones competitivas sobre las agencias de acumulación de capital que se sintió en todo el sistema (Arrighi, 1999: 198). A pesar de estas presiones competitivas y de la Gran Depresión de 1873-1896, no se suscitó una guerra interestatal abierta como había ocurrido, llegado este punto, en anteriores conclusiones de una fase de expansión material. Este retraso puede imputarse a dos circunstancias fundamentales que distinguieron al tercer ciclo sistémico de acumulación (británico) de los dos anteriores. Una de estas circunstancias se refiere al imperialismo, la otra al libre comercio del régimen británico de dominio y acumulación (Arrighi, 1999: 199).

En cuanto al imperialismo británico cabe señalar que fue suplementado y completado por la consolidación del imperio territorial en la India tras el denominado Gran Motín de 1857. Este control sobre la India implicaba que la Gran Bretaña se haría del dominio de recursos financieros y materiales, además de mano de obra militar, que ningún Estado o coalición probable de Estados podría siquiera imaginar o igualar nunca, mucho menos desafiar militarmente.

En cuanto al libre comercio británico, es importante decir que fue un mecanismo fundamental de conexión mundial. Era la Gran Bretaña el mercado más atractivo y eficiente para la obtención de medios de pago y de producción y para la enajenación de productos primarios. En este contexto, la encarnizada guerra de precios de finales del siglo XIX,

prolongada y generalizada, constituyó en sí misma una intensificación fundamental de las luchas intercapitalistas; intensificación que finalmente asumiría la forma acostumbrada de una guerra interestatal generalizada (Arrighi, 1999: 199).

En este punto de una intensificación de las luchas capitalistas, la clase capitalista británica se irá retirando de la actividad comercial para ubicarse en el sector financiero. Sin embargo, no solo lo hizo mediante exportaciones de capital desde Gran Bretaña, sino también por la expansión de sus redes bancarias provinciales y por la creciente integración de las mismas en las redes de la City. Pero tan pronto como el gran salto hacia delante de mediados de siglo hizo que la expansión mercantil diera paso a una fase de rendimientos decrecientes y de intensificación de las presiones competitivas, las redes bancarias provinciales británicas comenzaron a desempeñar funciones completamente diferentes (Arrighi, 1999: 200).

Ya no solo las empresas agrícolas se habían dado cuenta de que todo aquel capital acumulado era riesgoso reinvertirlo en la misma actividad. También las empresas comerciales e industriales, se dieron cuenta que ya no era seguro seguir invirtiendo en esas actividades. La mayoría de estos empresarios optarían por una lógica más inteligente: dejar la menor parte de su capital líquido, y que la City a través de los bancos provinciales o directamente por intermediación de *brokers*, se ocupara de las inversiones del resto de su capital en la forma que fuera y en cualquier lugar de la economía-mundo, siempre y cuando le prometiesen grandes y seguros beneficios.

Una segunda agencia de expansión financiera de finales del siglo XIX, nos dice Arrighi, eran los testafierros de las grandes instituciones financieras que también colocaban su capital-dinero en forma de inversión a través de la City. El ejemplo más importante de ello, fueron los Rothschild, que controlaban la red financiera judío-germana de finales del siglo XIX, y cuya similitud con los *nobilivecchi* de finales del siglo XVI era notoria, debido a que ambos grupos fueron los directores, no de la máquina imperial, sino de las finanzas de la máquina imperial:

Constituyeron grupos empresariales que, al acecho del beneficio y mediante las redes empresariales cosmopolitas que controlaban, actuaron como la mano invisible de una organización imperial: Gran Bretaña imperial y la España imperial, respectivamente. Gracias a esta mano

invisible, ambas organizaciones imperiales pudieron extender y controlar un número y variedad de redes de poder y de crédito mayor del que nunca hubieran podido disponer si hubiesen desplegado únicamente la mano visible de sus aparatos de gestión estatal y organización de la guerra. (Arrighi, 1999: 202)

Ambos grupos de banqueros mercantiles seguían una lógica de organización territorialista, mecanismo mediante el cual pudieron crear un vigoroso motor de autoexpansión de las redes comerciales y financieras en su poder. Los Rothschild se habían subido al barco de la expansión industrial británica tan solo para aparecer medio siglo más tarde como los banqueros centrales de la Gran Bretaña imperial. Además, eran una de las muchas familias empresariales que habían huido de la Europa napoleónica, desgarrada por la guerra y cada vez más regulada, para buscar refugio en la comparativamente pacífica y no-regulada Gran Bretaña. (Arrighi, 1999: 203).

Antes y después de la gran expansión comercial de mediados del siglo XIX, el capitalismo británico se mostró a sus contemporáneos como una nueva variedad de formas pretéritas de capitalismo de intercambio e intermediación comercial. Ésta era, en realidad, la similitud fundamental entre el régimen de acumulación británico y el anterior régimen de acumulación holandés. Como este último, el régimen británico se basaba todavía en el principio de la intermediación comercial y financiera; es decir, en el principio de comprar para revender, de recibir para expedir, de abastecerse de todo el mundo para abastecer de nuevo al mundo entero (Arrighi, 1999: 212).

No fue sino hasta la Gran Depresión de 1873-1896, que la fase de expansión financiera británica encontraría el inicio de su decadencia. Igualmente, la época dorada de 1896-1914 fue fundamentalmente la recuperación de esta enfermedad provocada por la contención de la competencia interempresarial y el aumento de la rentabilidad (Arrighi, 1999: 209). Y es que se decía que esta depresión no era sino una enfermedad de los hombres de negocios, que se encontraban deprimidos ante tal exceso de competencia y una existencia irracional de beneficios. Fue en esta época, que se ha denominado como la era *eduardiana* (1900-1910), que aún la ola de exportaciones de capital desde la Gran Bretaña, era por mucho, las más grande que se hubiese visto incluso por encima de las dos olas anteriores.

La Gran Bretaña *eduardiana* reprodujo, de forma comprimida, y bajo condiciones histórico-mundiales radicalmente diferentes, algunas de las tendencias que ya se habían operado en Florencia durante la primera expansión financiera de la economía-mundo europea (Arrighi, 1999: 210). Todavía resulta más estrecha la semejanza entre la era *eduardiana* y lo que se conoce como el periodo de las *pelucas* de la historia holandesa; un periodo que se corresponde a grandes rasgos con la fase de expansión financiera del ciclo de acumulación holandés, en particular con las dos o tres décadas que pusieron fin a tal expansión (Arrighi, 1999: 210).

Finalmente, y a pesar de la victoria en la I Guerra Mundial, los costes del imperio ya habían superado los beneficios que procuraba. Sin embargo, el colapso en 1931 del patrón-oro que sustentaba la libra británica, marco la crisis terminal del dominio británico sobre el dinero mundial (Arrighi, 1999: 211). La victoria en la guerra propició una expansión del imperio territorial británico, sin embargo, ya se estaba gestando una nueva fase de expansión material. Se estaba dando el desmantelamiento británico a manos del gobierno laborista que encontraría su fin después de la II Guerra Mundial.

Cuarto ciclo sistémico de acumulación: estadounidense

Como describimos anteriormente, el ciclo sistémico de acumulación británico llegó a su fin durante la llamada *belle époque* de la era eduardiana que siguió a la Gran Depresión de 1873-1896. También, se puso de manifiesto que, durante esta era, Gran Bretaña se enfrentó a una ruta a la recuperación de los precios que iba a atenuar la tendencia a la baja en lo que respecta a la tasa de beneficios. Y, por lo tanto, y aún durante una etapa de intensa lucha intercapitalista, las exportaciones de capital británico iban a crecer. Hasta que la lucha interestatal por el poder elevaría los costes de protección a un nivel tal que ya no resultaba favorable pues absorbía parte importante de los excedentes. Y, finalmente, la I Guerra Mundial sentenciaría el destino del régimen de acumulación británico. Sin embargo, al presentarse tiempo después la recuperación, y aún en un ambiente caótico y en un contexto prebélico, el capital británico se encontraba en busca de inversión.

Estados Unidos fue el país que recibió la mayor parte de estas inversiones y que proporcionó a los inversores británicos el mayor contingente de títulos sobre los activos e

ingresos futuros del mismo (Arrighi, 1999: 324). Después de la I Guerra Mundial, Estados Unidos recompró a un precio sumamente bajo varias de las inversiones que se habían utilizado para la construcción de la infraestructura de su economía local durante el siglo XIX. En este contexto, su superávit comercial iba a situarse a niveles similares a lo que registró antes de 1914. La principal diferencia respecto a la situación prebélica era que los títulos estadounidenses sobre las rentas producidas en el exterior igualaban ahora a los títulos extranjeros sobre las rentas producidas en el interior, de modo que el superávit comercial se tradujo en un notable superávit neto por cuenta corriente (Arrighi, 1999: 325). Cabe señalar que, gracias a este superávit y a sus créditos de guerra, Estados Unidos se unió a Gran Bretaña, y ambos coordinaban la producción y regulación del dinero mundial. Por lo tanto, el dólar estadounidense jugó el papel de patrón monetario a la par de la libra esterlina.

Sin embargo, Estados Unidos no estaba a la altura de poder administrar por sí solo el sistema monetario mundial. Hacia 1920, solo Nueva York tenía cierta experiencia en el manejo de operaciones internacionales. Y, aun así, Nueva York seguía dependiendo organizativa e intelectualmente de Londres. En este sentido, lo que ocurrió fue que tanto Wall Street y la Reserva Federal de Nueva York se unieron a la City de Londres y al banco de Inglaterra para impulsar el patrón-oro como patrón de cambio internacional, medida adoptada que solo beneficiaba a Gran Bretaña. La idea era, restaurar el sistema monetario mundial anterior a 1914, con esto, Gran Bretaña pretendía volver a ser el centro incuestionado de la economía-mundo. El resultado de esto fue lo siguiente:

Irónicamente, sin embargo, este esfuerzo concentrado, en lugar de revitalizar el sistema monetario mundial anterior a 1914, precipitó su crisis terminal. Todo el mundo se mostraba de acuerdo en que la estabilidad de las monedas dependía en último término de la liberalización del comercio. Y, sin embargo, la pesadilla de la autosuficiencia seguía los pasos dados para proteger la moneda. Para estabilizar sus monedas, los gobiernos recurrieron a cuotas de importación, a moratorias y a pactos de no agresión, a sistemas de compensación y tratados comerciales bilaterales, a acuerdos de trueque, a embargos sobre las exportaciones de capital, al control del comercio exterior y a los fondos de igualación de cambios: el efecto conjunto de estas medidas tendió, sin embargo, a restringir el comercio y los pagos exteriores (Arrighi, 1999: 328).

El mecanismo de estabilizar monedas bajo la presión de huida de capitales, lo único que propició fue el estancamiento mundial en la producción y el comercio a lo largo de la década de 1920 y principios de 1930. Pero en ese momento de recesión, en Estados Unidos la productividad del trabajo creció a un nivel tal que ninguno de los otros países podía imaginarse en dicho periodo. Con esto, Estados Unidos estaba incrementando en mayor medida la ventaja competitiva de sus empresas y además, y persistían las dificultades de los otros países para atender el pago de sus deudas. A finales de 1928, la sobreexpansión protagonizada por Wall Street comenzó a distraer fondos de la concesión de préstamos y a dirigirlos hacia la especulación doméstica (Arrighi, 1999: 329). En este momento, la economía-mundo estaba frente a un nuevo modelo:

La congelación de la concesión de préstamos exteriores y de la inversión exterior por parte de los Estados Unidos fue permanente tras el colapso de la sobreexpansión de Wall Street y la consiguiente recesión que ello produjo en la economía estadounidense. Un país tras otro, enfrentados a las repentinas reclamaciones o huida de fondos a corto plazo, se vio forzado a proteger su moneda, bien recurriendo a la depreciación, bien al control de cambios. La suspensión de la convertibilidad en oro de la libra británica en septiembre de 1931 condujo a la destrucción final de la red independiente de transacciones comerciales y financieras de alcance mundial sobre la que reposaban las fortunas de la City de Londres (Arrighi, 1999: 329).

Hacia 1940, el escenario en la economía-mundo, parecía otro. Era una escena en la que había desaparecido la *haute finance* de la política mundial, La liga de las Naciones había cedido su poder a imperios autárquicos, los nazis ascendían en Alemania, en la Unión Soviética aparecieron los Planes Quinquenales y, en Estados Unidos, se lanzó el New Deal. Sin embargo, eso que daba la impresión de una condición favorable, solo se encontraba en medio de una nueva confrontación bélica, pero en esta ocasión de dicha confrontación era de mayor alcance y agresividad, pero dentro de los mismos parámetros recurrentes de la economía-mundo capitalista, es decir, de confrontación entre quienes aspiraban a conducirla. Y, por lo tanto, el fin de esta confrontación militar trajo consigo el establecimiento de un nuevo orden mundial liderado y organizado por los Estados Unidos. Nuevo orden que además iba a separarse en aspectos fundamentales del anterior ciclo sistémico de acumulación británico, y que iba a sentar las bases de una nueva reproducción ampliada de la economía-mundo capitalista.

Nace, a finales de la II Guerra Mundial, Bretton Woods, en donde ahora darían las nuevas órdenes del sistema monetario internacional. En este mismo periodo, el superávit por cuenta corriente era mucho mayor que el superávit comercial. Los Estados Unidos disfrutaron de un monopolio virtual sobre la liquidez mundial (Arrighi, 1999: 331). Se había beneficiado de la ruptura de la Gran Bretaña como centro de la economía-mundo gracias a los propios conflictos de esta, sin embargo, no fue el primer Estado en hacerlo:

Al igual que todos los ejemplos anteriores [Venecia, las Provincias Unidas y Gran Bretaña] de enriquecimiento e incremento de poder prodigiosos en medio de un caos sistémico creciente, el gran salto delante de la riqueza y del poder de los Estados Unidos entre 1914 y 1945 fue expresión, primordialmente, de la renta de protección de la que disfrutaban gracias a su posición privilegiada única en la configuración espacial de la economía-mundo capitalista. Cuanto más turbulento y caótico se hacia el sistema-mundo, mayores eran los beneficios que obtenían los Estados Unidos, dadas sus dimensiones continentales, su posición insular y su acceso directo a los dos mayores océanos de la economía-mundo (Arrighi, 1999: 331) [Agregado nuestro].

Sin embargo, estos beneficios tenían un límite. Tras mostrar su musculo militar, y además demostrar que con ello podían enriquecerse y hacer crecer su poder dentro de un contexto de caos sistémico, la política aislacionista estadounidense comenzaba a mostrar que había rendimientos decrecientes. Esta política no era otra cosa sino la creencia de que la seguridad estadounidense era inviolable. Esta creencia se vio vulnerada y el presidente Roosevelt, apelando a los sentimientos nacionalistas echaría a andar un nuevo plan: el New Deal. La filosofía de este nuevo plan estaba encaminada a la creencia de que un solo gobierno poderoso en todos aspectos, como lo eran los Estados Unidos, tendría y debería conducir al mundo por una senda de paz, seguridad y justicia a todos los demás pueblos. Esta era la idea de un *solo mundo*:

El modelo de un único mundo de Roosevelt simplemente no era lo suficientemente realista como para obtener el apoyo necesario por parte del Congreso y de la comunidad empresarial estadounidenses. El mundo era un lugar demasiado grande y demasiado caótico para que los Estados Unidos lo organizase a su imagen y semejanza, particularmente si esta reorganización tenía que lograrse mediante órganos de gobierno mundial, como lo había previsto Roosevelt, en los que los Estados Unidos deberían

transigir continuamente con las opiniones particulares tanto de amigos como de enemigos. El Congreso y la comunidad empresarial estadounidenses eran demasiado racionales en sus cálculos de los costes y beneficios financieros derivados de la política exterior estadounidense como para ofrecer los recursos necesarios para ejecutar un plan tan poco realista. (Arrighi, 1999: 333)

Al no encontrar la suficiente fuerza la idea de un *solo mundo*, en 1948, se creó un organismo llamado Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT). Este organismo ayudó a la reconstrucción del sistema de comercio multilateral y, además, a que la liberalización comercial continuara, sin embargo, no dirigió la expansión económica mundial de las décadas de 1950 y 1960, en neto contraste con la adopción unilateral de Gran Bretaña del libre comercio, que precedió y contribuyó de modo decisivo a la expansión del comercio y de la producción mundiales que se produjeron durante la segunda mitad del siglo XIX (Arrighi, 1999: 334). Esto debido a que, a concentración de liquidez mundial, de la capacidad productiva y del poder de compra se encontraban en Estados Unidos y no estaban dispuestos a ceder el control sobre dicha liquidez a fin de dirigir la expansión económica mundial. En realidad, la principal dinámica del New Deal rooseveltiano consistió en liberar las políticas estadounidenses, concebidas para provocar la recuperación de la economía nacional, de su subordinación a los principios de la moneda fuerte sostenidos por Londres y Nueva York (Arrighi, 1999: 335).

En este sentido también debemos señalar, como lo mencionamos anteriormente, el impacto de la creación de un sistema monetario como Bretton Woods. Como recordaremos, en los anteriores ciclos sistémicos, el dominio de las altas finanzas se encontraba en manos de banqueros y financieros privados que organizaban dicha actividad con el fin de obtener un beneficio sobre el dinero. Pero en el ciclo sistémico estadounidense era distinto:

En el sistema monetario mundial establecido en Bretton Woods, por el contrario, la producción de dinero mundial era asumida por una red de organizaciones gubernamentales motivadas básicamente por consideraciones de bienestar, seguridad y poder: en teoría, el FMI y el Banco Mundial; en la práctica, el Sistema de la Reserva Federal estadounidense actuando de acuerdo con los bancos centrales de los aliados más próximos e importantes de los Estados Unidos. El dinero mundial se

convertía, por lo tanto, en un subproducto de las actividades de construcción del Estado. (Arrighi, 1999: 335)

Volviendo al asunto de la concentración de la liquidez mundial en la economía local estadounidense, la única forma de redistribución de la liquidez mundial que no encontraba ninguna oposición en el Congreso era la inversión exterior privada:

En el régimen británico, la extroversión de la economía dominante y líder (la británica) se convirtió en el zócalo de un proceso de formación del mercado mundial en el que las ramas más importantes de la actividad económica británica desarrollaron vínculos más fuertes de complementariedad con las economías de los países coloniales y extranjeros que los que establecieron entre sí. En el régimen estadounidense, por el contrario, la naturaleza autocéntrica de la economía nacional dominante y líder (la estadounidense) se convirtió en el zócalo de un proceso de internalización del mercado mundial en el interior de los dominios organizativos de corporaciones empresariales gigantes, mientras que las actividades económicas desarrolladas en los Estados Unidos siguieron estando orgánicamente integradas en una única realidad nacional en un grado mucho mayor al que nunca lo estuvieron las actividades económicas desarrolladas en la Gran Bretaña del siglo XIX. (Arrighi, 1999: 338)

Estados Unidos que en un principio estaba subordinado a las estructuras de acumulación del régimen británico, se convirtió en un elemento esencial de este último, pero también contribuyó a su destrucción y aprovechó esa condición para emerger como el nuevo régimen dominante:

Como hemos indicado anteriormente, durante los cincuenta años que siguieron a la Guerra Civil Norteamericana, la empresa estadounidense experimentó una revolución organizativa que propició la creación de un elevado número de corporaciones verticalmente integradas y burocráticamente gestionadas, que comenzaron su expansión transnacional tan pronto como concluyeron su integración continental en el interior de los Estados Unidos. Esta pauta de desarrollo constituyó una inversión fundamental de la dinámica principal que animaba el todavía dominante régimen de acumulación británico. (Arrighi, 1999: 338)

En este contexto, la economía-mundo estaba frente a un nuevo modelo de organización y dominio del comercio y la producción. En el anterior régimen de acumulación británico, el modelo se basaba en un sistema de pequeñas y medianas empresas que

internalizaron los costos de producción y buscaban mecanismos de comercialización. En el régimen de acumulación estadounidense, se trataba ya de una integración vertical de los procesos de producción e intercambio y, que, además, no tuvieron impacto alguno en la expansión del anterior régimen de acumulación británico. Por el contrario, la principal dinámica de este régimen fue la fisión vertical y no la integración de subprocesos de producción e intercambio secuenciales, que vinculaban la producción primaria con el consumo final (Arrighi, 1999: 338-339).

El modelo de empresa británico se había quedado rezagado con respecto al modelo alemán o estadounidense. Era un modelo de especialización flexible formado mediante la fisión vertical de los procesos de producción e intercambio:

El Estado británico, habiéndose convertido en el principal centro mundial de intercambio e intermediación comercial, brindó oportunidades únicas a las empresas establecidas en sus dominios metropolitanos para especializarse en actividades generadoras de un alto valor añadido, para obtener sus inputs en cualquier parte del mundo en donde pudieran adquirirse al precio más bajo y para enajenar sus productos en cualquier punto del planeta en donde pudieran alcanzar los precios más elevados. La explotación integral de esas oportunidades requería que la especialización de la empresa británica fuese tremendamente flexible: es decir, que estas empresas especializadas se hallasen preparadas para cambiar en poco tiempo de un tipo de combinación *input-output* a otro, como respuesta a los cambios producidos en la jerarquía del valor añadido de las actividades económicas y en las ventajas derivadas de situarse en diversas ubicaciones de la economía-mundo para hacerse con fuentes de abastecimiento de inputs o para organizar mercados para sus productos. (Arrighi, 1999: 341).

Debido a esta flexibilidad fue que la empresa británica no desarrollaría una racionalidad tecnológica que sí habían desarrollado las empresas alemanas o estadounidenses. Y es que, para la clase empresarial británica, ubicada en el centro de un imperio territorial de alcance mundial, era mejor seguir una estrategia en la que el acceso privilegiado a los abastecimientos, a los mercados y a la liquidez de imperio, los dotaba de una gran flexibilidad para invertir su capital en cualquier parte del mundo que prometiera entregar los más altos rendimientos. Como la variante alemana, la variante estadounidense de capitalismo corporativo se desarrolló como respuesta a la intensificación de las presiones

competitivas derivadas de la expansión global de esta economía-mundo de mercado centrada en Reino Unido (Arrighi, 1999: 343).

Para amortizar un poco estas presiones competitivas, Estados Unidos había provocado la restructuración de sus empresas siguiendo el modelo alemán, es decir, mediante la formación de combinaciones horizontales para restringir la competencia y mediante la dominación creciente de un pequeño grupo de instituciones financieras privadas, que habían crecido gracias a la inversión en las compañías ferroviarias y en las empresas industriales relacionadas con las mismas (Arrighi, 1999: 344). Es importante señalar que la fuerza que motivó la centralización de capital fue la integración vertical:

Se abandonaron las combinaciones horizontales ineficaces, carentes de popularidad y finalmente ilegales y en una rama tras otra de la economía doméstica estadounidense, desde los cigarrillos y la carne enlatada a la maquinaria agrícola y de oficina, empresas comerciales escogidas optaron por integrar dentro de sus dominios organizativos los subprocesos subsecuentes de producción e intercambio, que vinculaban el abastecimiento de los inputs primarios con la venta de los productos finales. Los costes de transacción, los riesgos y las incertidumbres inherentes al desplazamiento de los *inputs/outputs* a lo largo de la secuencia de estos subprocesos se hallaban, por consiguiente, internalizados en una única empresa multidepartamental, y sometidos a la lógica economizadora de la acción administrativa y de la planificación corporativa a largo plazo. (Chandler 1977; 1978: 1990, citado en Arrighi, 1999: 344)

La gran diferencia del capitalismo corporativo estadounidense, desde esta perspectiva, no radicaba ni en el control ni en la suspensión del mercado, sino en su sustitución. Se produce la sustitución del mercado mediante integración vertical. La unidad que efectúa la planificación se hace con el control de la fuente de abastecimiento o del mercado; una transacción que se halla sujeta a negociación sobre los precios y cantidades es reemplazada, pues, por una transferencia realizada dentro de la unidad que efectúa la planificación (Galbraith, 1985: 28-29, citado en Arrighi, 1999: 346). Si bien la creación y control del mercado mundial eran una creación británica del siglo XIX, para ellos una reorganización corporativa no era factible como lo fue para el modelo estadounidense. La autoexpansión del capital británico se halló siempre inmersa en un proceso de formación del mercado mundial, que hizo que la totalidad de sus ramas más importantes fueran

dependientes de los suministros y/o mercados exteriores y coloniales (Arrighi, 1999: 347). Por lo tanto, dejar de lado este modelo y adoptar la integración horizontal o vertical, significaba perder toda fuente de riqueza y poder:

En realidad, si por mercado entendemos el lugar en donde se encuentran la demanda y la oferta, entonces Gran Bretaña fue el mercado mundial, ya que sus instituciones gubernamentales y empresariales fueron los principales intermediarios entre los productores (consumidores) de todo el mundo competían por los mercados (abastecimientos), mayores eran las opciones que se presentaban a las empresas británicas para subsistir entre sí las fuentes de abastecimiento (mercados) y, por tanto, mayor era su poder para controlar el mercado mundial. La empresa británica nunca se cansó de trabajar para el público, como los fabricantes estadounidenses, que todo el mundo trabajaba para la empresa británica. (Arrighi, 1999: 348).

Estados Unidos, por el contrario, tras la Guerra Civil (1860-1865) decidió abandonar la expansión territorial y abocarse a atender a sus territorios con el fin de crear una economía nacional cohesionada. Treinta años después, se dio una rápida expansión de la producción primaria que a su vez propició las condiciones de oferta y demanda aptas para formar un aparato industrial nacional de grandes dimensiones y más diversificado. Aunque las industrias que producían para el mercado doméstico, que se hallaba altamente protegido y se expandía a gran velocidad, constituyeron la principal sede de acumulación de capital en los Estados Unidos, la expansión constante de este mercado dependió primordialmente de las ventas exteriores del enorme y creciente excedente agrícola (Arrighi, 1999: 350). Cabe señalar, que durante la Gran Depresión de 1873-1896, este excedente agrícola competía con el alemán en el mercado mundial, sin embargo, el de los Estados Unidos terminó por eliminar a su competidor alemán ya que crecía a una velocidad mucho mayor.

La empresa estadounidense estaba buscando el éxito al interior de la propia compañía y esto le estaba resultando en flujos de capital abundantes:

Cuando estos flujos de tesorería se reinvirtieron en la formación de jerarquías especializadas de altos cargos y cuadros intermedios, se erigieron barreras organizativas a la entrada de nuevos competidores en todas y cada una de las ramas de la economía doméstica estadounidense. Como resultado de ello, las empresas que se habían mostrado pioneras en la sustitución del mercado mediante la integración vertical adquirieron

también el poder de controlar o de suspender la competencia en el abastecimiento de inputs primarios y en la venta de los productos finales, es decir, en los mercados en que no era rentable o era directamente imposible internalizar los mencionados procesos. (Arrighi, 1999: 351-352)

Fue la irrupción del modelo corporativo estadounidense la que dio paso a una nueva etapa de capitalismo a escala mundial. Además, la comunidad financiera de Nueva York en particular alabó firmemente las virtudes del libre comercio e hizo todo lo que se hallaba en su mano para inducir al gobierno estadounidense a que asumiese el liderazgo y la responsabilidad de evitar la destrucción del mercado mundial (Arrighi, 1999: 352). Es importante resaltar que el capital financiero estadounidense no fue la agencia que sustituyó al decadente sistema británico. El elemento decisivo de dicha sustitución fueron las ya mencionadas empresas comerciales multidepartamentales verticalmente integradas y burocráticamente gestionadas:

Como conjunto nacional, las corporaciones estadounidenses combinaban las ventajas de una división técnica del trabajo extensiva (economías internas) con las ventajas de una división social del trabajo extensiva (economías externas) en un grado mucho mayor que las empresas unidepartamentales británicas o que las empresas alemanas horizontalmente integradas. El espacio económico circunscrito por la Alemania imperial no era suficientemente amplio, ni diversificado, ni dinámico como para compensar con sus mayores economías internas las mayores economías externas disfrutadas por la empresa británica. El espacio económico englobado por los Estados Unidos, sin embargo, permitió a la empresa estadounidense realizar una síntesis tremendamente eficaz de las ventajas de la planificación y de la regulación del mercado. (Arrighi, 1999: 353)

La medida proteccionista que Estados Unidos adoptaba desgarraba el mercado mundial británico y beneficiaba a sus empresas transnacionales. Se benefició mediante el control que ejercía sobre la más amplia, dinámica y mejor protegida de las economías nacionales en las que se estaba dividiendo el mercado mundial, y se benefició mediante su superior capacidad para neutralizar y aprovechar el proteccionismo de otros Estados mediante la inversión exterior directa (Arrighi, 1999: 353). Una vez que Estados Unidos socavó las estructuras del anterior régimen de acumulación británico, su poder encontró un límite en un mundo caótico en el que la empresa corporativa estadounidense no encontró las

condiciones para su autoexpansión. Por lo tanto, los Estados Unidos tuvieron que recurrir al miedo de una amenaza por parte del bloque comunista. Así lo indica el hecho de que el rearme masivo que tuvo lugar después de la Guerra de Corea resolvió de una vez por todos los problemas de liquidez de la economía-mundo posbélica. La ayuda militar a los gobiernos extranjeros y los gastos militares directos de los Estados Unidos en el exterior, cuyo volumen creció constantemente entre 1950 y 1958 y otra vez entre 1964 y 1973, proporcionaron a la economía-mundo toda la liquidez necesaria para expandirse (Arrighi, 1999: 357).

Se dice que la etapa comprendida entre la Guerra de Corea y los Acuerdos de Paz París que dieron fin a la guerra con Vietnam hacia 1973, fue una época dorada para el crecimiento económico en la historia del capitalismo mundial. Antes de este periodo se había presentado en las décadas de 1950 y 1960, una fase de expansión material (DM) de la economía-mundo capitalista, es decir, un periodo durante el cual el capital excedente se reinvertió de nuevo en el comercio y la producción de mercancías a una escala lo suficientemente amplia como para crear las condiciones de una cooperación y una división del trabajo renovadas en el interior de/ entre las organizaciones gubernamentales y empresariales de la economía-mundo capitalista (Arrighi, 1999: 358). Además, como en las anteriores fases de expansión material, producto de su propio éxito y de la imitación a la que se vio sometida, la estadounidense también produjo la intensificación de las luchas competitivas.

Sin embargo, el cambio se produjo en los años de 1968-1973:

Durante estos años, los depósitos efectuados en el denominado mercado de eurodólares o eurodivisas experimentaron un alza repentina seguida de veinte años de crecimiento explosivo. Y fue durante estos mismos seis años cuando se abandonó el sistema de las paridades fijas entre las principales monedas nacionales y el dólar estadounidense, entre éste y el oro, que había estado en vigor a lo largo de toda la fase de expansión material, optándose por el sistema de tipos de cambio flexible o flotante; sistema que algunos autores contemplan no como un sistema de derecho propio, sino como la forma asumida por la crisis del sistema preexistente (Arrighi, 1999: 358).

Lo anteriormente descrito señala como se conformó y llegó a su fin la fase de expansión material (DM) norteamericana. Es a partir de la década de 1970 que el volumen

de las transacciones puramente monetarias realizadas en los mercados monetarios extraterritoriales ya era varias veces mayor que el valor del comercio mundial, es decir, nos encontramos en una fase en la que la preponderancia del capital financiero para acumular riqueza es muy dinámica. Desde entonces, la expansión financiera se hizo imparable (Arrighi, 1999: 359).

Esta expansión financiera norteamericana de las décadas de 1970-1980 no constituye en lo más mínimo una revolución como algunos autores han propuesto, sorprendidos ante la ola expansiva del capital. Como hemos descrito anteriormente, estas expansiones financieras son el resultado de un largo proceso en que se da en primera instancia, una fase de expansión material y, tras ella, una intensificación de las luchas competitivas. La diferencia radica en cuanto a la escala, el alcance y la sofisticación técnica de dicha expansión financiera son mayores que la de sus predecesores ciclos sistémicos de acumulación:

La escala, el alcance y la sofisticación técnica mayores no son, sin embargo, sino la continuación de una tendencia bien establecida de la *longue durée* del capitalismo histórico hacia la formación de bloques cada vez más poderosos de organizaciones gubernamentales y empresariales, que constituyen las agencias que lideran la acumulación de capital a escala mundial. (Arrighi, 1999: 360)

Ante un panorama de este tipo, el ciclo sistémico de acumulación estadounidense ha entrado a su etapa de crisis terminal. Esta crisis fue anunciada entre 1968 y 1973, como se mencionó anteriormente, esta fue la etapa de cambio crucial no solo en el despegue de la fase de expansión financiera, sino también de la etapa de crisis-señal:

Militarmente, el ejército estadounidense se encontró cada vez con más problemas en Vietnam; financieramente, la Reserva Federal estadounidense encontró dificultades y, posteriormente, juzgó imposible preservar el modo de producción y regulación de dinero mundial establecido en Bretton Woods, e ideológicamente comenzó a perder legitimidad tanto en el propio país como en el exterior. Esta crisis se deterioró rápidamente y en 1973 el gobierno de los Estados Unidos se había retirado de todos los frentes. (Arrighi, 1999: 361)

En esta etapa Estados Unidos fue derrotado en la lucha que libraba para detener la especulación creciente contra los tipos fijos de cambio, estos mismos habían servido como

herramienta fundamental para su fase de expansión material en las décadas de 1950 y 1960. El mercado que iba a dominar el proceso que fijaba el precio recíproco de las monedas nacionales y el precio de éstas en relación con el oro sería el mercado de eurodólares. La formación del mercado de eurodólares o eurodivisas fue el resultado inesperado de la expansión del régimen de acumulación estadounidense (Arrighi, 1999: 361).

Por otra parte, el capital de las grandes corporaciones estadounidenses encontraba dificultades sobre todo ante las empresas europeas. Cuando el capital corporativo estadounidense conquistó y reorganizó una cuota importante del comercio y de la producción europea y excolonial, el incremento de la expansión de las corporaciones estadounidenses se vio cada vez más severamente constreñido por la imposición de barreras de entrada de carácter organizativo que éstas se oponían recíprocamente entre sí (Arrighi, 1999: 364-365). Lo que estaba ocurriendo era que Europa se beneficiaba de la exportación de mercancías y no en la inversión directa como lo hacía Estados Unidos y, sin embargo, también esta inversión estaba encontrando rendimientos decrecientes.

Dentro de este contexto, una cosa parecía segura, la crisis no era un error del gobierno en la conducción de su política económica sino un problema de sobreabundancia:

La crisis-señal del régimen de acumulación estadounidense de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 se debió primordialmente, sin duda a una sobreabundancia de capital que deseaba ser invertido en mercancías, y no al fracaso de los gobiernos nacionales, en particular del gobierno estadounidense, para compensar la escasez de inversión privada con su propio gasto. Cuando la crisis estalló, el keynesianismo militar y no-militar del gobierno estadounidense se hallaba en plena expansión, tanto en el interior como en el exterior, lo cual creó la suficiente demanda efectiva como para mantener la expansión material de la economía-mundo capitalista en marcha. (Arrighi, 1999: 367)

Lo que siguió fue que, en lugar de producir un crecimiento del comercio y la producción mundial, se desencadenó una inflación de costes a escala mundial y una huida masiva de capitales a los mercados monetarios extraterritoriales. Esto se debió fundamentalmente a la emergencia de una contradicción entre la expansión transnacional del capital corporativo estadounidense y los fundamentos nacionales del poder mundial de los Estados Unidos (Arrighi, 1999: 367). Es decir, existía un conflicto de intereses entre gobierno

y corporaciones. No era como en anteriores regímenes de acumulación con sus compañías estatutarias por acciones, aquellas eran manipulables por el poder del Estado, pero ahora las grandes corporaciones estadounidenses no, y eso constituye una diferencia fundamental en este régimen de acumulación:

La incorporación de Europa occidental a las redes de poder de los Estados Unidos después de la II Guerra Mundial, por el contrario, fue emprendida por el propio gobierno estadounidense. Una vez que la acción gubernamental hubo preparado el terreno para el trasplante rentable de las corporaciones estadounidenses, un gran número de estas últimas invadieron Europa, pero su papel en la consolidación del dominio estadounidense se limitó a internalizar en sus tecnoestructuras componentes claves del mercado y de la fuerza de trabajo europeos. Aunque el gobierno estadounidense intentó conservar cierto control sobre este trasplante de las empresas estadounidenses en suelo europeo, sometiendo a las subsidiarias exteriores de estas corporaciones a las leyes comerciales estadounidenses y tomando medidas para regular los flujos de salida de capital estadounidense, de modo casi inmediato este trasplante adquirió una dinámica propia que el gobierno estadounidense, actuando en solitario o incluso en concierto con los gobiernos europeos, no pudo controlar. Todavía resultaba más grave el hecho de que cuanto más autónoma se hacía esta dinámica, más debilitada resultaba la posición central ocupada por Washington en la regulación y producción de dinero mundial. (Arrighi, 1999: 370)

En este sentido, mucho tuvo que ver el hecho de que el gobierno estadounidense sustituyera los tipos de cambio fijos por tipos de cambios flexibles. En primer lugar, propició que las transnacionales estadounidenses tuviesen que lidiar con la incertidumbre de la especulación y buscar así, lugares en la economía-mundo donde no hubiese tales fluctuaciones especulativas, convirtiéndose aún más en corporativos transnacionales ya que su poder se encontraba por todo el mundo. Se puede decir que hubo una suerte de transnacionalización de los procesos de producción e intercambio. En segundo lugar, esta política afectó de manera fundamental a las economías del Tercer Mundo. En realidad, desde principios de la década de 1970, los cambios en estos tipos de cambio han sido el factor específico más importante en la determinación de la posición ocupada por los países del Tercer Mundo en la jerarquía del valor añadido de la economía-mundo capitalista (Arrighi, 1999: 374). Y, en tercer lugar, esta adopción de tipos de cambio flexibles, impulsó la

expansión financiera solo que ahora lo haría bajo un incremento de la incertidumbre y los riesgos del capital corporativo estadounidense:

En otras palabras, la sustitución de los tipos de cambio fijos por los tipos de cambio flexibles significó no el contenimiento, sino la aceleración de la tendencia de los gobiernos de los Estados capitalistas más poderosos a perder el control sobre la producción y regulación del dinero mundial. En estas circunstancias, el intento protagonizado por el gobierno estadounidense de utilizar el emergente patrón-dólar puro para apoyar la autoexpansión del capital estadounidense en el interior y en el exterior no contribuyó en absoluto a rehabilitar la primacía de Washington en las altas finanzas. Por el contrario, minó todavía más el poder del conjunto de los bancos centrales nacionales sobre los que se sustentaba esa primacía. (Arrighi, 1999: 376)

Como en todos los anteriores regímenes de acumulación, ante una clara señal de decadencia financiera, Estados Unidos optó por una rigidez en cuanto a los principios de la práctica de una moneda fuerte. Así se forjaría una alianza memorable entre el poder del Estado y el poder del capital. En analogía con el anterior régimen de acumulación británico, esta era la *belle époque* de la Administración Reagan:

El repentino cambio de una política monetaria extremadamente laxa a una extremadamente estricta, realizado por la Reserva Federal estadounidense bajo la presidencia de Paul Volker durante el último año de la Administración Carter, constituyó tan sólo el preámbulo de toda una serie de medidas dirigidas no únicamente a restaurar la confianza en el dólar estadounidense, sino a centralizar de nuevo en el interior de los Estados Unidos el dinero controlado privadamente. (Arrighi, 1999: 380)

El endurecimiento de la política monetaria estadounidense se dio, según Arrighi, mediante cuatro aspectos fundamentales:

En primer lugar, el gobierno estadounidense comenzó a competir agresivamente por el capital mundial en busca de inversión, elevando los tipos de interés muy por encima de la tasa de inflación... En segundo lugar, los incentivos pecuniarios concedidos al capital en busca de inversión para centralizarlo de nuevo en los Estados Unidos fueron suplementados y complementados por una importante desregulación, que proporcionó a las corporaciones e instituciones financieras estadounidenses y no estadounidenses una libertad de acción en los Estados Unidos virtualmente

sin restricciones... En tercer lugar, la Administración Reagan, habiendo ganado las elecciones con la promesa de equilibrar el presupuesto, inició una de las más espectaculares expansiones del endeudamiento público de la historia mundial... En cuarto lugar, este incremento espectacular de la deuda nacional estadounidense se halló unido a la intensificación de la Guerra Fría con la URSS, básica, aunque no exclusivamente, mediante la Iniciativa de Defensa Estratégica, y a toda una serie de acciones ejemplares de castigo militar contra regímenes enemigos escogidos del Tercer Mundo. (Arrighi, 1999: 382)

Del cuarto punto se deriva que a través de una lucha interestatal se da una nueva competencia del capital en busca de inversión y que en última instancia fue la que originó que el capitalismo occidental tuviese una nueva época dorada como ningún régimen anterior hubiese siquiera imaginado. Pero para llegar a este punto, recordemos que previamente Estados Unidos estaba sumido en una depresión profunda derivada de una crisis de confianza en el dólar norteamericano, de una segunda crisis del petróleo y las invasiones norteamericana a Vietnam y la soviética de Afganistán que habrían traído resultados opuesto; es decir, el Tercer Mundo desafiando al poder militar e ideológico norteamericano y soviético llegando en algunos casos a derrotarlos. Fue, entre otros factores, así como Estados Unidos decidió dejar de lado la tradición de enfrentamiento con las altas finanzas privadas que tuvo su origen en el New Deal, para dar paso a las políticas restrictivas monetarias anteriormente descritas. Los efectos devastadores de las políticas monetarias restrictivas, los altos tipos de intereses reales y la desregulación estadounidenses pusieron inmediatamente de rodillas a los Estados del Tercer Mundo (Arrighi, 1999: 389).

Así pues, Estados Unidos ha disfrutado de una *belle époque* análoga a la de la burguesía europea en regímenes de acumulación anteriores. Una similitud importante entre las épocas doradas de los regímenes de acumulación radica en el hecho de que los beneficiarios han sido incapaces de ver que esa época de prosperidad repentina está inmersa en un caos sistémico y que es cuestión de tiempo para que las condiciones de decadencia de un régimen de acumulación de paso a una nueva fase de expansión material.

Finalmente, el resultado de esto ha sido una política en la cual los gobiernos debían hacerse a un lado y dejar a las grandes corporaciones empresariales maniobrar a su antojo, liberar con esto las fronteras al comercio y las transacciones financieras, privatizar con ello

las industrias locales absorbidas por las grandes corporaciones, además de anular casi en su totalidad el papel del Estado como benefactor y regulador de la actividad económica. Esta ideología se conoce como neoliberalismo, que no hizo sino otra cosa que contener la crisis mediante una nueva expansión poco sostenida proveniente meramente de especulaciones financieras y no propiamente del comercio. Con el paso de los años, esta ideología está siendo duramente cuestionada al grado en el que muchos Estados, se presenta la disyuntiva de regresar al bienestar social y emprender políticas proteccionistas.

La idea de que no hay alternativa si no se orienta una economía por este rumbo y sus políticas de venganza a quienes no las compartan o adopten, sólo ha agudizado la crisis terminal por la cual atraviesa el sistema-mundo.

En la obra *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Arrighi sugirió que se estaría gestando una nueva expansión comercial alrededor de Asia, propiamente en Japón en los años noventa del siglo pasado. Sin embargo, y debido a las dificultades que Japón enfrentó durante la fase de expansión financiera estadounidense, Arrighi volvería a sugerir que una nueva expansión comercial se estaría gestando, en la misma región del mundo, Asia, solo que ahora apuntaría a China, esto es lo que se interpreta de la lectura de su obra *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, en el cual nos dice que la historia económica de la segunda mitad del siglo XX vista de la perspectiva de larga duración nos conduce al resurgimiento económico de Asia oriental, así como a la rebelión contra el mundo occidental que se ha traducido en un gran poder político y económico para esta región de la economía-mundo.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de esta tesis hemos desarrollado, a grandes rasgos, una definición de ciclo económico desde al menos dos ángulos: de un lado una perspectiva clásica o de ciclos cortos y, por otro lado, una visión cíclica de larga duración. En lo que concierne a la perspectiva clásica del ciclo, y la cual es trabajada fundamentalmente por economistas, hemos destacado la importancia de estos y los hemos clasificado como ciclos de corta duración.

Fue en 1939 que Joseph Schumpeter clasificó los ciclos económicos en tres tipos: ciclo corto, ciclo medio y ciclo largo. Entre los más importantes se encuentran el ciclo de Kondratiev para los ciclos largos, de hasta 40 y 50 años y quizá hasta unos 60 años; el ciclo de Kuznetz de unos 15 a 25 años; el ciclo de Juglar para periodos de 5 a 10 años y finalmente el ciclo Kitchin para periodos de entre 5 y menos años. Estos así nombrados en honor a sus creadores.

Dentro de la visión clásica, podemos encontrar el ciclo del capital industrial de Marx. Aunque él no fue un teórico de los ciclos en sí, es importante mencionar dicho ciclo con el fin de poder observar la mayor cantidad de definiciones de ciclo que nos ayuden a entender este fenómeno. El ciclo industrial sólo pudo surgir en el momento en que la industria tuvo un impacto en la producción total, es decir, cuando superó al sector primario, también cuando el mercado exterior predominó sobre el interior, y cuando apareció la competencia entre las diversas naciones industriales. Por lo tanto, desde que la producción capitalista de mercancías se estableció como dominante e imprimió su sello al mercado mundial, su desarrollo se ha efectuado bajo una marcha cíclica. Asimismo, si se considera que la producción capitalista

es una producción para la obtención de una ganancia, las oscilaciones de la tasa de ganancia marcan diferentes momentos, a través de los cuales se puede juzgar el estado concreto en el que se encuentra la economía capitalista. Un ascenso económico se da generalmente solo si existe una tasa de ganancia creciente, la cual genera las condiciones para la extensión del mercado y una acentuación del ascenso. Sin embargo, llega el momento en que, a consecuencia del incremento de la composición orgánica del capital, la tasa media de ganancia presenta una tendencia a la baja.

Finalmente, el ciclo decenal, vital, o industrial al que alude de manera indistinta Marx, es, también, el ciclo global del capital o ciclo del capital productivo. Éste comprende tres formas de capital: el dinerario, el productivo y el comercial, que a su vez, son tres fases que corresponden a otros dos procesos aún más generales, la producción y la circulación.

Por otra parte, hemos revisado otras perspectivas dentro de la visión clásica de la economía como la perspectiva de la teoría económica del ciclo. El interés que esta teoría económica ha empezado a mostrar por el ciclo, se da en el hecho en el que algunos de sus adeptos consideran causas deterministas y más bien tienden a ser partidarios del estudio de las fluctuaciones económicas aleatorias, aunque sigan usando la expresión ciclo económico consideran que siempre se ha caracterizado el funcionamiento de la economía por estar acompañado de fluctuaciones cíclicas que van más allá de aquellas estrictamente denominadas como las estacionales.

Otra visión de ciclo dentro de la perspectiva de ciclo corto es la de la Teoría del ciclo real. En la cual, según el modelo de Kydland y Prescott, ante un choque favorable sobre la tecnología, bajo la influencia schumpeterina, el producto aumentará, la demanda de trabajo se expandirá, y el salario real se elevará, porque se incrementa la productividad de los factores, trabajo y capital, hasta que se incurra en una acumulación excesiva de capital durante el auge. Entonces el auge podría conllevar las semillas de la recesión.

Encontramos también una visión de ciclo desde la perspectiva microeconómica, la cual es considerada para la preparación de los escenarios de gerencia de riesgo y de sincronización de la inversión, especialmente en el capital de infraestructura que es amortizable en períodos largos, y que debe financiarse por movimientos de efectivos en los últimos años de la

inversión. Al planificar tales inversiones grandes es fundamental sustentarse en el ciclo económico como línea de fondo, para eliminar proyecciones no razonables, como suponer un crecimiento exponencial constante.

Una vez que hemos expuesto a grandes rasgos lo que para nosotros es una visión cíclica clásica o de corta duración, es pertinente abordar lo que para los propósitos de este estudio hemos puesto especial énfasis: la noción de ciclo de larga duración que desarrollara de manera más puntual Fernand Braudel y que posteriormente desarrollarán otros autores.

Como ya mencionamos, fue Fernand Braudel quien aportará una visión de ciclo de larga duración para los estudios histórico-económicos en la primera mitad del siglo XX. El legado braudeliiano surge a partir de la necesidad de reconceptualizar lo aprendido. La necesidad de establecer la mayor cantidad de vínculos posibles entre las ramas de las ciencias sociales, para así tener un novedoso marco de referencia sobre el cual basar los nuevos análisis históricos, económicos, político, sociales, culturales, etc., en pocas palabras, esto se refiere a la creación de una ciencia social unidisciplinaria e histórica.

Nos parece importante señalar que la forma de pensamiento dominante durante la mitad del siglo XIX es algo que se denominó como “pensamiento universalista sectorialista”. Podemos encontrar un punto clave aquí, en cuanto a que a partir de esta forma de pensamiento, van a surgir tres corrientes de resistencia. La primera eran las denominadas *Staatswissenschaften* o *ciencias del estado*; la segunda fue el marxismo, pero ese marxismo que era compuesto por los movimientos antisistémicos y la clase obrera, o sea, el marxismo de los primeros años del siglo XX y mediados del mismo; la tercera fue la escuela de los Annales. Es dentro de esta tercera corriente de resistencia y durante la coyuntura de 1945-1973 cuando podemos situar la obra de Braudel, por un lado, su aportación a las ciencias sociales; en particular a la historia, y por otra parte, la consolidación de Annales bajo su dirección. Fue un periodo en cual si bien la escuela de los Annales cobra gran poder entre la comunidad intelectual en Francia y en el mundo, es también la causa de que otra de las grandes corrientes de resistencia al pensamiento “universalista sectorialista”, el marxismo, está atendiendo otras preocupaciones, y empieza a ceder el terreno, para bien al proyecto de Febvre, Bloch y Braudel. Sin embargo, el marxismo aún en una fase difícil, nunca es dejada de lado por Braudel, es más, constituye una parte fundamental en su metodología.

Podemos decir, que este periodo en el que Braudel no solo genera su obra, sino que dirige a la escuela de los Annales, fue favorable para ciertas partes del sistema-mundo, y era favorable para los Annales, en especial para las aproximaciones braudelianas: más historia económica que social, una historia que hiciera hincapié en el llamado ‘periodo moderno temprano’, una historia basada en un análisis de las múltiples temporalidades sociales, una historiografía que no mantenía al marxismo alejado. (Wallerstein, 2003: 218)

Con todo esto, podemos decir que Annales ponía al “pensamiento sectorial” por debajo del holismo, así también, era más importante lo económico y social que las cuestiones de hacer las políticas para el grupo dominante; y por último, lo más importante era que existía la larga duración por encima de cualquier hecho episódico e irrepetible.

Es a partir de estos tres ejes teóricos como Braudel va a construir una primera noción de economía-mundo, claramente diferenciada de la idea tradicional hasta ese momento de economía internacional; economía-mundo que además es y será siempre un espacio sociogeográfico que define sus propias reglas de juego, en el caso de la economía-mundo europea dichas reglas están determinadas por la lógica capitalista. A su vez, va a formar su idea de capitalismo y se declarará enemigo de éste. En suma, su tarea fue la de recrear una historia económica global del capitalismo, en la que son las temporalidades y sus ritmos cíclicos, además de las tendencias seculares, las que marcaran el ritmo de estas economías-mundo. Temporalidades que están enmarcadas bajo la visión de una larga duración histórica.

La larga duración histórica es un concepto difícil de ubicar dentro de los procesos históricos. Sin embargo, constituye a toda esa historia que podría parecerse inmóvil, o demasiado lenta, son esas estructuras que se repiten hoy como se han presentado en el pasado. Braudel ha construido la larga duración a partir de un alejamiento o de una separación de la historia tradicional. Porque esta historia es episódica y por ser así, es una historia que ubica todos los acontecimientos dentro de un tiempo corto, de corta duración. La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones (Braudel, 1999: 66). La larga duración no es solamente un periodo de tiempo largo, es una construcción e interpretación de las múltiples realidades y estructuras que se han venido presentando a lo largo de la evolución histórica. La larga duración histórica, es una suerte de tiempo estructural.

Por supuesto, si se aplica la metodología braudeliana, tiene que tenerse en cuenta la historia estructural, o de larga duración, lenta en deformarse, de nuevo, de largos periodos, o que simplemente es difícil percibir a primera instancia. Esta historia estructural, es sin duda la gran opositora de la historia tradicional, o episódica y de la historia coyuntural o de ondas relativamente cortas, como las de Kondratiev. Por lo tanto, este hecho para algunos economistas no hay explicación del ciclo más que a partir del ciclo de Kondratiev. Pues hay otros que de plano niegan el propio ciclo Kondratiev pues estiman que en economía no vale la idea del largo plazo, pues “a largo plazo todos estaremos muertos” (Keynes).

Pero el trend secular o ciclo secular braudeliano, es sin duda el movimiento espasmódico más grande dentro de la economía-mundo capitalista. Decía Braudel que éste era el más descuidado de los ciclos ya que los economistas sólo estaban interesados en el estudio de un periodo coyuntural. Al respecto, Braudel nos define lo siguiente: “Un ciclo secular, como cualquier otro ciclo, tiene un punto de partida, una cúspide y un punto de llegada, pero su determinación, dado el trazado poco accidentado de la curva secular, solo es aproximada”. (Braudel, 1984: 56)

Uno de los autores que hemos propuesto para el análisis de una perspectiva cíclica de larga duración y que retomó conceptos fundamentales de Braudel, es Giovanni Arrighi, a quien dedicamos un capítulo puesto que en nuestra opinión, su análisis de ciclos sistémicos de acumulación nos aportan muchos elementos para la comprensión del fenómeno del capitalismo en el sistema-mundo a escala planetaria además de ser una visión más actual de dicho fenómeno y como se conformó a lo largo de los últimos 600 años.

Arrighi va a reconceptualizar el siglo XX como una unidad temporal de larga duración constituida por tres fases, comienza con la fase de expansión financiera del ciclo sistémico británico de acumulación, seguida de una fase expansión material y continúa con la actual fase de expansión financiera del ciclo estadounidense de acumulación.

Este esquema fue el resultado del análisis crítico del trabajo de Braudel, en particular de la noción construida por éste de las expansiones financieras como fases de conclusión de las etapas fundamentales del desarrollo capitalista. Para Arrighi, las expansiones financieras a escala sistémica son el resultado de dos tendencias que se complementan entre sí, por un

lado, la sobreacumulación de capital y la intensa competencia entre los Estados por el capital en busca de inversión, que crean respectivamente lo que se puede denominar las condiciones de oferta y demanda de las expansiones financieras (Arrighi, 2001, 38). De ahí que Arrighi haya reinterpretado la unidad de análisis de Braudel, la *longue durée* expresada en los ciclos seculares de los precios y las adaptara a unidades de análisis más manejables, estas unidades de análisis son lo que él denomina como ciclos sistémicos de acumulación capitalista.

En este modelo de Arrighi, son cuatro los ciclos sistémicos de acumulación, cada uno de ellos definido por una unidad fundamental de la agencia primaria y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial: un ciclo genovés, que se extendió desde el siglo XV hasta principios del siglo del siglo XVII; un ciclo holandés, que duró desde finales del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII; un ciclo británico, que abarcó de la segunda mitad del siglo XVIII, todo el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, y un ciclo americano, que comenzó a finales del siglo XIX y que ha continuado hasta las últimas cuatro décadas las cuales conforman la fase actual de expansión financiera. He aquí una similitud con los ciclos seculares de Braudel: ambos son cuatro, duran más de un siglo y paulatinamente han reducido su duración. Sin embargo advierte Arrighi, estos se encuentran desincronizados entre sí. Su argumento es que la conexión entre los ciclos seculares de Braudel y la acumulación capitalista de capital no tiene una clara fundamentación lógica o histórica, no olvidar que en opinión de Braudel son las variaciones en los precios lo que determina el paso de un ciclo a otro. Arrighi prefiere a los ciclos sistémicos determinados por la propia acumulación de capital porque constituyen indicadores mucho más valiosos y fiables del núcleo específicamente capitalista del moderno sistema-mundo que los ciclos seculares o los ciclos de Kondratiev.

Si bien el propósito de la presente tesis era, por una parte, centrarnos en el ciclo económico estudiado por los economistas, y por la otra, en la perspectiva de un ciclo que se construye en una larga duración histórica, bajo las visiones de Fernand Braudel y Giovanni Arrighi, no está por demás aunque sea de forma apretada dejar de mencionar a otro autor fundamental en la construcción de la noción de ciclo de larga duración: Immanuel Wallerstein. El autor de *El moderno sistema-mundo* va a retomar la visión de un ciclo secular que perfila dos fases, A y B, y el cual tiene una duración de aproximadamente 250 años.

Basándose en este esquema, nos dice que el punto de partida de la historia europea dentro de la Edad Moderna será a partir de una expansión en el siglo XVI (fase A) y una depresión, una contracción o una “crisis” en el siglo XVII (fase B).

Retomando los conceptos de Fernand Braudel, para Immanuel Wallerstein, el sistema social en el que vivimos, desde finales del largo siglo XVI, es y ha sido siempre una economía-mundo, la cual además es capitalista. Es decir, una zona geográfica dentro de la cual existe una división social del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales así como un flujo de capital y trabajo. Una característica importante de ésta es que no está limitada por una estructura política unitaria. El autor considera que en una economía-mundo hay muchas unidades políticas, tenuemente vinculadas entre sí en nuestro sistema-mundo moderno dentro de un sistema interestatal.

Una economía-mundo y un sistema capitalista van de la mano. Puesto que las economías-mundo carecen del cemento unificador que es una estructura política o una cultura homogénea, lo que las mantiene es la eficacia en la división social del trabajo. Y esta eficacia es función de la riqueza en constante expansión que el sistema capitalista provee. Un sistema capitalista no puede existir dentro de cualquier marco sino sólo dentro de una economía-mundo. Una economía-mundo capitalista es una colección de muchas instituciones, cuya combinación da cuenta de sus procesos, todos los cuales están interrelacionados entre sí. Las instituciones básicas son el mercado, o mejor dicho, los mercados; las compañías que compiten en los mercados; los múltiples estados, dentro de un sistema interestatal; las unidades domesticas; las clases, y los grupos de estatus (Wallerstein, 2005: 41-42).

Por lo tanto, para Wallerstein, el argumento central es el siguiente:

El moderno sistema mundial tomó la forma de una economía-mundo capitalista que tuvo su génesis en Europa en el largo siglo XVI e implicó la transformación de un modo de producción tributario o redistributivo específico, el de la Europa feudal (el Ancien Régime económico de Braudel), en un sistema social cualitativamente diferente. Desde entonces la economía-mundo capitalista a) se ha extendido geográficamente hasta abarcar todo el globo; b) ha seguido un modelo cíclico de expansión y contracción (las fases A y B de Simiand) y una localización geográfica variable de los papeles económicos (el flujo y el reflujo de las hegemonías,

los movimientos ascendentes y descendentes de los distintos centros, periferias y semiperiferias), y c) ha sufrido un proceso de transformación secular, incluyendo el avance tecnológico, la industrialización, la proletarianización y el surgimiento de una resistencia política estructurada al propio sistema, transformación que está aún en marcha. (Wallerstein, 1984: 12)

Es quizá, en el inciso b, en donde tendremos que poner especial interés. En el siglo XVII se produjeron ciertos cambios agronómicos, junto a los cambios agronómicos, se produjo una serie de variaciones en la organización social de la producción agrícola. Se dice que la industria, como la agricultura, perdió su fuerza de aceleración en este siglo. Es bien sabido que en periodos de contracción agrícola –finales de la Edad Media y siglo XVII- la industria rural, y especialmente la industria textil, irrumpe en escena (Slicher van Bath, 1965: 37). El comercio de Europa en 1700, evidentemente, no podría haberse llevado a cabo con los escasos recursos monetarios de 1500.

Las capas capitalistas eran en el siglo XVII una mezcla confusa: apenas eran aun una formación de clase coherente y ciertamente no constituían todavía una clase totalmente consciente y segura de su derecho a gobernar, a reinar y a ganar, pero eran muy capaces de obtener ganancias en condiciones adversas. La explicación de Vilar es excelente: En toda coyuntura general, los distintos países reaccionan de diversas maneras: de ahí las desigualdades de desarrollo que, finalmente, hacen a la historia (Vilar, 1974: 52).

Los capitalistas necesitan de grandes mercados, pero también necesitan de una multiplicidad de estados para poder obtener las ventajas de trabajar con los estados, pero también para poder evitar estados hostiles a sus intereses. Nos dice el autor que sólo la característica de la multiplicidad de estados dentro de la división social del trabajo asegura dicha posibilidad. Un mercado es a la vez una estructura local concreta en la que los individuos o compañías compran y venden mercancías, y una institución virtual a lo largo del espacio en donde tienen lugar los mismos tipos de intercambios. En una economía-mundo capitalista, el mercado virtual existe como totalidad en la economía-mundo.

El mercado absolutamente libre funciona como una ideología, un mito y una influencia restrictiva, pero nunca como una realidad cotidiana. Y es que para Wallerstein, una de las razones por las que el mercado totalmente libre no es una realidad cotidiana, si es

que alguna vez fuera a existir, es que volvería imposible la acumulación incesante de capital. Y es que los capitalistas no necesitan mercados libres sino mercados parcialmente libres. La razón es que si existiera perfecta información y un gran número de compradores y vendedores, el mercado sería perfecto. De tal forma los compradores tendrían la posibilidad de regatear el precio al mínimo y por lo tanto, los vendedores no tendrían ganancias. Por ello, lo que los vendedores prefieren es un monopolio, para así obtener grandes márgenes de ganancia. Sin embargo, para Wallerstein, los monopolios perfectos son extremadamente difíciles de crear, pero los cuasimonopolios no. Simplemente se requiere del apoyo de la maquinaria de un estado relativamente fuerte. Uno de los cuasimonopolios fundamentales es el sistema de patentes que se reserva los derechos de una invención.

El proceso en cual la expansión de la economía-mundo en presencia de industrias de punta cuasimonopólicas y contracción de la economía-mundo cuando hay una reducción de la intensidad de los cuasimonopolios, se hace más claro si se representa a través de una curva sinusoidal en donde se observan fases A (expansión) y B (estancamiento). Es decir, un ciclo considerado una fase A seguido de una fase B es denominado, a veces, un ciclo Kondratiev. Como se puede apreciar, Wallerstein combina la noción de ciclo Kondratiev con su propia perspectiva de un ciclo secular sustentado en una larga duración histórica.

Cuando un ciclo Kondratiev culmina, nunca vuelve a la situación a donde estaba a comienzos del ciclo. Esto es así porque lo que fue implementado durante la fase B para salir de ella y volver a una fase A cambia de manera importante los parámetros del sistema-mundo. Los cambios que solucionan el problema inmediato (o de corto plazo) de la inadecuada expansión de la economía-mundo (un elemento esencial para mantener la posibilidad de la acumulación incesante de capital) logra un equilibrio de mediano plazo pero comienza a crear problemas en la estructura en el largo plazo. El resultado es lo que denominamos una tendencia secular. Una tendencia secular debe ser concebida como una curva cuya coordenada (o eje x) marca el tiempo y cuya ordenada (o eje y) mide un fenómeno marcando la proporción de un grupo con una característica particular (Wallerstein, 2005: 50).

La economía-mundo capitalista persistió y se estabilizó en el periodo comprendido entre 1600 y 1750, como no había podido hacerlo entre 1300 y 1450 (precisamente porque la expansión entre 1150 y 1300 no había roto todavía los vínculos de la estructura feudal de

Europa); y por esta razón el siglo XVII pudo preparar el camino a la llamada revolución industrial, tanto económica como política, intelectual y socialmente. Esta crisis no se basa pues, en el fracaso, sino en el éxito, en el notable progreso económico y social que el feudalismo representó. Sin embargo, en el siglo XIII, después de tres o cuatro siglos de constante expansión, el sistema entró en crisis. La crisis socioeconómica debilitó a la nobleza de tal forma que los campesinos incrementaron constantemente su participación en el excedente de 1250 a 1450 o 1500. No había más que un camino para salir de él sin un cambio social drástico. Este camino era la creación de un sistema capitalista mundial, una nueva forma de apropiación del excedente.

La reorganización implicó precisamente la sustitución de la dominación feudal por la dominación capitalista. El elemento clave es la fuerza del Estado y no el absolutismo del gobierno. En el siglo XVII los Estados más fuertes eran los que dominaban económicamente: las Provincias Unidas en primer lugar, Inglaterra en segundo lugar y Francia en tercer lugar. La contracción del siglo XVII no fue una crisis del sistema. Muy al contrario dice Wallerstein, fue un periodo de consolidación del mismo. Y más bien, es expresión de lo que sucedió a finales del largo siglo XVI, caracterizado no solo por ser un periodo inflacionista. Fue también un periodo estructuralmente revolucionario, debido en gran parte a la disposición de grandes sectores de la población a adoptar ideas nuevas y radicales. El clasicismo, como el absolutismo, no fue una descripción de la realidad, sino un programa: un programa de devolución de la iniciativa política y cultural a las clases superiores, el mejor para digerir el cambio social fundamental representado por la génesis de una economía-mundo capitalista.

Como ya dijimos, el periodo 1600-1750 fue una época de consolidación en la que hubo un retroceso en la tasa de desarrollo de la economía-mundo. Al respecto nos dice Wallerstein:

Esto fue cierto en general, pero el sello distintivo de un sistema económico capitalista es que la principal tendencia global sea la resultante de las tendencias notablemente diferentes de los procesos que las componen. El retroceso y la consolidación imponen difíciles decisiones económicas y fomentan, por lo tanto, los repliegues políticos (y culturales). En ninguna parte fue esto tan cierto como en los países del centro en el siglo XVII,

entre cuyos sectores empresariales hubo una fuerte competencia por sobrevivir en una situación en la que algunos habían de ser eliminados para dejar suficiente ganancia a los otros. (Wallerstein, 1984: 49)

Este periodo comprendido entre 1600-1750 es la época del mercantilismo. El mercantilismo implicó una política estatal de nacionalismo económico y giró en torno a una preocupación por la circulación de las mercancías, tanto en lo referente al movimiento de los metales preciosos como en lo referente a la creación de balanzas comerciales (bilaterales o multilaterales). El éxito en la competencia mercantilista estuvo sobre todo supeditado a la eficacia productiva y de que el objetivo a mediano plazo de todas las políticas estatales mercantilistas fue un incremento de la eficiencia global en la esfera de la producción.

La competencia entre Estados fuertes y los esfuerzos de los Estados semiperiféricos para incrementar su estatus y su poder dan como resultado una constante rivalidad interestatal que habitualmente toma la forma de un llamado equilibrio de poder, con lo que se quiere decir una situación en la que no existe un estado que pueda, de manera automática, conseguir sus objetivos en la arena internacional. Esto no significa que los Estados más fuertes no intenten conseguir justamente semejante cuota de poder. Pero hay dos modos muy diferentes en los que un Estado puede intentar convertirse en dominante. Uno es transformar la economía-mundo en un imperio-mundo. El segundo es obtener la hegemonía en el sistema-mundo. Es importante distinguir entre estas dos modalidades, y entender por qué ningún estado ha sido capaz de transformar el sistema-mundo moderno en un imperio-mundo sino que varios Estados han alcanzado, en diversos momentos, la hegemonía (Wallerstein, 2005: 83).

Por imperio-mundo se entiende a una estructura en la que solo existe una sola autoridad política para todo el sistema-mundo. A lo largo de quinientos años hubo intentos de construcción de un imperio-mundo: Carlos V en el siglo XVI, Felipe II a finales del XVI y principios del siglo XVII, Napoleón a comienzos del siglo XIX, y por último, Hitler a mediados del siglo XX. Todos fueron finalmente derrotados e incapaces de alcanzar sus objetivos.

Las Provincias Unidas (Holanda) se convirtieron en la primera potencia hegemónica tras el fracaso del intento, por parte de Felipe II, de transformar la economía-mundo en un

imperio-mundo. Al respecto es importante tener en cuenta lo siguiente: La hegemonía es una rara condición; hasta la fecha solo Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos ha sido potencias hegemónicas en la economía mundo capitalista. Cada uno de estos países ha ocupado esta posición durante un periodo relativamente breve, y Holanda el que menos plausiblemente, porque no fue en modo alguno el gigante militar de su época (Wallerstein, 1984: 51).

La hegemonía supone algo más que un estatus de centro. Podría ser definida como una situación en la que los productos de un determinado Estado del centro se producen con tanta eficiencia que son competitivos incluso en otros Estados del centro y, por consiguiente, ese Estado del centro es el principal beneficiario de un mercado mundial enteramente libre (Wallerstein, 1984: 51). Tan pronto como un Estado se hace verdaderamente hegemónico, comienza su decadencia, ya que un Estado deja de ser hegemónico no solo porque pierde fuerza (al menos hasta que no ha transcurrido un largo periodo de tiempo), sino porque otros la adquieren. O como dijera Marx, todo engendra, en cuanto nace, su propia negación y tiende a desarrollar la negación de la negación. Para Wallerstein una hegemonía es:

El modelo de hegemonía parece maravillosamente sencillo. Una notable superioridad en la eficiencia productiva agroindustrial lleva al dominio de las esferas de la distribución comercial del mercado mundial, con los consiguientes beneficios que resultan, tanto de ser el centro de distribución de buena parte del comercio mundial, como de controlar las partidas “invisibles”: el transporte, las comunicaciones y los seguros. La primacía comercial lleva a sus vez al control de los sectores financieros de la banca (intercambio, depósito y crédito) y de la inversión (directa y en cartera). (Wallerstein, 1984: 51)

Estas superioridades son sucesivas, pero se superponen en el tiempo. La pérdida de ventaja parece seguir el mismo orden (desde la productiva a la comercial y de ésta a la financiera) y ser también en buena parte sucesiva. (Wallerstein, 1984: 52) De aquí se desprende que probablemente solo hay un breve período de tiempo en el que una determinada potencia del centro puede manifestar simultáneamente su superioridad productiva, comercial y financiera sobre todas las otras potencias del centro. Este efímero apogeo es lo que llamamos hegemonía (Wallerstein, 1984: 52).

Dentro de este esquema, Wallerstein nos dice que han existido tres hegemonías indiscutibles en lo que respecta al sistema-mundo, Las Provincias Unidas, Gran Bretaña y Estados Unidos y los periodos de tiempo en que han comandado el centro del moderno sistema-mundial, aunque han ido disminuyendo, han sido de aproximadamente doscientos años entre el ascenso y su posterior decadencia, repitiéndose el fenómeno cíclico en cada uno de estos tres casos. Ante la decadencia de la hegemonía de Estados Unidos, Wallerstein establece que la economía-mundo ha llegado a su fin, y que nos encontramos en un momento de bifurcación histórica: retorno a la forma imperio o la construcción de un sistema social de alcance mundial fundado en un principio socialista.

Por todo lo señalado a lo largo de esta tesis, es pertinente reivindicar la visión que establece la existencia de un movimiento de fluctuación de larga duración no solo del ámbito económico de la vida social sino en toda ésta, pero estimulado fundamentalmente por aquel, como parte determinante de nuestra realidad. Hecho que hace necesario que la formación de economistas con capacidad de entender la complejidad del mundo y proponer soluciones a los problemas, pero también con la sensibilidad suficiente de aportar escenarios de futuros posibles, recupere en dicha formación la perspectiva que hemos reivindicado a lo largo de la tesis.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Rojas Carlos Antonio; *Braudel a debate*, México, JGH Editores, 1997.
- _____ *Braudel y las ciencias humanas*, Montesinos, Barcelona, España, 1996.
- _____ *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema mundo capitalista, discutir la historia del sistema-mundo capitalista*, México, Ediciones Era, 2003.
- _____ (coord.) *Primeras jornadas Braudelianas*, varios autores, Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, México 1995.
- Arrighi, Giovanni; *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, España, Ediciones Akal, 1999.
- _____ *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, España, Ediciones Akal, 2001.
- _____ *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, España, Ediciones Akal, 2007.
- Braudel, Fernand; *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, Tomo III: El tiempo del mundo*, España, Alianza editorial, 1984.
- _____ *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- _____ *La historia y las ciencias sociales. La larga duración*, Alianza editorial, España, 1999.
- Dos Santos, Theotonio; “*La cuestión de las ondas largas*”; ponencia presentada en el Seminario Internacional: La Economía Mundial Contemporánea. Balance y perspectivas, www.redem.buap.mx/theotonio.htm, Puebla, México, 1997.
- Estey, James Arthur; *Tratado sobre los ciclos económicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Febvre, Lucien, *combates por la historia*, Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona, España, 1993.
- Fontana, Josep; *Historia: análisis del pasado y proyecto social, “el marxismo en el siglo XX”*, España, Biblioteca de Bolsillo, editorial Crítica, 1999.
- Foucault, Michel; *La arqueología del saber*, Siglo XXI editores, México, 2003.
- Hawtrey, Ralph; “*El Ciclo Económico*”; en Urquidi, Víctor L. (compilador); *Ensayos sobre el Ciclo Económico: 76-93*; Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed. 1956.

- Lucas, Robert E.; *Studies in Business-Cycle Theory*, Mit Press, Massachusetts, E.U.A. 1983.
- Mandel, Ernest; *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista, España*, Editorial Siglo XXI, 1986.
- Marx, Karl; *El Capital*, México, Editorial Siglo XXI, 1984.
- Mitchell, Wesley C. 1923: "Los Ciclos Económicos"; en Urquidi, Víctor L. (compilador); *Ensayos sobre el Ciclo Económico: 57-75*; Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed. 1956.
- Shaikh, Anwar; *Valor, acumulación y crisis: ensayos de economía política*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, Colombia, 1991.
- Wallerstein, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo, una introducción*, Siglo XXI editores, México, 2005.
- _____ "Braudel sobre el capitalismo o todo al revés" en Aguirre, Rojas Carlos Antonio (coord.), *Primeras Jornadas Braudelianas*, México, Edita Instituto Mora, 1993.
- _____ *Conocer el mundo saber el mundo, el fin de lo aprendido, una ciencia social para el siglo XXI*, Siglo XXI editores, México, 2001.
- _____ *El moderno sistema mundial, Volumen I, La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Ed. Siglo XXI, México, 1999.
- _____ *El moderno sistema mundial, Volumen II, el mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*, Ed. Siglo XXI, México, 1999.
- _____ *El moderno sistema mundial, Volumen III, La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista. 1730-1850*, Ed. Siglo XXI, México, 1999.
- _____ *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI editores, México, 2003.